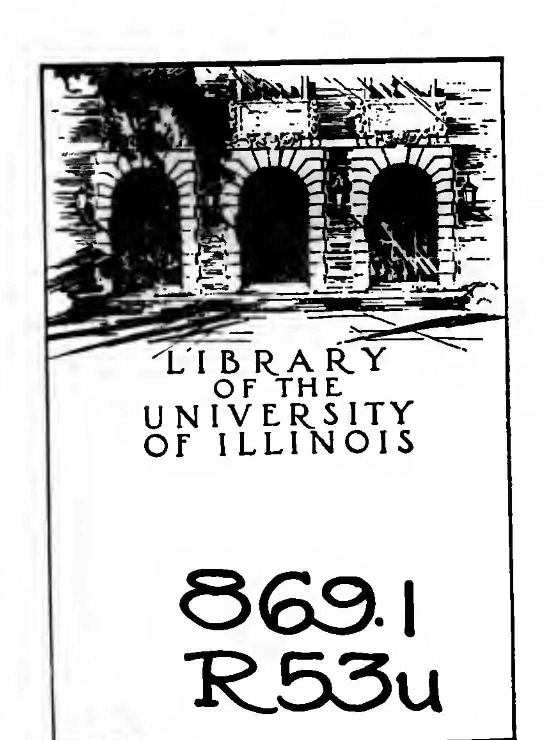


869.1
R53u





ÚLTIMAS

POESÍAS LÍRICAS

DE

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.

ÚLTIMAS
POESÍAS LÍRICAS

DE

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

INDIVIDUO DE NUMERO
DE LA ACADEMIA MEXICANA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA.



EDICION DE 150 EJEMPLARES.

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE
BAJOS DE SAN AGUSTIN N. I

1888

El Autor al Lector.

Vivo todavía en mí el amor al arte, aunque muertas ya las facultades indispensables á su cultivo, durante algunas de las horas solitarias de un grave pesar doméstico, heme entretenido en recoger los ensayos poéticos no contenidos en mis tres colecciones impresas, ó que son posteriores á ellas, y en formar con los más aceptables á juicio mio la presente; última que ofreceré al reducido grupo de las personas aficionadas á este linaje de pasatiempos entre mis relaciones sociales.

Para dar interes á mi libro, he imitado el procedimiento de la medicina con los anémicos. Hay aquí, en efecto, algo de trasfusion de sangre. Ya que la propia era pobre de suyo, venía-

le bien el vigor de la ajena. Byron, Schiller y Virgilio pueden hacer medrar á todos los entecos del Parnaso. A tales maestros acudí, y perdónenme sus sombras generosas los agravios que debo haberles inferido. Mucho ménos eficaz ha de resultar el arbitrio de exhumar composiciones mias antiquísimas, como el "Poema de Amor" y la "Oda en la inauguracion del Segundo Imperio," afrontando con sus mayores defectos de arte en gracia del sentimiento ó la energía ó la frescura que el cariño paternal les supone; que se pierden á la accion de los años, y que no puede haber en lo recientemente escrito.

A propósito de la segunda de las mencionadas composiciones, el lector será bastante discreto para no darle otra significacion que la de una estampa fotográfica del espejismo político de cuyo desvanecimiento se habla en "La Noche de Querétaro." Subsista aquella como documento auténtico de lo que las ranas del estanque mexicano esperábamos y nos prometiamos del adventicio régimen.

Despues de ciertas vacilaciones, decidíme á incluir la version (tambien antigua) del "Mazeppa," no obstante lo ilegítimo del amor del protagonista, y los sarcasmos y sátiras de que jamas prescindia el autor; en atencion al mérito literario del

poema, uno de los mejores de Lord Byron, que es uno de los pocos grandes poetas de nuestro siglo; y tambien por vía de estudio, y para demostrar, si me era posible, que en los que por divergencia de ideas é inclinaciones dejamos aquí sin cultivo el género favorito del bardo británico, no puede ser imputada tal omision á falta de recursos en la Musa castellana. Por lo demás, de mucho absuelve el amor al arte, y sabido es que á alguno de los más sabios Padres de la Iglesia se debió la conservacion del teatro de Aristófanes.

Ya que hablé de ese poema ajeno, con no poca libertad traducido, no estará de sobra decir que el propio intitulado "Vasco Nuñez de Balboa," que tan favorable juicio debió en su aparicion á la benevolencia de cierta pluma amiga y por ende algo parcial, no es, en rigor, sino una serie de cuadros bosquejados con las reminiscencias del verdadero y magnífico poema consagrado por Washington Irving á los Compañeros de Colon.

Tambien debo advertir que en los ensayos de imitacion de poesías de Schiller, el gran poeta aleman, me he servido de la excelente version francesa de M. X. Marmier.

Para que no vayan á pesar sobre la honorable corporacion á que pertenezco los desperfec-

tos de todos estos versos mios, me bastará advertir ó recordar que no he podido ser llamado á su seno como hablista, sino á título de laborioso.

MÉXICO.—1888.

HORTUS.

No cercado verjel, mas campo abierto,
De juventud en el alegre dia
Esta vida nos fué: despues, sombría
Palma que á solas queda en el desierto.

De oro y poder domando afan incierto,
Hice, de jóven, alto en otra vía:
Piés de cedro y laurel plantar creía
Formando á mi vejez glorioso huerto.

Árboles son; mas fresnos —y bendigo
El trueco— y á su amparo, y en la alfombra
Que aun guarda en pleno invierno el don de Mayo,

Miro en calma venir la noche, y digo
Que más valen perfume y paz y sombra
Que vanidad y envidia y luz y rayo.

1886.

CERVANTES.

Bien la experiencia asegura
No ser lo que en vida habemos
No interrumpidos extremos
De dolor ni de ventura.
Uno y otra, en mezcla oscura
Ó alegre, tejen la trama
Que humana vida se llama
Y que en tus libros copiaste,
De risa y pena contraste,
Blason eterno á tu fama.

Alegre en la vida triste,
De la pobreza en el seno
Rico en esperanzas, bueno,
Alta inspiracion te asiste.
Lustre á España, á Europa, diste,
Y lustre al mundo tambien:
Y en tí las escuelas ven
Realista sin igual,
No del error y del mal,
Mas de la verdad y el bien.

Bajo el estandarte santo
De la cristiandad guerrero,
Templóse tu alma de acero
En las aguas de Lepanto.
Del cautiverio el quebranto
Dejóla en virtud crecida;

Y en ardua lucha reñida
El filósofo se labra
Maestro de la palabra
Y piloto de la vida.

Fué la tuya trabajosa,
Blanco de contraria suerte
En que aprendiste á vencerte,
Que es palma la más gloriosa.
La verde planta frondosa
Trocada en árbol robusto
No conmovió cierzo adusto
Ni tempestad ni avenida:
Si de mártir fué tu vida,
Tu muerte fué la del justo.

Si en la espinosa indigencia
Los piés sangrientos sentaste,
La frente hasta el cielo alzaste
Abierto á la inteligencia.
De tu ingenio y de tu ciencia
La roca el rayo divino
A herir providente vino:
Por ello en vena fecunda
La tierra estéril inunda
Su manantial cristalino.

Sembrando sus propios dones,
Tu Musa festiva cura
De toda humana locura
Con divertidas ficciones.
Así de graves lecciones
Pasa el ingrato alimento,
Y nos muestras ¡oh portento!
De experto mágico á guisa,
Con relámpagos de risa
Abismos de sentimiento.

Novelista sin segundo,
No en balde tal fama cobras
Y en toda lengua tus obras
Llevan su raudal fecundo.
No en balde te admira el mundo,
Y en los espacios brillantes
De lo inmortal —donde cantes
De cerca al Ser increado—
Estás de Shakspeare al lado
¡Oh ingenio insigne! ¡Oh Cervantes!

1880.



POEMA DE AMOR.

I

Pálido es tu color, gentil doncella,
Inocencia revela tu mirada:
Como la palma en el desierto, aislada,
Melancólica siempre te miré.
Me hirió el alma el destello de tus ojos;
Tu voz oyendo el corazon latía:
Como hacerte feliz yo nó creía,
Siempre de tus senderos me alejé.

¡Y en esta noche aquí nos encontramos
Entre bullicio y luz y melodía,
Y solicitas la mirada mía
De la danza y las flores al través!
No ya conmigo lucharé: si espera
A nuestro amor un porvenir de duelo,
Le acepto y sólo ser amado anhelo,
Hermosa: aquí me tienes á tus piés.

¡Ilusiones no más! Tímido el labio
Sólo ensalzó esa noche tu belleza:
Recogiendo sus sombras la tristeza,
Hirió un rayo de luz mi corazon.
La esperanza, la fé con él vinieron,
Y al reposar del sueño en el regazo,
El sueño bienhechor anuda el lazo
Reflejando la mágica vision.

Dulce es dormir si al despertar hallamos
Que un ser nos esclaviza el pensamiento:
Presentir que aun hay horas de contento,
Que torna el corazon á palpitar:
Que, al recorrer con halagüeños ojos
De nuestros años la fugaz carrera,
Encontrarémos un laurel siquiera
Que ofrecer de la diosa en el altar.

Desengañado yo, sin esperanza
Mi solitaria ruta proseguía.
¡Oh hermosa! te adoré; mas no creía
Que con mi amor feliz pudieras ser.
Si hay una voz que á mi ansiedad responda
Desde lo más oculto de tu alma,
Si sacrificas á mi amor tu calma,
Tuyo seré: contémplame á tus piés.

II

Breve fué la ilusion. Cierras tu oído
A las protestas de mi afecto ardiente:
Jamas creí que una alma indiferente
Ocultara tu faz de serafin.
A ablandarte, mis ruegos son en vano:
Está nublado el sol de mi existencia:
El hechizo rompióse. Tu inclemencia
De mi dolor el cáliz llena al fin.

Mas ¿por qué tu mirada seductora
Fué á iluminar entónces mi aislamiento?
¿A mi oído por qué sonó tu acento
Trémulo de ansiedad, lleno de amor?
¿Por qué, como á las aves la serpiente,
Atraerme á tus piés enamorado
Para dejar así mi afan burlado,
Triste para dejar mi corazón?

¡Insensato de mí que en el desierto
Tregua hallar á mi sed creí en la fuente!
La arena me engañó, resplandeciente
Con los rayos del sol . . . ¡arena hallé!
Soñé que en tu regazo me acogiste
Y que amorosa te llamabas mía:
Una estatua abracé de mármol, fría,
Y, al tocarla, temblando desperté.

Adios: me alejo; mas ¿su incendio el alma
Cómo apagar podrá? Tú no has tenido
Piedad del que á tus plantas llega, herido
Por tu belleza, á demandarte amor.
Me engañaste, mujer: llanto me diste
Tan solo en pago de un afecto santo.
¿Y ahora quieres enjugar mi llanto?
No: déjale correr . . . . ¡Por siempre adios!

III

Yo no puedo vivir sin adorarte,
Ingrata! En vano tu desden me abruma:
Vago en torno de tí como la pluma
Del remolino raudo á la merced.
¡Tu compasion siquiera! Que tu mano
De mis ojos las lágrimas recoja;
Que tus miradas calmen mi congoja,
Y que existir me dejes á tus piés.

Nunca ciérrase al mísero mendigo
La puerta del palacio suntuoso:
Yo perdí al conocerte mi reposo,
Dame en pago de él tu compasion.
Deja que me extasíe contemplando
Tu encanto ¡ay Dios! que para mí no es hecho,
Sin que brille en tus ojos el despecho
Ya que no brilla en ellos el amor.

Es el otoño y mi ventana humilde
Lluvia helada humedece gota á gota:
Suele bramar el ábrego y la azota
Con sonoro ruïdo en el cristal.
Es la noche con todas sus tinieblas:
El frío nuestros miembros entumece:
Calla el mundo, y al ánima aparece
Tu vaporosa imágen celestial.

Ya se adelanta tímida, amorosa,
Hácia mí, sin tocar el pavimento,
Y me llama en mitad del aposento,
Y me tiende los brazos desde allí;
Ya, como exhalacion, pasa y me deja
De mi dolor hundido en la amargura;
Pero sueños de dicha ó desventura,
Cuantos la mente labra, son por tí.

Bendigo yo el laúd que dióme el cielo
Para expresarte lo que el alma siente:
Si mis quejas oirás indiferente,
Se alivia al exhalarlas mi dolor.
Son el canto del pájaro que, errante,
Su amor sin esperanza tal vez llora:
Perfume de una flor á quien la aurora
No prestó ni su luz ni su calor.

IV

Deslumbra el sol á su zenit subiendo
Bajo el dosel de un cielo despejado:
A su confusa agitacion y estruendo
El mundo torna, de dormir cansado.

Rompe la ya gastada ligadura
Con que tu forma aprisionara el sueño,
Y sál á respirar la brisa pura
De la mañana, idolatrado dueño.

Ya no verás la matutina estrella
Brillar más hechicera en su agonía,
Ni en la roca ó el árbol que descuella
Su luz naciente reflejar el dia;

Mas por el sol contemplarás bañadas
Las montañas mostrando sus cavernas,
Y amenguarse en torrentes desatadas
De nieve sus pirámides eternas.

Verás un oceano de verdura
Ceñir extenso el límpido horizonte
Y en colinas y en llanos y espesura
Con rica variedad quebrarse el monte.

Verás la garza de nevada pluma
Dejar de un lago el cristalino asiento
Para ostentar su gentileza suma
Volando y revolando por el viento.

Mas ya aparece en su balcon la hermosa,
Más hermosa que el alba: su mirada
Melancólica, extática, reposa
Al fin, del cielo en el azul clavada.

Sí: del cielo tan sólo la belleza
Puede arrobarte en éxtasis sublime,
Ángel que á la mansion do el hombre gime
Descendiste las penas á endulzar.
En tu destierro á la divina altura
Vuelves los ojos con piadosa calma,
Porque el cielo es la patria de tu alma,
Y es para ella irresistible iman.

Lograr tu dulce amor es imposible,
Pues que la humana adoracion desdeñas:

Quizá otro amor en otros mundos sueñas,
Del horizonte rojo más allá . . . .
Yo tambien he soñado; mas contigo
Vagué por el espacio imaginario
Siempre, mujer; no triste y solitario
Como á existir me obliga tu frialdad.

En vano sus encantos muestra el dia
Cuando la pena el corazon destroza:
Bajo el mísero techo de una choza
Fuera feliz viviendo con tu amor:
Aunque velara con neblina helada
Su azul hermoso la inmortal esfera,
Ó al abrirse la rosa pereciera
Al influjo de clima abrasador.

Sólo amarte en silencio es mi destino;
A lo léjos seguirte en tu carrera,
Como á su estrella el infeliz marino,
Como sigue el esclavo á su señor.
Tú mis votos rechazas, y á otro cielo
No ya mi pensamiento se aventura,
Ave sin alas, que en la cárcel dura
Do le tuviste preso las dejó.

V

"Enjuga ya tus lágrimas: fué un sueño,
Sueño feliz de amor que pasa en breve:
Sacudido el letárgico beleño,
Volver tu alma á la existencia debe.
Ella doró tus juveniles dias:
Por ella á la esperanza el pecho abrias:
Ella el afecto te inspiró más santo.
Pero pasó cual fugitiva sombra . . . .
¿Por qué tu labio sin cesar la nombra
Cuando todo acabó? ¡Cese tu llanto!"

Derramar en mi ánima el consuelo
Así la voz de la amistad querria:
"Pasó," me dice en cariñoso anhelo . . . .
¡Me lo dice mejor su tumba fria!
Pasó cual por los valles el torrente:
Astro, apagó su luz resplandeciente
En la lóbrega noche del olvido.
Mas, durante la vida transitoria,
¿Cómo la apartará de su memoria
El infeliz que tanto la ha querido?

Y se encontraba en la mañana bella
De juventud. Como la flor se anima
Sintiendo el rayo que derrama en ella
Propicio el sol bajo templado clima,
Presintiendo el poder de su hermosura
Dió animacion á su mirada pura,
A su acento prestó más melodía:
De inteligencia el sello soberano
En su frente brilló; mas ¡qué temprano
Anocheció de su existencia el dia!

Yo la adoré. Como al volver de un sueño
La claridad del cielo nos encanta,
No pude ser de mi entusiasmo dueño
Contemplando ante mí belleza tanta.
Ella mis votos rechazó tranquila:
Despues, como la nube que vacila
Con encontrados vientos en la altura,
Se inclinaba su amor á confesarme,
Y solo pudo, al sucumbir, dejarme
En prendas de ese amor su sepultura!

En ella un ave de plumaje pardo
Viene á posarse hendiendo la neblina,
Y ensaya un canto doloroso y tardo
Cuando la oscura noche se avecina.

No léjos, una flor su aroma exhala,
Y el ave triste, al desplegar el ala
Para seguir su interrumpido vuelo,
Á mi oído parece que murmura:
"¿Por qué no elevas, de esa flor tan pura
Con el perfume, tu mirada al cielo?"

1850.



A UN CLAVEL.

Al ver cuál ostentabas á porfía
En crespas hojas de perfume llenas
El candor de tus árabes arenas
Y el rojo de los campos de Pavía;

Ya que abatir no pudo en negro dia
Pendon lunado en hórridas almenas,
Cárlos Quinto en las playas agarenas
Tu flor y tu simiente recogia.

¡Qué mucho, pues, que en su retiro guste
De la pompa y olor que así te abona,
Sin que en su orgullo, acaso, haya advertido

Que seguirás brotando como en Yuste
Cuando se torne polvo su corona
Y de su gloria el sol humo y olvido!

1885.



LA TOMA DE MÉXICO.



I

Ruina y desolacion sólo es la altiva
Señora de los Lagos, circundada
De hambre y peste y ejército y armada
Y que rendirse al castellano esquiva.

Convierte en flecha de Cortés la oliva
Y se la vuelve audaz con diestra airada
El postrer Rey, sin reino ya ni espada,
Su inquebrantable fortaleza aun viva.

Y al ver que en los escombros solo él queda,
Y temiendo que allí como su gente
Aunque batalle más morir no pueda,

Con su familia surca el lago hirviente
De la ciudad envuelto en la humareda,
Entero el corazon, alta la frente.

II

Mas va tras él innúmera escuadrilla
Como turba de alciones sobre el lago
Con remo infatigable y duro amago,
Y alcanza Holguin la barca y logra asilla.

Cortés aguarda en la distante orilla
Y á Cuahutemoc reprocha el hondo estrago:
Y él, superior á su destino aciago,
Ve de frente á Cortés y no se humilla.

Y la espada á tocarle va derecho,
Y en ronca voz que trémula hace el brío
Y que ni orgullo acusa ni despecho,

Dice, mostrando al vencedor sombrío
Con sereno ademan desnudo el pecho:
"Haz hora tu deber cual yo hice el mío."

1875.



ITURBIDE EN CHAPULTEPEC.

“ . . .Para mañana, un hermoso dia.

. . . .

“ . . .Paz sin nubes, feliz abundancia y dias prósperos á las generaciones venideras.”

Shakespeare.—Ricardo III.—Acto 5°: escenas III y IV.

Último canto es este. En el sombrío
Otoño de la edad, claro de cielo
Dadme, y en él un rayo
Del sol de juventud, del sol de Mayo!
La ya olvidada nota
Del arpa en que ha vibrado himno de vida
Y que en mi larga senda yace rota!
Pero ¿de qué sirviera
Al ave recobrar, antes que muera,
Su melodiosa voz y espacio abierto
Para ensayar su cántiga postrera,
Si ha de espirar no oída
En las arenas tristes del desierto?
¿De qué al bardo la chispa átomo sacro
De la olímpica hoguera,
Contra la nieve de la edad presente?

Digno fuera su esfuerzo peregrino
Del Genio inspirador, cuando juntara
Á la cándida túnica de lino
La alta mision, la poderosa vara
De Ezequiel inspirado que en voz fuerte
Manda al género humano levantarse
De los helados campos de la muerte.
Cuando así, á vida nueva,
De nuevo á celebrar hechos ilustres
Que esta generacion niega ó ignora,
Volver hiciese de la tumba fria
Con su entusiasmo antiguo y pompa y gala,
A quienes vieron en dichoso dia
El sol de gloria que brilló en Iguala!

¡Qué júbilo tan puro! ¡Qué presagios
Los que en la blanca flor de sus promesas
Ofreció el porvenir cabe la cuna
De la nacida patria! ¡Cuán propicios
Al par se le mostraron tierra y cielo!
¡Cómo le sonreia la fortuna!
¡Cómo en místico velo
Cubrió su forma tricolor bandera
Que á su cadáver ha de ser sudario!
¡Cómo en los hondos pliegues, verdadera
La Fé de nuestros padres se albergaba;
La Union —con la discordia por esclava
En el áspid opreso—
Y el águila, potente en fuerza y brío,
Simbolizando el propio señorío,
La ansiada Libertad, rica en progreso!

Qué mucho que la hueste
De la sagrada enseña unida en torno,
De Norte á Sur y del Ocaso al Este
La llevara triunfante en breves dias,
No al filo de la espada, ni al pujante
Trueno de sus cañones;

Mas entre rosas, himnos y alegrías,
Piadosa emanacion de libres almas,
Muestra de agradecidos corazones,
De verdadera gloria eternas palmas!
Qué mucho que á su paso se atrajera
La nacional bandera
Al generoso Bravo,
De la virtud y su nobleza esclavo,
Y tambien á Guerrero,
Montañes corazon limpio y entero!
Que, semejante á un rio que en su curso
Acrecienta el caudal y, poderoso,
No sufre, al cabo, márgenes ni puente
Que su ímpetu avasalle;
Roto el muro de leyes y montañas
Y domado el leon de las Españas,
La innúmera falange independiente
De la imperial Ciudad inunde el Valle!

Ya está en Chapultepec. Del sacro bosque
Albergue en su tristeza á Moctezuma
Cruzando los linderos,
Bajo sabinos que la edad no abruma
Plantan sus tiendas ya los Granaderos.
En agitada ola
Cubriendo luego van la cumbre vasta,
Y del soberbio alcázar en el asta
La tricolor bandera se enarbola.
Salúdanla en estrépito sonoro
Las bélicas dianas, y á su aspecto
Una gloriosa frente se descubre. . . .
Llega el Generalísimo. Le cercan
Herrera y Filisola,
Moran y Quintanar y Bustamante.
Juvenil y bizarro es su talante,
Sin distintivo militar alguno.
El sol de la campaña
No su rubio semblante dejó bruno.

Libre el hidalgo pecho de la escoria
Del ódio ó el rencor de hondos agravios,
El mando y el amor lleva en sus labios
Y en sus ojos la luz de la victoria.
Las riendas del corcel suelta ligero
Y, entre vivas y músicas en coro,
Toma del fuerte el áspero sendero:
Asciende al mirador cual corza lista,
Y en júbilo anegado, palpitante,
De un sol de otoño á la postrera llama
Foco de oro y de luz, tiende la vista
De México al hermoso panorama.

¡Es ella, sí! La reina de los lagos
Que á su forma gentil sirven de espejos
Y tejen á su faz cendal de bruma:
La primera ciudad del Continente,
De Anáhuac lustre, amor de Moctezuma.
Por su beldad lidiaron
Cuahutemoc y Cortés. En su recinto
Erigióse el pendon de Cárlos Quinto
Que su águila imperial confuso esconde
Al surgir victoriosa tu bandera.
Sólo la Cruz sagrada
Con que vencido el Moro fué en Granada
En la ciudad ya libre, augusta impera.
Es ella, sí. La que en el Valle ameno
En alfombra de flores se reclina
Y trémula te guarda
Con el púdico ardor que hay en su seno,
El anillo y el ósculo de esposa;
Y se atavía y hace más hermosa
Porque tú con su amor feliz te ufanes
Cuando llegues mañana ¡ay cómo tarda!
Con ella á unirte al pié de sus Volcanes.

Digna corona al Vencedor, al Genio
Que odios apaga y voluntades une

Y blando y firme al par, desata el lazo
Materno de Castilla;
Y presenta del mundo en el proscenio
La juvenil nacion que es obra suya,
Rica en dulce esperanza y pompa y gala,
Y en cuya noble faz sin nubes brilla
Un espléndido sol! ¡El sol de Iguala!

1884.



GRILLOS Y LÁGRIMAS



Llega el Genio á la luz que en lo alto brilla
Y le dirige y llama en su carrera;
Y cuando vióle en más sublime esfera,
Envidiosa la suerte más le humilla.

No pudiendo á Colon pagar Castilla
El Nuevo Mundo en que gloriosa impera,
Émulos ruines le apercibe artera,
Hiere su corazon, su honor mancilla.

El Genoves con grillos vuelve á España,
Y al verle conmovida las señales,
Isabel con su llanto se las baña.

Y bendice Colon sus propios males:
Bendice alegre la enemiga saña
Que le hizo merecer lágrimas tales.

1884.



PEGASO ARANDO.

Imitacion humorística de una poesía alemana.



De Schiller,—glorioso atleta
Del Arte— en pálida copia,
Os contaré que, en la inopia
Última al verse, un poeta
Desesperado decreta
A la feria más cercana
De brutos de cerda y lana,
El hipógrifo llevar
En que suele cabalgar
Cada Musa cortesana.

Contento y vivaz Pegaso
Y con sus puntas de orgullo,
De la feria en el barullo
Que nada tiene de escaso,
Audaz se encabrita al paso;
Y desafiando el cincho
Y de tosca espuela el pincho,
Como en sus dias felices
Abre al viento las narices,
Lanza sonoro relincho.

¡Lástima, exclamó la gente,
Que á un animal de estas galas
Desfiguren las dos alas,
Parche incómodo evidente!
Su especie rara es patente;
Cierto será que en él subes
Adonde sólo hay querubes;
Mas ¿quién de esta baja esfera,
Quién habrá que hacerse quiera
Carretonero en las nubes?

Al cabo un arrendatario
Se anima y dice resuelto:
"Con las alas, aunque esbelto,
Se me antoja estrafalario
El bruto. Soy temerario;
Mas quizá lazos seguros
Me puedan sacar de apuros:
Las alas á atarle aspiro,
Será caballo de tiro;
Daré por él veinte duros."

El poeta, que temia,
Oyendo las digresiones
De aquellos sandios varones,
Que comprador no hallaria;
Con hambre y con alegría,
Conocedor algo diestro
De aqueste carácter nuestro
Que los compromisos salva,
La ocasion creyendo calva,
Responde: "El caballo es vuestro."

Uncido es á una carreta
Y acaso en el paroxismo
De su ardor, al hondo abismo
La arrojara, á no hallar meta.

"Es la bestiecilla inquieta,
Piensa Juan: irá mañana
Con el coche á la cercana
Villa, el tiro encabezando,
Y así de seguir saltando
Habrá de perder la gana."

Fué malo el segundo estreno,
Pues, no bien hizo la noche
Lugar al dia, iba el coche
Como rayo al són del trueno.
Con la vista en el sereno
Cielo segun su costumbre,
Del coche la pesadumbre
Pegaso sin gran trabajo,
Echando por el atajo,
Lleva de un monte á la cumbre.

Allí encontráronse roto
El coche; como vasallos
Sin rey los otros caballos
En indecible alboroto;
Como burlado piloto
El conductor; cual ovejas
Del lobo en frente y sin rejas,
Las gentes, al sinapismo
Del terror junto al abismo
Erizadas las guedejas.

"No va esto bien, dice Juan,
Ni habrá resultado alguno
Miéntras fatiga y ayuno
No pongan coto al desman."
Dice, y obra con afan;
Y bajo tan dura ley
Ya la campesina grey
De ver uncido se asombra

No á Pegaso, que á su sombra,
Al arado junto á un buey.

Pegaso en vano se agita
Y aspira en vano al avance,
Y en tan oprobioso lance
Como puede se encabrita.
Contra su estrella maldita
Del tardo buey bufa al lado:
Éste, lento y reposado,
Sin enojo ni piedad,
No pierde la dignidad
Correspondiente á su estado.

Sin bríos, desfallecido
En tierra cual masa inerte,
Hállase el que noble y fuerte
Corcel de dioses ha sido.
En ira Juan encendido,
Látigo de cuerda y plomo
Le aplica, gritando: "¡Cómo!
¿Ni aquí te ves en tu esfera?
Quien me hizo comprarte era
Un bribon de tomo y lomo."

Haciendo vibrar en trino
Alegre el laúd del bardo,
En esto jóven gallardo
Asoma por el camino.
Áurea cinta el peregrino
Cabello á su sien sujeta:
Es fuerte como un atleta
Y dulce al par como él solo:
Es, segun dicen, Apolo,
Númen de todo poeta.

"¿En qué piensas, al verdugo
Dice, uniendo con el buey

El ave en la misma ley,
Poniéndoles igual yugo?
No á los altos cielos plugo
Mezcla tan desacordada.
Por esta sola vegada
Un punto el corcel me presta:
Mírale y después atesta
Si de algo sirve ó de nada."

Quitado el yugo al corcel,
Su lomo ciñe animoso
El jóven, y ya fogoso,
La mano al sentir de él,
Alegre Pegaso y fiel
Y con insólito anhelo,
Sube en atrevido vuelo
Cual águila á quien no ahuyenta
El fragor de la tormenta,
Hasta perderse en el cielo.

1867.



ODA

EN LA

INAUGURACION DEL SEGUNDO IMPERIO.



¡Que dado no me sea
De paz y union para cantar el dia
Bajo el cetro del príncipe bizarro
A quien su porvenir México fía,
El acento de Schiller cuando evoca
A Rodolfo de Hapsburgo atando al carro
De su fortuna, en su valor sentada,
La de Germania insólita anarquía,
Y haciendo ante la ley rendir la espada!
Ó el entusiasmo ardiente
Con que, del sol de Iguala al rayo puro
Que de Iturbide iluminó la frente,
Tagle, del Jefe impávido en presencia,
A la nacion cautiva roto el muro,
Cantó nuestra gloriosa independencia!

Supla al acento mío
El júbilo que anima los semblantes
Y en generoso ardor quema las almas;
Que al desvalido anciano presta brio
Y hace á los pequeñuelos batir palmas;
Que en acordadas músicas sonantes

Habla y por boca del cañon que aterra;
Da á las campanas nueva melodía,
Viste en flores la tierra,
Vela su luz en flámulas al dia,
Y á la dulce esperanza himnos entona
Puesta mirando sin temor ni duda
En digna frente la imperial corona.

Mi labio te saluda,
Vástago insigne del glorioso tronco
Que brota en las helvéticas montañas,
Y á cuya sombra paternal se allegan
Vasto imperio á formar tribus extrañas.
Ilustre descendiente
De la casa que ha visto en su recinto
Cómo al genio y valor del primer Conde
Con creces corresponde
El genio y el valor de Cárlos Quinto.
Varon entre varones educados
Por la piedad y ciencia en union blanda
Para lograr la dicha del que manda,
Que es la dicha y amor de sus Estados.—
Si de la márgen del Danubio fuiste
A la del Pó, que el odio y la discordia
Dejaron ¡ay! ensangrentada y triste;
Si contigo llevaste la concordia
Y Europa vió asombrada sin retardo
Que á ser llegó en tus sienes
La corona de hierro del lombardo
Para tu pueblo talisman de bienes,
¡Cómo á los pies de su procónsul sardo,
Ha de llorar Milan tu pronta ausencia!
Y el trueno al escuchar del Apenino
Que de la Italia en el fatal destino
Amenaza envolver tal vez el suyo,
Cómo, allá en sus pesares,
Pensará la Señora de los Mares
Que su anillo ducal debió ser tuyo!

Dios, que abate ó encumbra
En su justicia á reyes y naciones,
Á México destina los que pierde
El Véneto infeliz preciados dones.
En tus nobles afanes malogrados
Meditabas á solas
Cuando nuestro clamor á tus jardines
Llegó del mar Adriático en las olas.
Descendiente de pueblos esforzados,
De su desdicha el nuestro en el abismo,
Sus horizontes contempló cerrados,
Vigor de salvacion no halló en sí mismo.
Mas la region magnífica que encierra,
Moderno paraíso de la tierra,
Nieve y fuego á la par en sus montañas,
El índigo y la púrpura en sus huertos,
Del búfalo al zenzontli en sus desiertos,
Las perlas y el carey en sus dos mares
Y ópalo y plata y oro en sus entrañas
Que dan jugo á sus bosques seculares,
La atencion del audaz César del siglo
Llamó con el fragor de sus contiendas,
Y el ejército galo, el mar cruzando,
Para mediar entre uno y otro bando
En el vasto Anahuác plantó sus tiendas.
Bajo su fuerte egida
La nacion hácia tí tendió sus palmas,
Y hoy que á ponerte vienes della al frente,
Su magnánina empresa coronando,
Tu aparicion saludan los pendones
Que fueron á inquietar el grave asilo
De las sombras de ilustres Faraones
En las remotas márgenes del Nilo.

Trajo tu nave el rumbo
Que el inmortal Colon trazara un dia
Y siguió de Cortés la hueste hispana
Breve en número y grande en osadía.

La ciencia y honda fé del Almirante,
La decision del vencedor de Otumba,
La sed de gloria de Isabel Primera
Y el ánimo sereno
De Cuahutemoc, de que, de asombro lleno,
Su triunfante adversario fué testigo,
En concierto feliz vienen contigo.
Al grande y noble y venerable anciano
En tempestad desecha erguido cedro,
De Dios vicario, sucesor de Pedro,
Besas la planta, príncipe cristiano:
Y, del Señor fiando en la asistencia,
Emisario de su alta providencia,
Te lanzas al traves del oceano
Trayendo al pueblo que en union festiva
Te proclamó con júbilo monarca,
Del cetro en cambio que te da, la oliva
Que el cielo envió tras el diluvio al arca.
Ella florecerá: terreno fértil
Brindan á tu labor los corazones:
Ella florecerá: segura prenda
Del logro de tu afan, los que en contienda
Bélica el pecho dan á la metralla,
En la imperial Lutecia prisioneros,
A quien la voluntad les avasalla
Rinden pleito homenaje los primeros.

¡Dia alegre y dichoso!
Nuestro espléndido sol baña tu frente
En que irradia la luz de la esperanza:
Cuando por vez primera á verte alcanza,
En vivas rompe la apiñada gente.
¡Noble fiesta de paz en que las manos,
Depuestos los puñales fratricidas,
Del nuevo trono al pié tienen asidas,
Jurándote su fé, los mexicanos!
Ni siervos ni tiranos
Serán de hoy más, ni en torpe violencia

Ha de gemir con grillos la conciencia.
Volverás su esplendor á los altares,
Su mengua y confusion á la malicia,
Grata seguridad á los hogares,
Su vigor á las leyes tutelares
Y su inflexible acero á la justicia.
Del huérfano y la viuda firme amparo,
Del malvado terror, sosten del bueno,
De artes y ciencias protector y faro,
Á tus pueblos sabrás hacerte caro,
Las tempestades te hallarán sereno.
De tu arribo á la nueva,
Del campo inmenso de la lid recogen
La industria sus telares esparcidos
Y el comercio el inútil caduceo:
El pastor su rebaño al monte lleva;
La mies por el cristal de su deseo
Ve en lontananza el rústico alentado
Y unce los tardos bueyes al arado:
Listo el pico en la diestra,
En el pecho la ciega confianza,
El minero á cavar la vena rica
A los abismos lóbregos se lanza.
De los preciados frutos
Copia feliz atesorando, pronto
De ambas dilatadísimas riberas
Naves sin fin, del encrespado ponto
La extension á sulcar saldrán veleras;
En tanto que la Cruz la no domada
Tribu feroz reduce, y que tu espada
Detiene al enemigo en las fronteras.—

Y tú, flor la más rica
En forma y en colores y perfume
De cuantas multiplica
En sus tendidos llanos de esmeralda,
Lecho al cristal del Senne y del Escalda,
La poblada region que el mar respeta

Porque á sus bravas ondas puso meta:
Dicha y honor al paternal cariño
Del Nestor de los reyes hoy más grandes:
Bella entre las beldades peregrinas
Que en sus lienzos de Rúbens muestra Flandes
Ó á cuyo seno encajes dió Malinas:
Dulce mitad del príncipe gallardo
Que de mi patria los destinos salva:
Estrella que en Oriente
Á un pueblo anuncias de su dicha el alba:
Bálsamo para él contra la injusta
Herida que el dolor dejó en su seno:
Íris tras el relámpago y el trueno,
Ángel humano, Emperatriz augusta!
De México las hijas dan alfombra
De mirto y azucenas á tu planta:
Al cariño que muéstrante á porfía
Ara en sus corazones se levanta
Ajenos al rencor en negro dia.
Vieron sin conmoverse, enarbolados
Uno y otro estandarte;
Yermos los campos, los aceros rojos,
Allanado el hogar; y hora, al mirarte,
Entusiasmo profundo
En llanto de placer nubla sus ojos,
Sin rival por lo bellos en el mundo!
Saben á cuánto alcanza el blando imperio
De la hermosura y el amor unidos,
Y que á tu excelsa guarda encomendadas
Las de su sexo iman virtudes puras
Y de la Fé las fórmulas sagradas,
Familia y Religion quedan seguras.—

¡Alza la regia frente,
Oh vírgen de los lagos cuya bruma
A tus formas da velo trasparente!
Tenoxtitlan, amor de Moctezuma,
Que trocaste en palacios tus cabañas

La joya para ser de las Españas
Y hoy primera ciudad del Continente!
Del ancho valle ameno
Circundado de bosques y colinas
En cuya verde alfombra te reclinas
Sin temores ni afanes,
Sirviéndote de arrullo el sordo trueno
Con que su enojo anuncian tus volcanes,
Junta brisas y flores, junta aromas
Ricos metales, sazonado fruto,
Y ofrécelos al pié del nuevo trono,
De tu cariño y tu lealtad tributo.
Trae contigo las severas leyes
Do la cordura brilla
De los de Acolhuacan ilustres reyes:
La Cruz que en Anahuác plantó Castilla:
La índole blanda —y á codicia ajena—
Que á tus hijos dió el cielo
Con plata y oro al empedrar tu suelo.
Pon en la diestra al Príncipe adorado
Que el Austria no sin lágrimas nos cede
El pendon de tus ínclitos mayores;
Que, de él enarbolado,
Si el pueblo y Dios ayúdanle, bien puede
Presto inspirar, en gloria sin segundo,
Orgullo á la nacion, respeto al mundo!

1864.

HIMNO

Á LA INDEPENDENCIA.

CORO.

El dia felice que tímidas greyes
Ser libres osaron del mundo á la faz,
Celebra Texcoco, la cuna de reyes,
La Aténas de Anáhuac, la villa imperial.

Voz 1ª

Tornóse el arado
Flamígero acero;
Cercó un pueblo entero
Del libre el pendon.
Al sol de la gloria,
Tras lucha siniestra,
Vió el águila nuestra
Vencido al leon.

Voz 2ª

Colmados los votos
De un pueblo que es libre,
Sus armas no vibre
Discordia letal.
Si en lid más gloriosa
Vencerla queremos,
La diestra nos demos
En signo de paz.

1863.

EL PRIMER FRUTO.

Árbol plantado en el huerto
Que Amor con empeño rudo
Acotar y labrar pudo
De la vida en el desierto,

Da al viento fértil retoño
Y ostenta, rica en aroma,
La más regalada poma
De cuantas cuaja este otoño.—

No temas ya que taladre
Tu sér dolor inaudito.
¡Bien lo compensa el bendito
Regocijo de la madre!

El llanto enjuga que viertes:
Pon de tu esposo en los brazos
La prenda que hace los lazos
De tu ventura más fuertes.

Pagarán lo que ser madre
Te cuesta en pena prolija,
Las caricias de la hija
Y el doble afecto del padre.

Justo es que, en ferviente anhelo,
De gratitud conmovidos,
Los dos, de la mano asidos,
Alceis los ojos al cielo;

Ya que Dios, si en grato día
Unió vuestros corazones,
Acrecentando sus dones
Regalo tal os envía.—

Rocío tras el desmayo
Del calor; copo de espuma;
Ave de cándida pluma,
Dulce alborada de Mayo;

Lucero en el horizonte;
Perla que cuaja en los mares;
Ramillete de azahares
Con que se perfuma el monte;

Íris que la lluvia escasa
Tiñe en colores sin cuento;
De los extraños contento
Y alegría de la casa,

La niña al mundo venida
Y que como tú se nombra,
Es tu imágen, es tu sombra,
Es tu sangre y es tu vida!

Si de sus ansiados bienes
El mundo te abriera el arca,
Pudieras ver que no abarca
Tesoro como el que tienes.

Jamas á tu pecho el luto
Dará de acerbos dolores,
Por muchas penas que llores,
De tus entrañas el fruto.

Que su sexo, al bien propicio,
Le ha de apartar en la tierra
De las simas de la guerra,
De los escollos del vicio.

Verás tu fortuna doble
Con solo que consideres
Que en las débiles mujeres
El corazon es más noble.

Vaso de fragancia extrema,
Muy rara vez se la quita
Ni la arrogancia que irrita
Ni la impiedad que blasfema.

El llanto enjuga que viertes:
Pon de tu esposo en los brazos
La prenda que hace los lazos
Del matrimonio más fuertes.

Quien os la dió que os la guarde,
Y, como á tí, la haga el cielo
Buena y hermosa, y modelo
De hijas y esposas más tarde!

1867.



A ISABEL.

Ingenio y beldad unidos
En un sér, dellos dechado,
Su grato acento acordado
Modulan á los oídos
De un trovador . . . . jubilado.

Pídenle una trova, ciertos
De que elementos más rudos
Ceden á tales conciertos
Que hacen hablar á los mudos
Y levantarse á los muertos.

Pídenle una trova cuando
Á playas áridas llega
Quietud y olvido buscando;
De juventud en la vega
La rota lira dejando.

Si alguna vez la echó ménos
Fué en este trance, á fé mía;
Que más que la voz que oía
Le hablaban dos ojos llenos
De luz como la del día.

Le hablaba el fresco laurel
Que en tu modestia rehusas
Ceñirte, y con mano fiel
Dan á tu frente las Musas
Al escucharte, Isabel.

Pero estéril es su cuita,
Cual la del que en tierra extraña
Su alma en el recuerdo baña
De aquella sombra bendita
De la paterna cabaña.

No puede mezclar su acento
Al de entusiastas cantores
Que dan tu alabanza al viento:
No hay nota sin instrumento,
Ni en el arenal hay flores.

Gastó sus mejores años
En él en lucha reñida
Con propios y con extraños:
Los bienes fuéronle daños,
Cada esperanza una herida.

Náufrago en airados mares,
Náufrago, Lesbia, quien te habla,
Torna á sus modestos lares
Por lastre con sus pesares,
Con su honra limpia por tabla.

Mas si en borrasca tan ruda
Su alma, de tristeza llena,
De la gloria propia duda
Y ante su halago está muda,
Gózase en la gloria ajena.

Y en su valle solitario,
Cándida como el armiño,
Pura cual amor de un niño,
Conserva en fiel relicario
La santa flor del cariño.

Por ello, bien que sin lira,
Con tu ingenio soberano

Y tu beldad hoy se inspira,
Y los ensalza y admira
Aunque sea en canto llano.

Y de su amistad en prenda,
El voto de que en tu senda
Tus ilusiones más caras
Logres asir, es la ofrenda
Que humilde pone en tus aras.

1867.

OBSEQUIO.

El libro que recibes en tu día
¡Dia feliz, exento de congojas!
Guarda en sus blancas hojas,
Expresados en signos que impaciente
Diestra infantil revelan todavía,
Amor y Gratitud. La frase es fría;
Vivo el amor, la gratitud ardiente!

De tus tiernas alumnas
Llégate el dón humilde perfumado
Del Paraíso con la grata esencia;
Que en el vergel del corazon del niño
Presta sombra á la flor de su cariño
La palma celestial de la inocencia.

1870.



EN UN ÁLBUM.

Como en pos del calor la golondrina
Tiende sus alas á distantes zonas,
Vas á partir cuando eres ornamento
De mi patria infeliz, noble Señora?

Mirándote brillar en sus salones,
Americana flor, "¡Oh, cuán hermosas,
Cuán buenas son de México las hijas!"
Exclamará con entusiasmo Europa.

Mas, en ausencia tuya, ¿quién derrama
La bondad y el talento que atesoras?
¿Qué mano ha de igualar á la que al pobre,
Su queja al escuchar, tiendes piadosa?

No tardes en volver, pues en tu ausencia
Quedan estos vergeles sin aroma,
Las fuentes sin cristal, nublado el cielo
Y en tristeza mortal las almas todas.

Y ¿qué valdrá que al verte en sus jardines
Hermosa y buena te proclame Europa,
Si en sueños has de oir que te decimos:
"No tardes en volver, noble Señora"?

1870.



LA NOCHE DE QUERÉTARO.



Horresco referens.

¡Silencio grave, oscuridad sin astros
Y tristeza y horror! Mi fantasía
De vasto monasterio el negro domo
Ve dibujarse en la tiniebla fría.
Cual dormido rebaño allí las guardias
Que el hambre flaca y angustiosa vela,
No el enemigo plomo,
Rindieron: á su lado, en pabellones
Las armas: abocados los cañones
Hácia el llano y la hoguera que muy tarde
Del sitiador entre las tiendas arde:
Y ni á ciudad ni á ejército despierta
Del vigilante el compasado alerta.

Más ¿qué débil rumor, con el ladrido
De los infaustos canes, interrumpe
Silencio y calma? De la aciaga noche
Entre las sombras surge otra más negra,
Cual la del falso apóstol . . . . Se destaca
De la tronera en el angosto espacio
Y entra y se acerca ya . . . . Sus pasos sigue,
Brotando cual torrente
Que hincha lluvia otoñal y espesa el limo,
En pelotones la enemiga gente:
Cerca y sujeta á las dormidas guardias,
Y retira y convierte los cañones
A la ciudad, y grita en voz siniestra
El arma al descansar: "La plaza es nuestra."

Reposa arriba el Jefe cuya mano
Cetro imperial que la impericia propia
Y el golpe del rencor republicano
Hicieron polvo, con guerrera espada
Que brillará en la historia sustituye.
Contra falange innúmera sereno,
No á vencer, que á morir, lidió cual bueno.
No el brío, que le sobra,
Mas la pujanza física recobra
En limitado sueño no tranquilo,
Que á inquietudes y azares y contiendas
En su imaginacion no corta el hilo.
Ora contempla al lado
El trono en que sentóse, derrumbado:
Ora, en angustia hondísima aunque incierta,
Su Ofelia hermosa y triste, ó loca ó muerta:
Ó bien agita en ademan de imperio
Nervudo el brazo que las filas rompe
Del sitiador: ó en pasajeras calmas
Baña su labio en pálida sonrisa,
Tal vez porque divisa
Del Cimatario las sangrientas palmas. . . .
Cuando una voz amiga le despierta
Del propio pabellon bajo el abrigo
Clamando: "Está en la Cruz el enemigo."

El no distante acero
Cíñese al punto y sale en grupo breve
De fieles y esforzados servidores
Sin demudarse ni temblar, sin ira,
Resignado al destino,
Surgiendo sobre todos su estatura
Cual surge entre los árboles el pino.
El paso no le estorban
Guardias ni centinelas. Calles, plaza,
Atraviesa y prosigue. ¿Adónde? ¿Adónde?
A otro reducto. El hombre de su raza
Va de frente al peligro, no se esconde.

Faro que en el naufragio reverbera,
Sobre mil bayonetas todavía
Se arrebola en la luz del nuevo día
En el cerro plantada su bandera.
La empuñará, y en renovadas lides
Vencerá ó morirá. . . . Pero ¿y las huestes
Que ciñen ese monte
Cerrando en negra nube el horizonte
Que en fuego destructor relampaguea,
Y ruge y truena ya? Pero ¿y la sangre
Del grupo fiel vertida inútilmente?
Vencido estás . . . . ¡Detente!
De nuevo, y más que nunca, en esa cima
Brillará tu valor cuando, deshecho
Por las balas mortíferas el pecho,
De todo error tu sangre te redima;
Y tu alma, limpia y cándida cual lirio,
Vuele á Dios con la palma del martirio.

¡Leccion dura y sangrienta
A quien las riendas del imperio empuñe
Sin alto dón de imperio!
A todo pueblo iluso
Que, viéndose á la orilla del abismo,
Vigor de salvacion no halló en sí mismo
Y en otros pueblos su esperanza puso!
Mas el mundo y la historia
No siempre rinden parias á la gloria
Del vencedor, ni humillan al vencido;
Y la tragedia al recordar terrible,
Claman con voz al cielo levantada
Que al tiempo y al olvido,
En cuyo negro mar todo se anega,
Sobrevive el horror de tal entrega,
Sobrevive el fulgor de aquella espada!

1880.

LA TUMBA DE ALEJANDRO.

(Imitacion del italiano de Manara.)



Abridme aquesta urna. ¡Ay! ¡Cómo encierra
Gloriosa majestad pórfido mudo!
Coronada ceniza, en tí saludo
Al apagado rayo de la guerra!

La vista mia se confunde y yerra
Y descubrir al vencedor no pudo.
¡Cómo al Asia arrancó gemido agudo
Este monton de agusanada tierra!

Si en honor suyo las sumisas greyes
Tumba alzaron magnífica, hondo olvido
Ha soterrado al par tumba y tirano.

Y al recoger su polvo exclamo: "¡Oh Reyes!
El héroe á quien estrecho el orbe ha sido
Ved cuál cabe en el hueco de mi mano!"

1878.



MAZEPPA

DEL INGLES

DE LORD BYRON.

A SU QUERIDO AMIGO DON CASIMIRO DEL COLLADO DEDICA

ESTE ENSAYO

EL TRADUCTOR.

MAZEPPA.[1]

I

De Poltawa fatal muerto era el día
En que abandona al Sueco la fortuna,
Cabe su hueste rota y que en laguna
De propia sangre exánime yacía.

Poder y gloria —á que la turba impía
Que les da culto en deslealtad se aduna—
Vuelan de Pedro á ornar la frente bruna,
Y Moscou en su triunfo renacía.

A su recinto el porvenir empero
Guarda, de su tiniebla en lo profundo,
Huésped más poderoso y altanero.

Y entre llamas y estrago sin segundo,
Moscou será baldon, escollo fiero,
Sima al conquistador, y rayo al mundo!

II

Tal fué el azar del dia. A huir aprende
De ajena y propia sangre el Rey manchado,

1 Mazeppa fué un ente real, y, si bien la imaginacion del poeta ha dado brillo y animacion al cuadro de sus aventuras, el fondo de éstas es cierto y hasta histórico, lo mismo que el personaje. Hé aquí algunas líneas de Voltaire y de Barrow que á él y al desastre de Poltawa se refieren, que inspiraron el poema de Lord Byron, y que éste ó los editores insertan á la cabeza ó al calce del citado poema en la edicion de sus obras completas:

"...... Quien ocupaba entónces tal puesto era un gentilhombre polaco llamado Mazeppa, nacido en el palatinado de Podolia: formóse en calidad de paje de Juan Casimiro, y adquirió en su corte alguna tintura de

Y campos atraviesa y rios hiende,
Y los que van con él mueren al lado.

Y en trance tal, cuando al poder el miedo
No impide á la verdad mostrarse clara,
En tono airado ó murmurante y quedo
Ni una voz su ambicion echóle en cara.

Muerto su fiel caballo, el suyo Gieta
Dále, quedando á ser del ruso esclavo;
Y en carrera sin límite ni meta
El nuevo palafren rindióse al cabo.

Y de un oscuro bosque en lo más hondo,
Y en tanto que chispea la enemiga
Fogata del paisaje ya en el fondo,
Da el Rey descanso un punto á su fatiga.

¿Son esos, por ventura, los laureles
Tras que á reñida lid van las naciones?
¡Ay! los de Cárlos, al dejarle infieles,
Los árboles le dan por pabellones.

bellas letras. En su juventud, habiendo sido descubierta la intriga que anudó con la esposa de un gentilhombre polaco, éste hízole atar enteramente desnudo á un caballo silvestre, y le dejó partir así. El caballo, que era del país de Ukrania, regresó á tal region llevando consigo á Mazeppa, medio muerto de hambre y fatiga. Socorriéronle algunos campesinos, permaneció entre ellos largo tiempo, y se distinguió en varias expediciones contra los tártaros. Adquirióle la superioridad de sus luces gran consideracion entre los cosacos, y su reputacion, que se aumentaba de dia en dia, obligó al czar á hacerle príncipe de Ukrania." VOLTAIRE. *Histoire de Charles XII* (de Suecia).

"...... Huyendo el rey y perseguido, matáronle el caballo, y dióle el suyo el coronel Gieta, que estaba herido y desangrándose por completo. De modo que dos veces fué subido á caballo en la fuga el conquistador que no habia podido montar durante la batalla." IBID.

"...... El rey tomó con algunos ginetes otro camino, y como el carruaje en que iba se rompió durante la marcha, ayudáronle á montar de nuevo. Para colmo de desdichas, extravióse por la noche en un bosquedonde, no pudiendo ya su energía suplir sus agotadas fuerzas, haciéndose,

Tendido al pié, si de vigor blasona,
Siente en su sér gastado la agonía,
Y sus heridas rígidas encona
Con su aliento la noche seca y fría.

En su sangre cundió la calentura
Cerrando el paso al agitado sueño;
Mas en medio de tanta desventura,
En dominarse el Rey cifró su empeño.

Lleno de majestad en su caida,
De su silencio y su ademan arguyo
Que su angustia por él quedó vencida,
Cual los pueblos un tiempo en torno suyo.

III

Allí un puñado de jefes. . . .
¡Cuán pocos desque el desastre
De un solo dia segó
La sueca hueste arrogante!

le con el cansancio más insoportables los dolores de la herida, y habiéndosele rendido el caballo, acostóse por espacio de algunas horas al pié de un árbol, á riesgo de ser á cada instante sorprendido de los vencedores, que le buscaban por todas partes." IBID.

". . . . . . Advirtiendo Cárlos que la batalla estaba perdida y que su sola probabilidad de salvarse consistia en retirarse con la mayor precipitacion, resignóse á que le subieran á caballo, y con los restos de su ejército huyó á un punto llamado Perewolochna, en el ángulo que forma la confluencia del Vorskla y el Borístenes. De allí, acompañado de Mazeppa y de unos cuantos centenares de subordinados suyos, atravesó Cárlos el segundo rio, y recorriendo una comarca desolada á riesgo de perecer de hambre, llegó, al cabo, al Bog, donde fué benévolamente recibido del bajá turco. El enviado ruso á la Sublime Puerta, pidió que Mazeppa fuese entregado á Pedro; pero el antiguo hétman de los cosacos evitó semejante destino, tomando un veneno que aceleró su muerte." BARROW'S *Memoire of the life of Peter the Great.*

Una nota del original inglés dice que en esta misma obra de Barrow se hallan otras noticias auténticas é interesantes acerca de Mazeppa.

En tan horrible naufragio
Muestran ellos lo que valen:
Sellado el labio, se sientan,
Serio y pensativo el aire,
Entre monarca y corceles;
Pues el peligro en sus lances
Nivela al hombre y al bruto
Y compañeros los hace.—
Mazeppa, el hétman de Ukrania,
Sereno, fuerte, indomable,
Casi tan áspero y viejo
Como los vecinos árboles,
De un roble al pié, sitio busca
Donde sus miembros descansen.
Mas, superior á la propia
Fatiga, con hojas antes
Forma á su caballo lecho,
Le afloja cincha y pretales,
La crin le alisa y le frota
La piel de negro azabache,
Contento al ver que la hierba
Con diente seguro pace
Aunque el dañoso rocío
De media noche la ablande.
Intrépido al par del Hétman
Es el corcel; sin curarse
De alimento ni de lecho,
Y dócil y fuerte y ágil,
Sin que la suya desmienta
De su progenie la sangre,
Ignora lo que es fatiga
Cuando en sus lomos le trae.
Viene á su voz; le conoce
De extraños entre millares
En noche oscura, y tras él
Iria desde la tarde
Hasta el alba, como sigue
El cervatillo á la madre.

IV

Tras esto el adalid su capa extiende
Al pié de un roble, y á su tronco arrima
Lanza robusta; inquiere si otras armas,
Tras la contienda á que el revés dió cima
Y tras la fuga, su defensa abonan:
Si pólvora guardó la cazoleta
Y si la llave el pedernal sujeta;
Si en la vaina el acero juega holgado
Y el cinturon de cuero no ha rozado.
De su maleta al fin, racion escasa
De alimento frugal saca, é invita
A los demás con él á compartirle,
Más franco y expedito en sus modales
Que un cortesano viejo en casos tales.
El Rey toma su parte, sonriendo,
Si en espíritu y cuerpo está sufriendo;
Y calma y buen humor aparentando,
Conversa con Mazeppa en tono blando.
—De nuestra banda fiel, de brazo fuerte
Y firme corazon toda, ninguno
En recia lid, escaramuza ó marcha
Habló menos que tú ni más ha hecho;
Ni de Alejandro acá, tal vez, se ha visto
Pareja más cabal que la que siempre
Formas con tu Bucéfalo. El escita
Párias te rinde absorto si galopas
Por tierra y agua.—Desde muy temprano
De la desdicha en la funesta escuela
Aprendí á galopar, dice el anciano.
—¿Cómo?—De referir largo seria:
Faltan no pocas leguas, lances rudos
Con el contrario, superior diez veces,
Antes que en calma ya nuestros caballos
Pasten seguros en la opuesta márgen
Del rápido Borístenes. Reposo

Vuestros cansados miembros necesitan:
Dormid todos, yo velo.— Mas yo exijo
Que tu historia me cuentes: al arrullo
De tu palabra, acaso mis enojos
Calme el sueño, hora ausente de mis ojos.

—Por si lograis tal bien, sigo ya el rastro
De confusas memorias al trascurso
De mis setenta inviernos. Veinte habia
Yo, más bien primaveras, si no yerro,
Y era en Polonia rey Juan Casimiro,
De quien paje seis años fuí. Rey sabio
Que en nada á vos, señor, se parecia:
Ni guerras encendió, ni adquirió nuevos
Reinos para perderlos á otro dia;
Y, salvo los debates en la dieta,
En calma gobernó la más completa.
No que dejase de correr borrascas:
Amaba á las mujeres y las Musas,
Y es tal la condicion de unas y otras,
Que á él mismo á veces anhelar hicieron
La guerra y sus horrores; mas, tomados
Nuevos libro y querida, los osados
Ímpetus humo y nada se volvieron:
Y daba entónces fiestas prodigiosas,
Y Varsovia en sus pórticos veía
Absorta el continente y gallardía
De mancebos de prez, damas rumbosas.
Salomon de Polonia era; ó, al menos,
Tal le cantaban sus poetas todos,
Con excepcion de alguno que, no estando
Pagado, el aire atruena proclamando
Que la lisonja vil no entra en sus modos.
Era corte de fiestas y de justas
Do cada cortesano lidió en rimas;
Hasta yo cierta vez hice una oda,
Firmándola, si firma no he olvidado,
"Tírsis, el fiel pastor desesperado."

Un Conde Palatino de alta estirpe
Y cual mina de sal ó plata rico,
Sin que del trono al pié muchos le igualen
En sonante metal y en sangre ilustre,
Allí vivia, y tal su orgullo era
Cual si del mismo Olimpo descendiera.
Meditando en tesoros y abolengo
Trastornósele acaso la mollera
Al punto de creer, si mal no arguyo,
Que el mérito de cuanto le da brillo
No fué de sus abuelos, sino suyo.
No compartia su opinion la esposa,
Treinta años en edad menor que el Conde,
Cuya tutela llega á serle odiosa.
Tras deseos, temores y esperanza,
Y dando á la virtud, cual corresponde,
En vigilias y sueños agitados,
Con el vale postrer lágrimas tibias,
De Varsovia á la flor varonil lanza
Tímidas ojeadas, ya en su reja
Que abre á la musical nocturna queja,
Ora en la confusion de alegre danza.
Y aguarda los dichosos accidentes
Que asaltan á las damas y las rinden,
Sean arrebatadas ó prudentes,
Para dar nuevos títulos al noble
De aquellos que se dice abren el cielo
Con llave de martirio, y de que nunca
Quien los lleva se jacta —es bien sabido—
Cuando ellos los más útiles le han sido.

V

Yo mancebo garrido entonces era:
Decirlo á los setenta años me es dado:
Y hubo en la corte, en alta ó baja esfera,
Desde el imberbe al hombre ya formado,

Pocos que en mi florida primavera,
Si la memoria fiel no me ha faltado,
Pudieran competir —tambien lo digo—
En presuncion y vanidad conmigo.

Yo aunaba juventud, fuerza, alegría,
Y un porte, no cual éste que avalora
Vuestra vista; mas rico en gallardía
Cuanto mísero y rústico es ahora;
Que el tiempo y el dolor y guerra impía
Frente y alma con reja destructora
Removieron y araron, y, presentes,
No me conocerian mis parientes.

Y no aguardó tal cambio, no por cierto,
A que la edad con paso vacilante
Su rudo estrago, como en libro abierto,
Se acercara á escribir en mi semblante.
Fuerza, valor y espíritu no han muerto
En mí; de lo contrario, en este instante
No os contara en un bosque mis querellas
Bajo el dosel de un cielo sin estrellas.

Mas dejadme seguir. La forma vaga
De Teresa gentil, mi bien, mi daño,
En ilusion que al corazon halaga
Miro surgir al pié de aquel castaño.
La luz de su recuerdo no se apaga,
Y palabras no encuentro —es muy extraño—
Cuando mi labio trémulo la nombra,
Para decir cuán bien amo su sombra!

Eran sus dulces ojos orientales
De la turca beldad y de la activa
Sangre polaca, fruto que en iguales
Partes refleja entrambas, y cautiva.
Negros como ese cielo; mas raudales
De luz tierna y süave al par que viva,

Brotaban dellos; claridad que encanta,
Luna que á media noche se levanta.

Grandes y negros ojos en que oscila
En piélago de luz fundido al rayo
Que della brota, lánguida pupila
Ardiente á veces como el sol de Mayo.
Semeja su mirada, si tranquila,
Las que alzaban al cielo en su desmayo
Los santos, en el místico delirio
Cual si hallaran deleite en el martirio.

Su frente manso lago en que la ola
Ni surge ni murmura, y que, al reflejo
De la luz estival que le arrebola,
Al firmamento azul sirve de espejo:
Su mejilla, sus labios de amapola . . . .
Mas ¿para qué prosigo su bosquejo?
La amaba yo con ciega idolatría:
Con inefable amor la amo hasta el día.

Y los que abrigan, como yo, en el vaso
De fuerte arcilla vigorosa esencia,
Aman así, con ímpetu no escaso,
Ruede en bienes ó males su existencia,
Y hasta en ciego furor; y hasta el ocaso
De la vida los sigue la apariencia,
La vana sombra del amor primero,
Como á mí hasta el instante postrimero.

VI

Nos encontramos, nos vimos;
Yo extático la miré,
Y al mirarla suspiré:
No habló; mas nos comprendimos.
Hay dulces tonos que oimos,
Hay leves signos que vemos

Y definir no sabemos:
Chispa que se escapa ardiente
Del corazon y la mente
Sin que atajarla logremos.

Signos y tonos que extraño
Lenguaje forman intenso,
De significado inmenso,
Sin que al recato hagan daño:
Cadenas que en dulce amaño,
Sin que lo sepa quien ama,
Ligan á mancebo y dama
En prision que es toda ardores;
Hilos que de conductores
Sirven de amor á la llama.

La ví, suspiré, y en lloro
Tierno que á solas vertí,
Callado permanecí,
Distante de aquel tesoro.
Dentro del social decoro
Relacionámonos luego,
Y aunque hablarle en blando ruego
Quise en más de una ocasion,
Mi labio del corazon
No pudo expresar el fuego.

Hasta un momento en que. . . . Habia
Juego frívolo, cansado,
Cuyo nombre no he guardado,
Y en que pasamos el dia.
De si ganaba ó perdia
Sin curarme, solo ví
Que el azar nos juntó allí,
Y á mi sabor contempléla.
¡Sea nuestro centinela
Tan vigilante cual fuí!

Ufano al verla á mi lado
Y al escucharla, noté
En su rostro no sé qué
De singular reflejado.
No era el interes del dado
Lo que allí la detenia;
Júbilo ó pena sombría
Su semblante no acusaba,
Y jugaba y más jugaba
Con misteriosa porfía.

Ante su aire pensativo,
Atravesó por mi mente
De luz clarísima, ardiente,
Relámpago fugitivo.
En ella, segun concibo,
Leyó el pensamiento osado
Que no era yo condenado
En el tribunal de amor,
Y hallando en esto valor,
Rompió mi lengua el candado.

Rompióle, hablé; incoherente
Fué mi discurso en el modo;
Expresion de mi amor todo,
Conmovedor, no elocuente.
En escucharme consiente,
Y es cuanto anhelaba yo:
Quien vez alguna escuchó
Seguirá prestando oido;
Y su corazon no ha sido
De hielo formado, nó.

VII

Yo la amé, y, á mi vez, fuí della amado.
Dicen, señor, que vuestra vida el humo
De esas dulces flaquezas no ha empañado.

Si es verdad, pena ó júbilo resumo,
Que el detalle de bienes y de males
Absurdo os pareciera en grado sumo.

Mas no nacimos todos les mortales
Ni para dominar nuestras pasiones,
Ni al par dellas el mundo, á vos iguales.

Yo soy —ó más bien, fuí— de estas regiones
Príncipe, y al combate y á la muerte
Llevaba en pos mi gente en escuadrones;

Pero jamás conmigo mismo fuerte,
Con mis agrios instintos batallando,
Conseguí dominarme de igual suerte.

Mas, vanas digresiones abreviando,
Amé y amado fuí; feliz destino
Que á ser llega cruel cuanto era blando!

Vímonos en secreto, y de contino
En garra de inquietud me hallaba la hora
Que de su camarin me abrió el camino.

Sueño fueron y niebla voladora,
Sombra y nada mis noches y mis dias,
Salvo el instante que recuerdo ahora.

En él solo viví, y en alegrías
Otro igual ¡ay! no pueden ofrecerme
De mi vida las páginas sombrías.

Diera la Ukrania toda yo por verme
De nuevo en esa hora, y ser el paje
A quien la dicha en su regazo aduerme;

A quien rinden á un tiempo vasallaje
Salud y juventud; sin mas riqueza
Que la espada que al cinto airoso traje!

Vímonos en secreto. La flaqueza
Suele hallar más gustosa la ventura
Que entre sombra y misterio anda y tropieza.

Yo solo sé que verla sin holgura
Amenguaba mi gozo, y dado habria
Mi sangre por decir ante la impura
Corte y la sociedad y el cielo: "Es mia!"

VIII

Miradas mil á los amantes siguen,
Y así nos sucedió.
Ser más cortés en caso tal debiera
El diablo en mi opinion.
Pero tambien al acusarle incurra
Tal vez en craso error,
Y haya sido quien víctimas nos hizo
Taimado santurron.
Lo cierto es que una noche en red de espías
Fuimos á dar los dos.
Hallámonos el conde hecho una fiera
Y desarmado yo.
Mas de poco sirviérame la espada
Y el belicoso ardor
Contra el número —Y fué cerca, muy cerca
Del feudal torreon;
Léjos de la ciudad y quien pudiese
Prestarme allí favor.
Se acercaba aclarando el negro cielo
El alba á la sazon:
Mis momentos contados yo creia,
No ver el nuevo sol.
Tras breve ardiente súplica á la Vírgen,
Y á un santo —acaso á dos—

Con mi trágica suerte resignéme,
Tranquilo el corazon.
Llegamos á la puerta del castillo,
Y de entonces á hoy,
Separados cual fuimos, de Teresa
No he vuelto á saber, nó!
La cólera del conde y su arrebato
Ya os figurais, señor:
Para estallar terrible, lo confieso,
No le faltó razon.
Pero más que la herida á su cariño
Punzábale el temor
De que el lance á su noble descendencia
No redundara en pró.
Pasmábale, además, ver extendida
Tal mancha en su blason,
Cuando él era el más noble de su raza,
De todos el mejor,
El más alto mortal. Y ¡oh rabia! ¡oh mengua!
Si, en suma, este borron
Le viniera de un rey! ¡Pero venirle
De un paje como yo!
Comprendo y comprendeis, mas expresaros
No puedo su furor.

IX

"¡Traigan presto el caballo!" Fué traido,
Y en verdad, nobilísimo corcel,
Y de la raza tártara nacido,
Al pensamiento igual en rapidez.

Pero silvestre y bárbaro cual gamo
Que de su vírgen selva no salió,
Ni espuela y freno conoció, ni amo,
Ni jamás ha escuchado humana voz.

En sus llanos la víspera cojido,
De terror erizados pelo y crin;
Con su nevada espuma enfurecido
Salpicando el audaz cuello gentil;

Aunque relincha y pugna y forcejea,
Llevado el hijo del desierto fué,
Y á su lomo con áspera correa
Me sujetó de esclavos el tropel.

Suéltanle, y á sus ancas el crujiente
Látigo aplican !ay! gritando al par:
"¡Adelante!". . . . y partimos. . . . y el torrente
En furia y rapidez quédase atras.

X

¡Adelante! Mi pecho
Respirar no consigue:
Las sombras no ha deshecho
El dia, ni el que sigue
Rumbo ó sendero indómito
El bruto, pude ver.
De aquel grupo villano
Fué la salvaje risa
Postrer sonido humano
Que en la cortante brisa
Llegóme, cual alígero
Dardo lanzado al ser.

Como leon que ruge
Sus crines sacudiendo,
Hice rabioso empuje
Fuerte cordel rompiendo
Que el cuello en nudos rígidos
Al del corcel me unió.

Y entonce incorporéme,
Atras vuelto el semblante,
Y en voz que de ira treme,
Mas honda y resonante,
A la canalla sórdida
Lancé mi maldicion.

Temo que no la oyera
Entre el sonoro trueno
De la veloz carrera
En que, de espuma lleno,
Con nunca usado ímpetu
Lanzóse mi corcel.
Y, á fé, lo sentiria,
Pues, convertido en furia,
La voluntad fué mia
Pagar su torpe injuria
Con paga triple ó cuádruple,
Cual la pagué despues.

Puerta, barrera ó puente,
Foso, almena ó rastrillo,
Vegetacion ó fuente,
No queda del castillo,
Excepto la parásita
Del muro del hogar.
Ni, enderezando el paso
Por campos de maleza,
Sospecharais acaso
Que hubo allí fortaleza
Con el escudo y títulos
De alto señor feudal.

Yo ví sus torrecillas
En viva llama ardiendo
Y, del humo amarillas,
Henderse con estruendo

De su base á la cúpula
Una y otra pared.
  Y del espeso domo—
Astas y almenas rotas—
Llover líquido el plomo
En encendidas gotas,
Y en arroyo flamígero
Ceñir del muro el pié.

  A prueba de venganza
No estaba el edificio:
No la fatal mudanza
Que ella labró en su oficio
Previó la turba estólida
Que me lanzó á morir.
  No creyó que algun dia
En tártaros bridones
Mi gente llevaria
Formada en escuadrones,
De dar las gracias ávido
Al Palatino allí.

  Fué su maldad cumplida,
Su proceder fué franco
Cuando á perder la vida,
Al espumoso flanco
Del bruto en lazos ríspidos
Atado, me envió.
  Yo con igual franqueza
Paguéle y con usura:
Fué ruda su proeza,
Fué mi venganza dura,
Y, en consecuencia lógica,
Nada le debo yo.

  Más tarde ó más temprano
Sáldase toda cuenta,

Y no hay poder humano
Que triunfe cuando intenta
De la venganza el término
Preciso detener;
Si cual tesoro guarda
Su ofensa el ofendido,
Y en larga vela aguarda
Y en aparente olvido
El dia en que su obstáculo
Postrero ha de vencer.

XI

Adelante! Caballo y ginete
En las rápidas alas del viento,
Ciudad, pueblo y aldea y conventc
Y cabaña dejamos atras;
Semejando veloz meteoro
Que el espacio atraviesa encendido,
Cuando el velo nocturno tendido
Tiñe en grana la luz boreal.

Negro bosque á lo léjos limita
La desierta y estéril llanura;
De algun cerro en la ríspida altura
Rota almena al pasar divisé.
Resto acaso de antiguo reducto
Contra el tártaro un tiempo allí alzado,
A mis ojos —del bruto llevado—
Rastro humano ese el último fué.

Meses antes la turca falanje
Cruzó el llano, y mató su verdura
Tibia sangre ó la fuerte herradura
Del bridon del terrible spahís.
Al paisaje su bóveda presta
Entoldado de nubes el cielo;

Tarda brisa con lánguido vuelo
De sus quejas el són deja oir.

Quise unir á las suyas las mias,
Mas, en ruda carrera incesante,
¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!
No logré suspirar ni rezar.
De mi frente el sudor está en lluvia
Del caballo las crines bañando;
Él, de espanto y furor resoplando,
Sigue y va sin parar, sin parar.

Yo creí que, al cansancio rendido,
Moderara su impulso; mas era
Carga el hombre á su ardor muy ligera
Y de espuela tal vez le serví.
Y pugnando por dar á mis miembros,
Que hinchan ásperos lazos, holgura,
Solamente el furor y pavura
Del corcel aumentar conseguí.

Gritar quise; mi voz era débil,
Y al oirla se asusta y dispara
Cual si el látigo en su anca estallara
Ó el clarin resonase tras él.
Y mi sangre mojaba las cuerdas
Y del cuerpo á lo largo corria,
Y abrasadas las fauces tenia
En el fuego voraz de la sed.

XII

Llegamos al bosque silvestre;
Su límite á ver no alcanzaba:
Con árboles recios estaba.
Poblado, y altísimos son.

Sus copas no dobla la brisa
Que, atras la Siberia dejando,
Y al bosque sus galas robando,
Rebrama en su inmensa extension.

Mas guardan sus troncos distantes
Rugados y negros y adustos,
Espacio sembrado de arbustos
Que viste la pompa de Abril.
Con ásperos vientos y escarchas
El tierno verdor que los cubre
Las tardes lluviosas de Octubre
Vendrán á secar y esparcir.

Entónces las hojas se manchan
De rojo con tintes inciertos,
Cual sangre cuajada en los muertos
Del rudo combate despues,
Si, helando sus miembros la noche
En lomas y foso y llanuras,
No puede sus carnes ya duras
El pico del buitre romper.

Descuella entre aquesos arbustos
Do se abre el caballo camino,
El roble, el castaño y el pino,
Distantes, por dicha, entre sí.
Sus ramas se extienden y pliegan
Flexibles, abriéndonos paso:
Estando más juntas, acaso
Mis miembros rasgáranse allí.

Las cuerdas me impiden moverme,
El frio cerró mis heridas;
Recobro las fuerzas perdidas,
Volamos cual recio huracan;
Y suele crujir la hojarasca
Que á trechos alfombra el camino,

Y el roble dejamos y el pino
Y arbustos y lobos atras.

¡Los lobos! Durante la noche
Oílos seguirnos la pista:
Camada feroz dellos, lista
Corrió de nosotros en pos.
Con rápido paso, que rinde
Al can si es tras ellos lanzado,
Nos siguen de lejos, ó al lado
Galopan, brillando ya el sol.

Mirélos á corta distancia
Del bosque en los claros á veces:
Su vista á mi horror daba creces,
De angustia indecible temblé.
Durante la lóbrega noche
Llegaba confuso á mi oido
Rumor del follaje caido
Que hollaba furtivo su pié.

¡Qué dado no hubiese, siquiera
Por verme de lazos exento
Y, armado de sable, en sangriento
Combate con la horda morir!
Del brusco paseo al principio,
El fin anhelé que llegara,
Y ahora que el bruto cejara
En furia y presteza temí.

¡Inútil temor! A sus miembros
Su raza veloz la dureza,
Soltura y gentil fortaleza
Prestó de la cabra montés.
La nieve al caer deslumbrante
Cubriendo al inerte aldeano
Que mira su choza y en vano
Pretende llegar della al pié,

Muy menos aprisa desciende
Que el ágil caballo atraviesa
La selva larguísima, espesa,
Con miedo y creciente furor,
Que sólo semeja al del niño
Que mira burlado su antojo,
O bien al hondísimo enojo
Que hirvió en femenil corazon.

XIII

Atras queda ya el bosque. El sol caia,
Y era, aunque en Junio apénas, frio el aire;
Ó mi sangre se heló, que el sufrimiento
Si largo fué, la intrepidez abate.

Lo que parezco ser no era yo entónces:
Al invernal torrente comparable
En ímpetu, estallar mis sentimientos
Dejaba, de sus causas sin curarme.

Si recordais un punto la ira ciega,
El rencor, el temor, el frio, el hambre,
El dolor, la vergüenza y el despecho
Que me hicieron su presa, en fuerza iguales;

Que desnudo y atado y sin defensa
Víme, yo, de una raza cuya sangre
Al agravio menor se irrita como
La víbora que pisa el caminante,

¿Qué de extraño hallaréis en que, vencido
En lid tan desigual mi cuerpo frágil,
Tronco sin jugo ya, por un momento
Abatiérase al peso de sus males?

La tierra se me hundia; el cielo en torno
Giró; temí caer, mas no era fácil,
Que iba yo bien atado: mi cerebro,
Mi corazon adoloridos laten,

Ó dejan de latir; inmenso disco,
El firmamento azul ví prolongarse;
Ví vacilar los árboles cual ebrios,
Relámpago de luz surgir distante;
Y ver más ya no pude, y el que muere
No muere más que yo en tan duro trance.

De la horrible carrera quebrantado,
Lóbrega oscuridad vino á cercarme,
Que ora se aleja rápida, ora vuelve,
Cada vez más tupidos sus cendales.

Sacudir el letargo que asaltóme,
Recobrar mis sentidos quise en balde;
Sentí lo que sintiera al ir flotando
En débil tabla en medio de los mares,

Si á merced de las olas, el abismo
Y la tonante nube á un tiempo casi
Tocara con terror, ó á ignotas playas
Arrojárame al fin su rudo embate.

Se parecia mi ondulante vida
A las falsas alternas claridades
Que, cerrados los ojos, en la noche
Vemos y de la fiebre son señales.

Pero tal sensacion se fué gastando
Sin que dolor muy vivo me causase,
Y en confusion y vértigo indecibles
Quedé, sufriendo al par pena más grave.

Os confieso que espanto me pondria
Presa de nuevo ser de angustias tales;

Y que serán mayores cuando al polvo
Hayamos de tornar, pienso, no obstante.

¿Qué importa, empero? En mi azarosa vida
Más de una vez, hoy mismo en el combate,
Ví de frente á la muerte, y no he sentido
Al contemplar su faz temblar mis carnes.

XIV

Torné luego á la vida. Mas ¿dó estaba?
Helado, entorpecido, recobraba
Su imperio ella en mi sér
A cada pulsacion; y convulsivo
Dolor vino á mi sangre el curso activo
Suspenso á devolver.

A mi oido rumor débil llegando,
Mi corazon en movimiento blando
Estremecióse ya.
Ví; pero no con claridad entera,
Sino confusamente, cual si viera
Tras manchado cristal.

Parecióme á cortísima distancia
De ondas bravas oir la resonancia,
Y logré el cielo ver
De estrellas tachonado.—¡No es un sueño!—
Va por hirviente rio con empeño
Nadando mi corcel.

Se aleja el ancha indómita corriente
Por el torcido cauce cual serpiente,
Y della en la mitad,
Con la onda que el paso nos acota
Luchamos, silenciosa orilla ignota
Anhelando ganar.

El agua hizo cesar mi parasismo:
Dió á mis inertes miembros su bautismo
Pasajero vigor:
Rómpela del caballo el ancho encuentro,
Y á la orilla avanzamos desde el centro
Con más y más ardor.

La tocamos, al fin, tras larga liza
Con la corriente; y fué resbaladiza,
Y el puerto de salud
No pude avalorar, que atras y enfrente
Y á los lados, hallé sombra imponente
Sin un rayo de luz.

De la noche ó el dia cuántas horas
De mi dolor y angustias punzadoras
La suspension duró,
No lo sabré decir; casi ignoraba
Si el aliento que apénas conservaba
Era vital ó nó.

XV

El agua de crines y piel goteando,
Sin fuerza las piernas y trémulas ya,
Cual humo sus flancos vapor exhalando,
El bruto la orilla no logra encumbrar.

Consíguelo al cabo: los tristes reflejos
De opacas estrellas dejáronme ver
Llanura extendida muy léjos, muy léjos,
Sin término acaso, de horrible aridez.

Semeja al abismo sin fondo ni orilla
Que en sueños miramos. Y luego surgió
Y en manchas blanquizcas y céspedes brilla
La luna á mi diestra con tibio fulgor.

Mas nada en la inmensa llanura desierta
Que anuncie la huella del hombre advertí:
De rústica exigua cabaña la puerta,
Las móviles luces de antorchas no ví.

Tampoco, mi anhelo burlando engañoso,
Brilló un fuego fatuo: calmara tal vez
Mi angustia, á mi mente recuerdo dichoso
De hogares humanos trayendo siquier!

XVI

Seguimos marchando; mas lento
Del bruto es ya el paso:
Su furia y vigor turbulento
Están en su ocaso.

Camina doblado y sin brío,
Arrástrase, en suma:
Temblando despues, cual de frio,
Vierte escasa espuma.

La fuerza que un niño atesora
Regídole habria.
¿Su calma impotente de ahora
De qué me servia?

Atado me hallaba; y me viera,
Sin fuerzas, inerme
En contra del hado aunque fuera
Posible moverme.

De cuerdas la red que sujeto
Mantiéneme, intenta
Mi cuerpo romper; más la aprieto,
Y más me atormenta.

La horrible carrera termina.
¿Qué objeto aquí traje?
La mente ni ve ni adivina
El fin de este viaje.

Las rayas de luz del espacio
Anuncian el dia;
Mas ¡cómo tardó! ¡Cuán despacio
La luz se extendia!

De la hórrida sombra nocturna
Los lindes ya salva,
Mas velan su faz taciturna
Las nieblas del alba.

Con qué lentitud el Oriente
De rojo se tiñe;
Y el sol, asomando su frente,
De fuego le ciñe;

Y estrella y lucero destrona
Y, en noble osadía
Subiendo al zenit, se corona
Monarca del dia!

XVII

Álzase al cabo el sol. La niebla espesa
Que del silvestre llano la extension
Envuelve en sus encajes ó atraviesa,
Rota en borras deshace su fulgor.

Mas ¿de qué, á la sazon, me serviria
El llano, el bosque, el rio recorrer?
De hombre ó bruto, labor ó travesía
Huella ó débil vestigio no se ve.

Rica en vegetacion vasta llanura,
El aire mismo en ella mudo está:
El insecto no zumba; en la espesura
No alza su canto el ave matinal.

Jadeando y cercano á su agonía,
Largo espacio el caballo recorrió:
De fatiga y dolor se estremecia,
Palpitábale recio el corazon.

Deteniéndose un punto en su camino,
Oir me pareció, dentro tal vez
De un bosque donde abunda el negro pino,
El sonoro relincho de un corcel.

¿Es el viento que silba entre los troncos?
No; del espeso bosque ved salir
Gárrula turba de caballos broncos
Que galopando vienen hácia mí!

Gritar quise y no pude. Ellos se lanzan
Con movimiento rápido, veloz;
Se encabritan, revuélvense y avanzan
Erguidos y braceando con ardor.

¿Quién los hace salir de los pinares?
¿La rienda á cada cual maneja quién?
Vienen en multitud, á centenares,
Y ni un solo ginete dejan ver!

Crines y cola al céfiro tendidas,
Aspirándole abierta la nariz;
Humo echando sus bocas nunca heridas
Del filo de opresor freno servil;

Flancos en que ni el látigo crujiente
Ni la espuela dejaron su señal;

Voladora pezuña reluciente
Que el hierro protector calzó jamás;

En inmenso tropel, libre, salvaje,
Vienen de tempestad con el fragor,
Unos de otros en pos, cual oleaje
Del irritado mar en la extension.

Vienen á festejar nuestra llegada,
Y á su vista se anima mi corcel,
Sigue un punto su marcha desmayada,
Lanza débil relincho, y cae despues.

Queda allí boqueando y extendido
Y sus ojos la muerte vidria ya:
Su jornada larguísima ha rendido,
Que la primera fué y última al par!

Adelántanse más sus compañeros
A mirarle de cerca, muerto al fin;
Y amarrado á su lomo en lazos fieros
Teñidos en mi sangre, hállanme á mí.

Detiénense y espántanse; olfatean
El aire, galopando acá y allá;
Se acercan y se van; caracolean
Y admirados se vuelven á acercar.

Mas luego, dando repentino salto,
De otro caballo en pos, de negra piel
Sin una sola mancha, erguido y alto,
Que el jefe de la tribu acaso es,

Vierten espuma, lanzan resoplidos,
Relinchan y se apartan con temor,
Y, al aspecto del hombre estremecidos,
Huyen al bosque al fin, como turbion.

Déjanme allí desesperado y preso
Sobre el inerte rígido animal,
A quien no me fué dable de mi peso,
Ni en vida ni ya muerto, libertar.

Tendido sobre el muerto el moribundo,
Mutuamente ligados, ¡ay! los dos,
A la intemperie yo, léjos del mundo,
No creí me alumbrara un nuevo sol.

Y encadenado así desde la aurora
Hasta la noche lóbrega quedé,
Con vida para ver, hora tras hora,
En su ocaso mi dia postrimer.

En la completa certidumbre dura
Que nos induce á resignarnos ya
A lo que en nuestros tiempos de ventura
Juzgamos el peor y último mal.

Destino inevitable, verdadera
Felicidad, celeste y rico dón,
Si su arribo á nosotros acelera,
Su precio no por ello es ¡ay! menor.

Temémosle, no obstante, y nuestro paso
De él apartamos cual si fuera red
En que la astucia y la prudencia acaso
Vigilantes lograran no caer.

Desdichados, á veces le quisimos
Acercar al herido corazon,
Y hasta en delirio ciego le exigimos
En nuestra mano al hierro matador.

Y es siempre medicina aborrecida
Más que la más penosa enfermedad,
Y al mirarle llegar, la bienvenida,
Aunque sea infeliz, nadie le da.

Y ¡extraño y singular! los que en orgías
Viven, llegar la muerte en calma ven,
Con más resignacion que quien sus días
Ha consumido en negro padecer.

Y será porque el hombre que ha gozado
De cuanto la existencia le brindó
En placeres, ni siente su pasado
Ni abriga ya esperanza ni temor.

Y, salvo el porvenir —que acaso mira,
No de sus propias obras á la luz,
Sino segun sus nervios— cuando espira
Nada le causa pena ó inquietud.

En tanto que quien mísero ha vivido
De sus males aguarda siempre el fin;
Ver su tormento largo convertido
En alba de placer nueva y feliz.

Y cuando deberia el sér que llora
Del sepulcro la paz apetecer,
Es para él la muerte robadora
Del árbol de la dicha de su eden.

En su ilusion, el dia de mañana
Su desdichada suerte iba á trocar,
Disipando su sol cual niebla vana
Dolores y pobreza y hondo afan.

De la série de años que veia,
De sus lágrimas turbias al través,
Acercarse brillantes, ese dia
Principio felicísimo iba á ser.

Gloria, salud, riqueza triunfadora,
El poder que aniquila ó da el perdon,
Debió traerle la siguiente aurora,
Y ¿bañará su tumba en su fulgor?

XVIII

Ocultábase el sol, y yo seguia
Ligado á mi corcel rígido y yerto,
Que la arcilla de entrambos se mezclara
Muy en breve en aquel lugar, creyendo.

Necesitaban ya mis turbios ojos
Que los cerrara de la muerte el dedo;
De librarme esperanza no cabia;
Llevé mi postrimer mirada al cielo,

Y entre él y yo, sobre la luz que tiñe
El horizonte, un horroroso cuervo
Ví destacarse, que impaciente aguarda,
Su hambre para saciar, que yo esté muerto.

Volaba y se posaba en tierra un punto,
Y tornaba á volar, y en cada vuelo
Se me acercaba más, y ante el dudoso
Brillo crepuscular, sus alas veo

Desplegadas batir en torno el aire,
Y una vez tan cercano á mí le tengo,
Que le hubiese palpado si guardara
En mi brazo vigor para extenderlo.

Mas el débil rasguño de mi diestra
En la arenosa superficie, el quedo
Són de mi voz que el árida garganta
Arrojar no me deja, huir le hicieron.

Ignoro lo demas. Entre las densas
Sombras de mi vital último sueño,
Algo brilló como una estrella hermosa
Que mi atencion llamó desde muy léjos.

Ví sus rayos venir y retirarse,
Y ruda convulsion al mismo tiempo
El recobro causóme del sentido
Que en nueva suspension perdí de nuevo.

Volvió segunda vez, á medias sólo,
Y desmayado y corto fué mi aliento,
Y al corazon se me agolpó la sangre
Quedando en él cuajada como hielo.

Me estremecí de angustia, abrí los labios,
Chispa ardiente cruzó por mi cerebro;
Me estremecí otra vez, dando un suspiro,
Y más ya no sentí, ni más recuerdo!

XIX

¡Despierto! ¿Dónde estoy? ¿Es rostro humano
El que en este momento á mí se inclina?
¿Hay techo aquí, y en lecho de villano
Mi quebrantado cuerpo se reclina?
¿Hállome en pobre alcoba, ó sueño vano
Mis sentidos perturba y alucina?
¿Reales son, ó de la fiebre antojos
Los que me están velando dulces ojos?

Su brillo al encontrar, cerré los mios
En duda y temeroso de que fuera
Vision de mis pasados desvaríos,
Disipable ilusion, grata quimera.
Cual palma que da sombra en los estíos,
Alta, esbelta y de larga cabellera,
Allí una jóven de belleza extraña
Se apoya en la pared de la cabaña.

Compasiva fijó de cuando en cuando
Sobre mí la mirada indagadora
De sus silvestres ojos, chispeando,
Negros cual la silvestre zarza-mora.
Yo á la jóven de nuevo contemplando,
Que no es falsa vision advierto ahora
Con placer sin igual; que me conservo
Vivo y exento del festin del cuervo.

Y al ver luego la tártara doncella
Que los pesados ojos yo entreabria,
Sonrióse, y queriendo hablar con ella
Sin lograrlo, por señas me decia,
Acercándose á mí graciosa y bella,
Que de hablar no era tiempo todavía:
Silencio, en suma, á mi impaciencia impone
Cuando el dedo en sus rojos labios pone.

Y en la mia tambien puso su mano,
Y mi rugado cabezal suaviza,
Y á la puerta del muro más lejano,
De puntillas andando, se desliza;
Y ábrela sin ruído, y en liviano
Muy quedo tono habló que mi alma hechiza;
Voz musical, de una alma tierna augurio,
De oculto manantial blando murmurio.

Mas la gente á quien habla, aun duerme, y antes
De salir, me dice ella en nuevo sino
Que no abrigue temor; breves instantes
En el retrete pasará vecino,
En seguida volviendo. Sus amantes
Ojos dan luz y magia de contino
Al mímico discurso.— Aunque entendiólo
Mi mente, yo sentí quedarme solo.

XX

Con la madre y la hermana vuelve.— Opaco
Dejo el resto del cuadro. ¿A qué os fatigo?
Mis aventuras últimas no digo
Desde que halléme huésped del cosaco.

Del desierto y de vida sin destellos,
Compasivos alzáronme aquel dia;
Volvieron la salud á quien debia
Pocos años despues reinar sobre ellos!

Así, el malvado que extremó su encono
En el bruto lanzándome á la muerte
Desnudo, atado, ensangrentado, inerte,
Al lanzarme á morir me alzaba al trono!

¿Quién de su porvenir previó los fallos?
No hay que abatirse pues, nó. La otomana
Ribera del Borístenes mañana
Salvos verá pacer nuestros caballos.

Con gratitud y gozo más sinceros,
Traspuesta su corriente, os lo confio,
Saludado no habré nunca otro rio:
Creedme, y buenas noches, compañeros!"—

Del roble al pié ya listo el lecho hojoso,
Blando le estima cuando en él se tiende
El Hétman: do la noche le sorprende,
Sin curarse de más, busca el reposo.

Hállale, y si extrañais que en frase parca
No dióle el Rey las gracias cuando el sello
Puso á su historia, él no se admira de ello,
Que una hora de dormir lleva el Monarca.

1869.

NAPOLEON.

(Imitacion del italiano, de Rossetti).

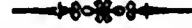
Mira, Oceano, qué cautivo tienes!
Rayo en la guerra, á mi capricho un día
Del polvo turba real nueva surgía
Y á la antigua mataban mis desdenes.

Si, brillo y lauro á conquistar perenes,
Mi falange á la muerte me seguía,
Terror del orbe ya, la espada mía
La corona forjó que hubo en mis sienes.

Trájome aquí la Libertad; que en vano
Míseros reyes me acosaron fieros,
Rusia, Bretaña, Iberia, el Vaticano.

Y grande soy aquí, grandes mis fueros,
Pues de cárcel me sirve el Oceano
Y los monarcas son mis carceleros!

1887.



LA NOCHE.



(Imitacion de un soneto inglés de Blanco White.)

I

Tras su primero venturoso día,
Como feliz, en duracion escaso,
Por sí, por tierra y cielo tiembla acaso
Viéndote Adan llegar, Noche sombría!

Mas brillan luego en la celeste vía
Á los rayos del sol, puesto en Ocaso,
Héspero y orbes mil, trayendo al paso
Á Adan nuevo estupor, nueva alegría.

Mal pudo sospechar tinieblas tales
Mientras reinaba el sol, ni que su alterna
Luz le ocultó la luz de astros iguales.

¿Por qué temo á la muerte en ansia interna,
Si esta vida de sombras y de males
Ocúltanos así la vida eterna?

II

(Version más ajustada al original.)

¡Oh Noche misteriosa! En hondo anhelo,
Al ver cómo tu sombra avanza y cierra,
No acaso Adan temblaba por la tierra
Y el dosel de zafiro y luz del cielo?

Mas luego, de rocío trasparente
Tras el velo sutil, surge bañado
Héspero en el fulgor del sol poniente,
Y de estrellas innúmeras cercado;
Y, ahuyentando el temor que al hombre atrista,
La creacion se duplicó á su vista.

¿Quién ¡oh fúlgido sol! pensar pudiera
Que de tinieblas tales el abismo
Bajo tu luz radiante se escondiera;
Que cuando insecto ó flor patente fuera,
Nos cegaras tú mismo
Para no ver más soles en la esfera?

¿Por qué, pues, con la muerte en ansia extraña
Hemos de sostener lucha reñida?
Cuando la luz del sol así me engaña,
No engañarme podrá tambien la vida?

1884.



PIZARRO.

INSCRIPCION PARA LA COLUMNA
QUE SE PODRIA ERIGIR EN TRUJILLO, CUNA DEL CONQUISTADOR
DEL PERU.

(Del inglés, de Southey.)

Pizarro aquí nació. Nombre más grande
No registra la Gloria. Labor, penas,
Hambres, adversos elementos, huestes,
No le apartan, detienen ni fatigan
En su carrera un punto. Vasto imperio
Potente sojuzgó: con brazo duro
Siega ó aherroja á sus amables hijos;
Y en recompensa de sus hechos altos
Logra riquezas y poder y fama.—
Más allá del sepulcro hay otra esfera
Do se juzga al mortal segun sus obras.
Lector, si el pobre pan de cada dia
Debes ganar con el sudor del rostro;
Si contra tí desventurada suerte
Se extrema, el alma en gratitud profunda
Alza á Dios al pensar: "No soy Pizarro."

1885.



LA MÚSICA.



Fragmento dedicado á la Srita. CLEMENTINA DE VERE.

Como en jónica danza, en la columna
Rota de Tébas, y el truncado mármol
De la Vénus de Milo, y en la tela
Que el Ticiano animó, y en los contornos
Mágicos de la Andrómaca de Homero,
En las liras de Orfeo y de Rossini
Reina absoluto el Arte: luz del mundo,
Celeste emanacion, fuego que roba
Á la olímpica esfera Prometeo
Para templar las escogidas almas.
Pero ¿cuándo más dulce y poderoso
Que á su ley sujetando la armonía;
Si de la voz del céfiro en la selva
Y del ave que llora en la enramada,
Ó ya del mar que sus riberas lame,
Ó ya del rayo que las cumbres hiere,
Himno sonoro, universal, formando,
Toda pasion ó pena enciende ó calma
Y en cada humano sér despierta un eco
De música ya oída? Al sacro ritmo
El corazon más rudo el ala tiende
Á otras regiones altas. Y si brota
La dulce regalada melodía
De angelicales labios ¿dónde el pecho
Á sus encantos insensible? ¿Dónde
Con imperio mayor domina el Arte?

1886.



ALOCUCION DE UNA NIÑA.

Mirad con indulgencia—
Si los juzgais escasos
De brío y de experiencia—
Los infantiles pasos
Que llevan al espíritu
La ciencia á conocer.
Débil es de igual suerte
La solitaria gota,
Y della, al fin, se advierte
Lápida firme rota
La que punzon metálico
No taladraba ayer.

Si inmensa es la distancia
Del fin de nuestra ruta,
Palmas á la constancia
Qué es lo que no tributa
Cuando el aliento anímala
De recta voluntad?
Sigamos, que, traspuesto
De la ignorancia el monte,
Como por magia presto
Se ensancha el horizonte,
Su luz irradian fúlgidos
El bien y la verdad.

Del alba de la vida
La calma y la frescura

Á cultivar convida
La virginal llanura
De entendimiento límpido,
De blando corazon.
  En ella su simiente
Guarde el saber humano
Miéntras que dulcemente
Nos lleva de la mano
Hasta el preciso término
Sagrada Religion.

1873.

EL MAR.



A MI AMIGO DON FRANCISCO SOSA.

Desde la arenosa playa
Que lames en blando empuje
Y en que á tu enojo, si ruge,
Dios puso límite y raya,
La música oí que ensaya
El viento contigo á solas;
La luz con que te arrebolas
Á tarde y mañana ví,
Y en mi espíritu sentí
El batallar de tus olas.

En pié, del rudo peñon
Sobre la cresta más alta,
Mi vista insegura y falta
Quiso abarcar tu extension.
Causóme envidia el alcion
Que te recorre sereno
Y el buzo, á temor ajeno,
Que en tí su arrojo sepulta
Para investigar la oculta
Profundidad de tu seno.

¡Codicias dulces, traidoras!
En la red de mi impotencia
Tu limitada apariencia
Extasióme largas horas.

No ví las cortantes proras
Cruzando el haz de tu abismo
Ni el no soñado espejismo
De cielo y tierra en tu calma,
Que embarga absoluta el alma
La admiracion á tí mismo.

Del tiempo allí sin medida
Durante el éxtasis hondo,
Ni de tu anchura y tu fondo
Ni de tu fuerza adormida,
Dije: La imágen cumplida
De la noche que, al cerrar
Para siempre, ha de tragar
El tiempo, el hombre y la tierra,
Es el misterio que encierra
En sus abismos el mar.

De sus orillas distante
No he vuelto á verle si velo;
Pero, dormido, mi anhelo
Me le figura delante.
Oigo su voz resonante
Que tristes himnos ensaya;
Veo en sus ondas la raya
De luz del sol en Ocaso,
Y, no sin fatiga, el paso
Voy dirigiendo á la playa.

Á veces niebla importuna
Cándidos celajes corre
Para que los rasgue y borre
Cuando aparezca, la luna.
Y aunque la orillla esté bruna
Con nube encima suspensa,
Ó en sombra lóbrega y densa
Cual la del sepulcro, léjos

Brilla con dulces reflejos
Del mar la llanura inmensa.

Ansia de acercarme ingente
Del ánimo se apodera;
Mas la contrasta y altera
Vago temor de repente.
Sereno el mar está enfrente;
Con luz insólita brilla,
Y en él no falta barquilla
Que á mis deseos ajusta
Sus velas; pero me asusta
La oscuridad de la orilla.

Si al ir avanzando intento
Detenerme, intento es vano:
Si al rumor del Oceano
Oído consagro atento,
Llegando á calmarse el viento
Distingo estas frases solas:
"Si la bandera tremolas
De la Justicia y la Fé,
Puedes esperar . . . ." ¡Bien sé
Lo que me dicen las olas!

Si es lo que vivimos sueño
Y lo que soñamos vida,
Al reposo me convida
Há tiempo el mar con empeño.
Présteme seguro leño
En que surcarle; recoja
Tras la postrimer congoja
Al náufrago de la tierra,
Y en la opuesta playa y sierra
Dios en sus brazos me acoja! —

Y en tanto, aunque muy distante
De tus orillas si velo,

En sueños mi antiguo anhelo
Hágame verte delante.
Oiga tu voz resonante
Que tristes himnos ensaya;
Vea en tus ondas la raya
De luz del sol en Ocaso,
Y siga yo paso á paso
El camino de la playa.

La espesa nube sombría
Con que á las veces se viste
Jamas me entolde y atriste
De fé y esperanza el día.
Si mi planta se desvía,
La luz con que te arrebolas
Diríjala; y á mis solas
Reprima locos empeños
Lo que me dicen mis sueños,
Lo que me dicen tus olas!

1885.



LAS AGUAS

EN EL VALLE DE MÉXICO.

A IPANDRO ACAICO.

Valle ameno, Ciudad de los aztecas
Á do el rayo del sol con amor baja;
Que la choza infeliz de lodo y paja
Por ricos templos y palacios truecas;
Y de mansion de humildes pescadores,
Del lago en lo profundo
Tus cimientos echando,
Bajo propios y extraños pobladores
Te fuiste al propio impulso levantando
La primera hasta ser del Nuevo Mundo!

¿Qué hiciste de las ondas
Que en tu recinto ayer rizaba el viento?
Su dominio usurpaste,
Y en atrevido prodigioso engaste
De ellas surgió tu firme pavimento,
Y al llano en tu redor las arrojaste.
¿No temes que irritadas
Sin que su enojo aplaquen largos siglos,
De los excelsos montes acotadas
Que á tu espléndido Valle dan corona,
Revuelvan sobre tí, bella matrona,
Cual ponto airado en el preciso flujo;
Y oro y poder con que indolente acorres
Á la codicia extraña, al propio lujo,
Y tus soberbias cúpulas y torres
Traguen al fin, y en piélago desierto

No dejen rastro tuyo á otras edades,
Siendo tú copia fiel de las ciudades
Que cubre con sus ondas el Mar Muerto?

Subamos á la cumbre
Donde Chapultepec su alcázar sienta
Coronado en vistosas torrecillas,
Blanca paloma en bosques de sabinos
Del claro manantial en las orillas,
Regio retiro, mirador del Valle.
Del sol de Agosto á la fulgente lumbre
El llano en su extension á ver se alcanza:
Abajo la opulenta
Ciudad que gloria fué de Moctezuma;
De villas y de aldeas muchedumbre;
Lagos semi-velados en la bruma
Que suaviza el paisaje en lontananza;
Y cortando los limpios horizontes,
En círculo fatal los altos montes,
Peldaños de los tronos en que aun reinan
Los de otra edad titanes
Sentir haciendo en terremoto brusco
Su aliento poderoso: al Sur Ajusco,
Y entre el Este y el Sur los dos Volcanes.

¡Cuán bello panorama,
Y cómo en edificios, montes, lagos,
Del sol en su zenit brilla la llama!
Mas alza su calor leves vapores
Que en el éter se juntan y condensan,
Ancho y pardo jiron formando luego
En cuyo seno y desiguales bordos
Brama la tempestad con truenos sordos
Y se agitan sus áspides de fuego.
Á calma y luz, agitacion y sombra
En el Valle suceden: remolinos
De polvo el aire anublan sufocante,
Y arranca el huracan cedros y pinos.

La nube en las alturas vacilante
Su oscuridad y su extension acrece,
Y se encorva y se mece
De los contrarios vientos impelida,
Y desciende hacia el suelo,
Cual de su propio peso ya vencida,
En forma de serpiente cuya cola
Azota el aire negra banderola.
Llega su boca el mónstruo al lago hirviente
Y onda y peces al par agita y sorbe;
Se encoge cual sintiéndose pisado
Y se retuerce amenazando al orbe;
Y luego más hinchado,
Del huracan rugiente comprimido,
Del rayo que engendró tal vez herido,
Revienta al fin, y el mar que contenia
En catarata inmensa al Valle envia.

¡Cielos, piedad! Naturaleza toda
Se conmueve y asusta. Y cada dia
El abrasado Agosto
Con nube densa el horizonte cubre
Porque en su oscuro seno rayos ardan
Y se resuelva en lluvias; y ¡ay! aun tardan
Las brisas y los pámpanos de Octubre,
Y se aumenta el peligro. Los torrentes
Bajan de las alturas; son las fauces
De las cavernas espumosas fuentes;
Los rios, rotos sus antiguos cauces,
Consigo llevan árboles y puentes:
Sus yertas aguas cenagosas, brunas,
Al impulso del viento, en oleadas
Van anegando ejidos y calzadas
Y aumentando el caudal de las lagunas.
Cual engrosada hueste sitiadora
Á asaltarte, oh Ciudad, se aprestan ellas,
Y en su impaciencia braman á deshora;
Y en sordo paso, reduciendo espacios,

Tu recinto ya invaden sus espías
É impasible los ves en ondas frías
En tus calles y templos y palacios.
Y en su espejo al mirar tu noble frente
Que mañana será monton de escombros,
Murmuras encogiéndote de hombros,
En tu indolencia absorta:
"Gocemos del presente
Miéntras se pueda. ¿El porvenir qué importa?"

Raza meridional, raza venida
Del fiero hidalgo en la estrechez contento
En que ve consumir su ociosa vida,
Y Cuahutemoc tranquilo en el tormento:
Raza de fantasía á que no hay meta;
Raza feliz de soñadoras almas
Que vives como allá bajo sus palmas
Arábigas los hijos del Profeta!
¿Dónde el afan está, dónde la firme
Voluntad, la constancia inquebrantable
Que, en tu mal y en su bien, lleva consigo
El titan hiperbóreo tu enemigo?
¡Oh si el ardor que inviertes
En decretarte leyes que no acatas,
Ó con que el huracan recio desatas
De miserias y lágrimas y muertes;
Oh si el pico que empleas
En derribar los nobles monumentos
Que alzaron á su fe nuestros mayores,
En instante oportuno enderezaras
Contra humilde colina
Entre esos montes de rugosas caras
Que aparejan y aguardan tu ruína!
En ciego fatalismo
Te adormiste, Ciudad de los aztecas;
Sigues dormida orillas del abismo.
Si tu gentil beldad y tu abandono
No mueven las entrañas

Del rey á quien se humillan tus montañas
Que sirven de peldaños á su trono,
Y queriendo salvarte,
Ruge cual irritada hambrienta fiera,
Despliega al cielo en humo su bandera
Y en atroz convulsion los montes párte,
Y abra deja profunda
Por donde corra con azufre y llama
El agua opresa que tu Valle inunda
Y al léjos el Pacífico reclama;
La onda que te cerca
Y más y más, avara, se te acerca,
Ha de cubrir tus cúpulas y torres
Sin dejar ¡ay! en piélago desierto
Rastro de lo que fuiste á otras edades;
Y serás copia fiel de las ciudades
Que cubre con sus ondas el Mar Muerto!

1878.



AMECAMECA.

Ya, cual toro que ansía
Del redondel hollar la limpia arena,
Fuego y humo sus fauces respirando
Locomotiva poderosa ruje.
Con indomable empuje
Llévanos ya por la ferrada vía,
No sin que en voces del alegre bando
El entusiasmo comprimido estalle;
Que si dejarte ¡oh México! da pena,
No conoce rival tu hermoso Valle.

Magnífico se extiende
Bajo cielo de azul, ópalo y oro
Que el águila al subir triunfante hiende.
Súrcanle arroyos de rumor sonoro,
Y con la brisa matinal ondean
Sus milpas y trigales:
Ánades y nenúfares albean
Orillas de sus presas y canales.
Aquí presta el Peñon su sombra al llano,
Y destacarse allí redondo veo
Cerro árido que el centro renegrido
Cual apagado cráter muestra hundido,
Trasunto del romano Coliseo.
En término lejano
Que cierran otros cerros y colinas,
Chalco refleja entre árboles oscuros
Sus pardas torres y sus blancos muros
De su lago en las ondas cristalinas.

Ayotla más acá, cercado huerto,
Cáctus, rosal é higuera
Guarda entre sus fecundos olivares.
Y coronando inmóvil, al Oriente,
El lomo de rugosa cordillera
Que parece trazar desde ambos mares
Hácia las nubes áspero camino,
Alza al rayo su frente
Y al huracan sus brazos tiende el pino.

Avanza cual serpiente
El dilatado tren; y del paisaje
Cambia la faz, y término el viaje
Halla en la bien poblada Amecameca,
Donde el Monte Sagrado
De cúpulas y torres coronado—
De la fé y la piedad tributo y medros—
Brinda con el hechizo no soñado
De su bosque magnífico de cedros.
¡Cuán gallardos al cielo se levantan
Á la mole formando espeso muro!
¡Cuál, sobre el fondo oscuro
De aquesta enmarañada selva umbría,
Las ramas que se extienden y adelantan
En gradacion vistosa, adula y mueve
El céfiro más leve
Y con su luz hermosa baña el dia!
¡Cuál los troncos inmóviles, ceñidos
De amante hiedra que al calor de Mayo
Brotó de sus raíces,
Desde la copa hasta la base hendidos,
Muestran en sus quemadas cicatrices
El poder y la cólera del rayo!
¡Bosque maravilloso! No te asombre
Que al verte y al oir la melodía
De tus aves parleras,
Recuerde sin querer del primer hombre
Las dichas y las lágrimas primeras.

Por la quebrada vía
Que lleva hasta la cumbre, se adelanta
Mi pié. La vista encanta
De la planicie extensa el cuadro vario:
En recta agrupacion los edificios
De la villa que el pardo campanario
Atrevido corona:
En los ejidos una y otra zona
De rubias sementeras,
Campos á que el arado ha roto el seno,
Fogatas que fecundan el terreno,
Las mieses apiñadas en las eras;
Arroyos y caminos serpeando;
Cabe la fuente, en apacible bando
Las de blanco vellon mansas corderas;
Y al pié del árbol que les presta asilo
Del sol contra los fuegos,
Los ya canos labriegos
Ruda la faz y el ánimo tranquilo.

Pero, la vista alzando,
¿Qué grandioso espectáculo sublime
Hiere y ofusca, y en el alma imprime
Admiracion y horror, y, al par, la embarga
En dulce arrobamiento?
¿Su dominio usurpó la tierra al viento?
¿Nuevo Átlas, no ya el mundo, el cielo carga?
¿Escalan el Olimpo los Titanes?
¡Oh! con qué majestad yerguen la frente,
Reyes de nuestro vasto continente,
Entre uno y otro mar, los dos Volcanes!

Ixtaccíhuatl allí —la Dama Blanca—
Duerme en su lecho colosal tendida,
De sábanas riquísimas cubierta
Que dejan ver el femenil contorno;
Y el curso dilatado
De siglos cien y cien no la despierta.

En pié surge á su lado
El Popocatepétl: su cono inmenso
Corónar ha solido el humo denso
Que en espirales sube de su horno
Á que se asoma el águila: su egregia
Frente el sol dora si al zenit asciende:
De nieve perennal clámide regia
En su ancha espalda tiende.
Entre una y otra cumbre, en las enormes
Bases de pedernal y de basalto
En que descansan, hay mares de hielo
Do los audaces buitres hacen alto;
Cavernas de cristal, picos disformes,
Grietas sin luz, cantiles y barrancas,
Valles á cual más hondo,
Negros abismos de ignorado fondo
Á que solo el alud ha descendido.
Y en la falda extensísima se agrupan
En escala ascendente
Y en mil formas extrañas,
Selvas, colinas, cerros y montañas,
Gradas de tan excelso monumento,
Y en cuyas calvas cimas
Que el rugiente huracan barre y asuela,
El abeto sombrío
Se irguió como avanzado centinela.

¿Cuál la edad misteriosa
De estos gemelos? ¿Es la edad del mundo?
¿Del Criador la mano poderosa
Trazólos al trazar los continentes?
¿El diluvio anegó sus albas frentes?
¿Ó bien la tierra, en posterior trastorno
Prendiendo sus ocultos combustibles,
Sus entrañas así trocando en horno
Á que el preso aquilon sirvió de fuelle,
Orgullosa Babel se alzó ella misma?
¿Quién vió estas moles ántes del tolteca?

¿Quién su orígen conoce ni su historia?
En la profunda noche de su arcano
Mi espíritu se abisma.
Aspirando á la propia dicha en vano,
Humo, soplo, relámpago, á sus plantas
Pasaron mil y mil generaciones.
¡Qué de orgullo y miseria! ¡Qué de luchas!
¡Qué de rotos pendones!
¡Qué de sangre y horror! ¡Lágrimas cuántas!
¡Qué de polvo tambien! Sereno siempre
Tú, Popocatepétl, tú te levantas
Sobreviviendo á todo. Parda nube
Hora tu augusta faz cerca y esconde:
Y al soplo de los vientos vespertinos
Cuyo bramido á mi cantar responde,
Tu negra falda puebla
En vellones ó espectros blanquecinos
Que huyendo aprisa van, pálida niebla.
¿Son acaso las almas
De los que aquí reinaron ó vencieron
Y al conquistar ó asir cetros ó palmas
Émulos de tu altura se creyeron?
¿En esa blanca bruma
Irán Nezahualcóyotl, Moctezuma;
Cortés y Scott rigiendo sus falanges;
Los dos Césares rubios—
Libertador de México el primero—
Á quienes ambicion, poder y gloria
Deslumbraron tal vez con brillo falso,
Y cuyo pecho el popular encono
Ensangrentó; pequeños en el trono
Y grandes en la lid y en el cadalso?
Quizá el postrer castigo
De la altivez y el último escarmiento
En tí se obre y contigo;
Y á Dios, acaso, decretar ya plugo
Que, llegado el fatídico momento
De que su hechura toda en giganteas

Convulsiones agítese, tú seas,
Al estallar en tu cesáreo asiento,
De esta region magnífica verdugo!

Vive y reina entretanto;
Vive, del hombre siendo que en un dia
Nace y existe y pasa,
Admiracion y encanto:
Con el iman de tu grandeza augusta
Su espíritu inmortal á lo alto guía.
Pósese, como el águila, en tu cumbre,
Ara que el sol indeficiente alumbre.
Y con el cielo allí por santüario,
Y tu cráter, que á veces
En terremoto formidable meces,
Sirviendo de incensario;
Acompañado en armonioso coro
Por el rumor sonoro
Que sube de tus lóbregos pinares,
Por el clamor de los opuestos mares
Que el aquilon agita en el invierno
Y á ver tu cima alcanza,
Himno eleve de amor y de esperanza
Al solo Poderoso, al solo Eterno!

1881.

LA TIERRA NATAL.



"Yo soy del Valle de Andorra
El viejo pastor;
Y el viento de estas montañas
Mi cuna meció."

Bajo grupo de cerros imponente
Brota límpida fuente
En arenal de musgo y flor desnudo;
Y en firmamento azul blanca domina
La estrella matutina,
Nuncio de paz y amor; tal es tu escudo.

Blanda y fecunda y generosa tierra,
Con protectorra sierra
Que el paso impide al huracan y al hielo;
Báñate el sol en tibios resplandores,
Y eres cesto de flores,
Admiracion del hombre, amor del cielo.

De la region más alta al mar rugiente
Colgada en la pendiente,
Copo de nieve ó nido de palomas,
Corónante los montes soberanos
Y los azules llanos
Del Atlántico rudo á ver te asomas.

Tras larga ausencia, en anhelado viaje,
Rodando el carruaje,
Soñaba yo contigo cierto día,
Y al dulce olor de tus lejanas huertas
Súbito me dispiertas
Con sensacion extraña de alegría.

Esos tus montes son, tus altos pinos
Y honrados campesinos
De limpio traje y laboriosa diestra.
El cándido rebaño puebla el prado,
Y, alegrando el cercado,
La sazonada poma el árbol muestra.

Mas ¿qué grato rumor convida al sueño?
Serpentea Sedeño
Y choca y hierve entre azuladas rocas:
Y acercan ya desde la márgen leda
Toros de piel de seda
Á su fresco raudal sedientas bocas.

Es dón que nos envía de Occidente
El Cofre. Su vertiente
Presta al paisaje término lejano.
Cubren su falda inmensa los abetos,
Falange de esqueletos
Que dan guardia á la cumbre desde el llano.

Surge Citlaltepetl aun más distante:
Su nieve deslumbrante
Es al nauta en el Golfo grato aviso.
De cerca mueven ya frutos de oro
Del platanar sonoro
Las brisas de este nuevo paraíso.

No hay vereda, ni valle ni montaña
Que en profusion extraña
El ganado no cruce á paso tardo;
Ni laguna ó vergel que humilde sea
Sin acuátil ninfea,
Floripondio y jazmin, gardenia ó nardo.

Fábrica bella en la tendida loma
Sitio elevado toma:
Ruge potente máquina en su fondo.
Muestra sus casas blancas el Molino
Á un lado del camino,
En el valle gentil más fresco y hondo.

Ya en las auras que en lánguido desmayo
Te acarician en Mayo
Ricas en azahar por las mañanas,
Suelo oír en lejana melodía,
Que en sueños sólo oía,
La no olvidada voz de tus campanas.

Avanzo, y de la vía en el recodo
Álzase el velo todo
Que tu aspecto encubrió risueño y vario;
Y en tus quebradas rocas, sobre el rio,
Contemplo el caserío
Que amparan uno y otro campanario.

Luego, al través de lacrimosa gasa,
Ví la modesta casa
En que nací; y el templo, el ara, asilo
De nuestra fé; la tierra bendecida
Do juntos, como en vida,
Mis padres duermen ya sueño tranquilo.

Ví la escondida fuente que en la infancia
Con dulce resonancia
Me habló del porvenir, brillante aurora.
No, al acercarme, con murmurio blando
Me saludó cantando,
Sino con voz que lo pasado llora.

Ví tus herradas vías. En tus setos
Vastísimos, cafetos
De cuyas ramas cuelga el rojo fruto.
Los campos de maíz que fingen olas
De verdes banderolas
Y en perlas á tu afan pagan tributo.

Por las floridas márgenes del lago
En que te miras, vago
Oyendo suspirar ondas inquietas.
Y busco las de pájaros cuajadas
Hondísimas cañadas
Do á cantar aprendimos tus poetas.

Mas ya el cielo se entolda y oscurece;
La parda nube crece
Y el monte oculta; el aquilon rebrama;
Baña lluvia sutil campos y techos;
Liquidámbar y helechos
Incendia el rayo en poderosa llama.

Se extiende sobre llanos y colinas
De las blancas neblinas
Procedentes del mar, la masa inerte
Que de tu pompa y gala te desviste
Y al corazon del triste
Hace mirar en tí campo de muerte.

Al deshacerse y al huir la niebla,
De bultos blancos puebla
La falda de tus montes solitarios;
Y háceme recordar los que vivieron
Y que envueltos se fueron
Del olvido y la muerte en los sudarios.

¡Cómo se inclina entonces mi cabeza!
Tan amarga tristeza
Disipara tan solo aquel cariño—
Que yo entónces juzgaba eterno lazo—
Con que en blando regazo
Me acariciabas tú cuando era niño.

Si hoy tus calles recorro, indiferente
Hallo do quier la gente
En quien hallaba ayer do quiera hermanos;
Y se tienden —por más que yo prosiga—
Con efusion amiga
Para estrechar mi diestra pocas manos.

El juvenil ardor, el ansia ingente
De lucha diferente
Hiciéronme encumbrar áspera sierra.
De tí léjos anduve año tras año,
Y ya te soy extraño:
Tu olvido sobre mí sus ondas cierra.

Mas tu memoria en mí subsiste grata
Y se aviva y dilata
Cuanto avanzo yo más por mi sendero.
Noches de insomnio á iluminar se asoma,
Bañada en el aroma
Inextinguible del amor primero.

Y al ver desde otra zona en riesgo grave
De tu ambicion la nave,
Sin velas y sus mástiles ya rotos;
Sin proteccion y desvalida al verte,
Inquiétame tu suerte;
Contigo en pos del puerto van mis votos.

Dividido tu pueblo en grupos varios
Émulos ó contrarios,
Régulos á su gusto darse ansía.
Disputan viejos, niños y mancebos.
¡Cuántos ídolos nuevos!
¡Cuán léjos ¡ay! de tu grandeza el día!

Yo, entre tal confusion fantasma rudo,
Deslízome y acudo
A la pradera extensa, al agrio monte
De donde pueda en proporcion no exigua
Ver tu hermosura antigua
Y ver más dilatado tu horizonte.

Y al tomar el bordon del peregrino
Y encumbrar el camino;
De mi filial ternura en los accesos,
Miéntras de tí llorando se despide,
Mi corazon te pide
Fosa en que puedan reposar mis huesos.

1883.

ÚLTIMA OJEADA.

Jóven, y hermosa cual la luz febea
Que en cielo de zafir sin nubes arde,
De sus triunfos de amor en pleno alarde,
Rosa que agosta el sol, murió Frinea.

Del cuerpo al desprenderse el alma atea
Que su destino aciago entiende tarde,
Un punto, aun engreída y ya cobarde,
En ver la forma que dejó se emplea.

Y al advertir que es ya la nieve y rosa
Cárdeno lirio ajado, en hondo duelo
Más que la muerte lóbrego, se abisma

Sin cielo ni Deidad; pues, orgullosa,
Si su propia beldad tuvo por cielo,
Deidad y adorador tuvo en sí misma.

1885.



POESÍAS

DE

SCHILLER

DE LA VERSION FRANCESA

DE M. X. MARMIER.

I

HONREMOS A LAS MUJERES.

Déspota y rudo el hombre se despeña
De una y otra pasion en el torrente:
Quiere lograr cuanto codicia ó sueña;
Lo que consigue asir rompe impaciente.

De afan y desconsuelo es hondo abismo
Y á ternura y amor estéril roca;
Contradiccion cabal lleva en sí mismo
Entre lo que practica y lo que invoca.

Ó en la fuerza brutal su imperio funda,
Ó á ella se rinde en ocasion adversa,
Con fiero orgullo ó abyeccion profunda,
Ó escita vencedor ó esclavo persa.

Mas la mujer, bajo el materno amparo
En el tranquilo hogar crece y se forma,
Y á su precoz entendimiento claro
El cielo es fin y la virtud es norma.

Ella del mundo en la espinosa hierba
Mezcla rosas, y calma los tormentos
Y dulcifica al hombre: ella conserva
El fuego de los nobles sentimientos.

Hija sencilla y fiel de la natura,
Arpa que al viento da mística nota,
Sabe endulzar la ajena desventura,
Su ardiente caridad jamas se agota.

En su beldad, en el sentido tono
De su voz melodiosa, en la divina
Virtud de su alma noble, erige el trono
Desde lo alto del cual manda y domina.

De su bendito sér con el encanto,
Del vicio aparta, extingue la discordia:
Son su escudo el amor, su fuerza el llanto,
Su triunfo la cultura y la concordia!

II

LAS CIGÜEÑAS DE IBICO.

La Grecia toda á competir aspira
De carros y de lira
En la ardua lid á que invitó Corinto:
Y entusiasmado un noble hijo de Apolo,
Toma el báculo y, solo,
De su hogar y ciudad deja el recinto.

Lleno de inspiracion y de esperanza,
Ya mira en lontananza
El monte á cuyo pié sus pasos guía:
Y le acompañan, del espacio dueñas,
Volando unas cigüeñas
En busca del calor del Mediodía.

"¡Bien hayais, aves que venis conmigo—
Dice —en pos del abrigo
De otra region feliz que amo y venero
Y apresta á mi corona sus laureles!
¡Permanezcamos fieles
Á quien libra de daño al extranjero!"

Mas cuando Ibico al bosque último entra,
    So las frondas se encuentra
Á merced de dos fieros asesinos.
La que pulsa las cuerdas blanda mano
    Esgrime el arma en vano,
Y no hay gente en el bosque y sus caminos.

Grita y nadie le oyó. "¡Destino fiero!
    En tierra extraña muero
Á manos de bandidos; cielo santo!
Sin que á vengar mi muerte nadie llegue,
    Y sin tener quien riegue
Mis insepultos huesos con su llanto!"

Cae, y aunque verlas ya, débil, no pudo,
    Oyendo el grito agudo
De las cigüeñas que se alejan, clama:
"Si de testigo humano se redimen
    Los malvados, su crímen
Á denunciar el moribundo os llama."

Del bosque fué el cadáver levantado,
    Y aunque desfigurado
Con una y otra herida, en sangre tinto,
Ser el de Ibico descubrió al momento
    El amigo que atento
Le aguardaba de huésped en Corinto.

"¿Es así, exclama, como vuelvo á verte?"
    Ante el despojo inerte,
Ya su dolor é indignacion pregona
El pueblo que de Ibico oyó la fama
    Y á los poetas llama
Del canto á discernirles la corona.

Llena la inmensa turba el Pritaneo,
Y á gritos su deseo
De castigo y venganza expresa ruda.
Mas ¿quién fué? ¿Dónde hallar al asesino?
Caprichoso el Destino
Con la ignorancia universal le escuda.

Quizá impune en Corinto se pasea,
Y en la misma asamblea
Se burla de los hombres y del cielo:
Ó ya al Teatro acude con la gente,
Que va como el torrente
Que recobró su curso, roto el hielo.

Pronto el pueblo febril llena las gradas
Tendidas y apretadas,
Y cruje la columna casi rota
Sosteniendo la grave pesadumbre,
Y alza la muchedumbre
Rumor como el del mar si se alborota.

Allí mezclada en confusion ingente
Se halla la vária gente
Á quien ley y distancia y clima aparta,
Y que del Asia ó de las Islas vino,
Ó se puso en camino
Procedente de Tébas ó de Esparta.

Oye del coro lúgubres cantares:
Negras ropas talares
Las Euménides llevan: en sus frentes,
Al resplandor de la empuñada tea,
Erízase ú ondea
Cabellera de indómitas serpientes.

Del fondo de la Escena se adelanta
Y la recorre, y canta
El espantable coro: "¡Una y mil veces
Feliz quien no ha perdido la inocencia,
Ni su limpia existencia
Dejó manchar del crímen con las heces!

"Y maldicion y muerte al homicida!
Tasada está su vida:
Ni ha de burlar la vigilancia nuestra;
Y hasta en el reino de las sombras mismo
Y á su más hondo abismo
Le seguirémos con segur siniestra!"

Las Euménides callan, y se advierte
Silencio allí de muerte,
Como el que reina en las temibles calmas
Del huracan y el rayo precursoras:
Deidades vengadoras
Forjando están las conmovidas almas.

De pronto, en indecible sobresalto,
Desde el lugar más alto,
Clama una voz involuntaria: "¡Mira
Las cigüeñas de Ibico, Timoteo!"
Y el resplandor febeo
Van las aves nublando en ancha espira.

¡Ibico! ¡El dulce bardo asesinado!
Pero ¿quién le ha nombrado?
Cambia el pueblo entre sí voces y señas.
¿Álguien ha presenciado el lance triste?
¿Qué relacion existe
Entre el difunto Ibico y las cigüeñas?

Lo que no lograrán humanos jueces
Deben lograr con creces
Las Euménides, sí. Sabio el Destino
Lo decretó. ¡Se ha denunciado el reo!
Préndase á Timoteo!
¡Ése que á Ibico nombra es su asesino!

De matador y cómplice la presta
Perturbacion atesta
Lo que su lengua vil declara falso:
Y ante un pueblo indignado y justo y fuerte,
La Escena se convierte
Primero en tribunal, luego en cadalso.



III

EL BUZO.

"¿Alguno entre tantos fieles escuderos,
Alguno entre tantos nobles caballeros
A sondar el golfo no se atreverá?
De oro aquesta copa voy á echar yo mismo:
Miradla! ¡Aquí va!
Tragóla en su seno lóbrego el abismo:
De quien la recobre la copa será."

Habla así el Rey, desde escarpada roca
Que sobre el llano azul del mar se erige
Urna de oro riquísima arrojando
En las hirvientes aguas de Caríbdis.
Y, al ver que todos callan, de sus nobles
Ante la turba atónita repite:

"No hay hombre valiente que explore el mar hondo
Que á nadie en su seno dejó penetrar?
¿No hay quien, atrevido, la copa del fondo
Recoja del mar?"

Y escuderos y nobles en silencio
Le oyen, y luego, en actitud humilde,
Con vista y pensamiento, recelosos
El fiero mar y sus peligros miden,
Sin que la copa de oro á nadie tiente,
Y por la vez tercera el Rey les dice:

"¿No hay quien tal hazaña valeroso emprenda?
¿Noble ó escudero no es posible hallar
Que la rica prenda
Recoja del mar?"

Del rey en torno en la escarpada roca
Nobles y plebe al par callando siguen,
Cuando súbito avanza un gentilhombre
Dulce y sereno el rostro, el paso firme
Como la voluntad, y arroja el manto
Y el cinturon metálico desciñe,
No sin que helado asombro en el concurso
Su temerario intento luego excite.

Al inclinarse de la roca al borde
El hondo abismo á contemplar horrible,
De su fondo, con voz como de trueno,
Se levantan las aguas de Caríbdis.
Hínchase la onda, y muge y vierte espuma
Cual si la hiciera hervir fuego invisible:
Chorros de agua y vapor á lo alto lanza
En que la luz del sol quiébrase en íris:
Y las olas suceden á las olas
Como acusando inagotable orígen,
Como si el oceano otro engendrara
Que á su volúmen propio no halla límites.

Apacíguase el mónstruo, y bajo el velo
De su blanquizca espuma se percibe
Como la boca del infierno, negra
Hendedura sin fondo: entre las sirtes
Las absorbidas olas desparecen,
Quedando en torno el mar sereno y libre.

En piadosa oracion el gentilhombre
Alzando el alma á Dios, su amparo pide,
Y hondo grito de espanto suena al verle
El salto dar y en el abismo hundirse.

Todo es calma y reposo de las aguas
En la apénas rizada azul planicie;
Pero ruge en su fondo la tormenta,
Y cada espectador, trémulo ó triste,
Piensa ó exclama: "¡Adios, bizarro jóven!"
Y es ya el vago rumor imperceptible;
Mas la ansiedad creciendo va en las almas,
Y al Monarca acercándose álguien dice:
"Así echáras al mar cetro y corona
Para ceñirla al vencedor insigne
Del negro golfo, me tentáran nunca
De gloria y de poder tan altos timbres!
Lo que en sus senos misteriosos pasa
Nadie supo jamás: naves gentiles
Se traga, y quilla y mástiles resurgen
Rotos, marcando el pavoroso linde."

Torna del hondo abismo el sordo trueno
De pronto á resonar, y se hincha y gime
Y se agita espumosa la onda inmensa
Cual si la hiciera hervir fuego invisible.
Chorros de agua y vapor arriba lanza,
Y, de ciego furor en nueva crísis,
Brotan olas tras olas, destacando
Sobre el espacio azul negros perfiles.
Ved que ya un brazo en ellas aparece
Y albo cuello despues, como de cisne:
Es el jóven que náda vigoroso,
Y, arribando al peñon, feliz sonríe,
Y en la trémula diestra aporta ufano
El áurea copa en que su labio imprime.

Largamente respira y ve gozoso
La luz del cielo clara y apacible:
Cae á los piés del Rey: le ofrece el vaso,
Que la princesa, incomparable vírgen,
Muda señal paterna obedeciendo,
Llena de vino añejo con que brinde

El vencedor. Y "¡Viva el Rey!" exclama
Gustando el áureo líquido. "¡Felices
Los que la hermosa luz del sol contemplan
Y á sus anchas respiran aire libre!
Espantoso el abismo es, y sondarle
Es al cielo tentar; acaso un crímen,
Ya que en lóbrega noche nos ocultan
Los Dioses lo que guarda en sus confines!
Con rapidez de rayo arrebatado,
Detúvome, al bajar, áspera sirte:
Ola nueva me empuja y alza y hace
Girar cual trompo: en lance tan terrible
Al cielo invoco, y muéstrame en la roca
Exígua cavidad en que me abrigue,
Y en ramas de corales detenida
La copa allí. Profundidades triples,
Sin término, á mis ojos aparecen,
Y en ellas van haciéndose visibles
Cetáceos que avanzando se me acercan,
Dragones, salamandras y delfines.
Léjos del mundo y sin auxilio humano,
De angustia y de terror sentí morirme:
Las ramas de coral suelto, y la onda
Que va de nuevo hinchándose, me embiste
Y arrebátame y hace venir salvo
Del mar á la anhelada superficie."

El Rey tal oyendo, se llena de asombro,
Y al jóven la diestra poniendo en el hombro,
Le dice: "La copa gentil tuya es;
Y añado este anillo de piedras preciosas
Si volver al seno del piélago osas,
Pudiendo en seguida narrar lo que ves."

Esto al oir la infanta, su faz bañan
De ansiedad y rubor rojos matices,
Y al Rey suplica blanda que renuncie
Á la prueba de un éxito imposible:

Y agrega: "Lo que ha osado el gentilhombre
Otro ninguno osó de cuantos viven."
Mas el padre, la copa arrebatando,
Por vez segunda arrójala en Caríbdis,
Y habla así al buzo, y muestra en su semblante
Su voluntad despótica, inflexible:

"Si otra vez la sacas, y yo así lo espero,
De todos mis nobles serás el primero;
Y la que abogando por tí blanda está
Y en lo que aventuras temerosa piensa,
De tu nueva hazaña será recompensa:
Tu esposa será."

Súbito ardor el corazon inflama
Del noble buzo; inspiracion sublime
Arrebata su espíritu, y, pesando
De empresa tan audaz los altos fines,
Y á la princesa al ver que se desmaya
De angustia y de rubor pasmosa efigie,
No duda un punto en afrontar la muerte:
El manto arroja, el cinturon desciñe,
Se lanza á la vorágine y se hunde,
Y el Rey espera. . . . y la onda vuelve y gime
Y de nuevo surgió. . . . mas no consigo
Trajo esta vez al jóven infelice!

1886.

VASCO NUÑEZ

DE BALBOA

(1513—1517)

A MI AMADA ESPOSA

LA SEÑORA

DOÑA MARÍA REMIGIA ALCALDE DE ROA.



VASCO NUÑEZ DE BALBOA.

"¡Qué pocas veces el hado
Que dice desdichas miente,
Pues es tan cierto en los males
Cuanto dudoso en los bienes!"

CALDERON DE LA BARCA.
"La Vida es Sueño."

I

¡Oh Mar del Sud que en sueños siempre veo,
Aunque á pisar llegué jamás tu orilla!
Cuando elevas tu voz, hácenme oilla
Desde aquí mi ilusion y mi deseo.

Cantando estás al ínclito Europeo
Descubridor de tu onda que al sol brilla,
Y el primero en sulcarla en frágil quilla
Con tu enojo luchando nuevo Anteo.

Y si segar en flor lograron fieras
Bajeza y ambicion y envidia extrañas
La vida que tú mismo le consientes,

Ora duermas tranquilo en tus riberas,
Ora el Olimpo asaltes, sus hazañas
Te oyen narrar atónitas las gentes.

II

Ya las nocturnas sombras han subido
Á la cumbre más alta de los Andes
Que erizan el Darien, y allí sus grandes
Alas el cóndor pliega adormecido.
De los negros pinares sale á veces
Con el rumor del ábrego el aullido
Del lobo americano. En la meseta
Más cercana á la cumbre, en torno al fuego
De agonizante hoguera, grupo humano,
Barbado el rostro, la mirada inquieta,
La espada al cinto, el arcabuz á mano,
Vela ó descansa. El Jefe en pié se pone,
Alto, membrudo, jóven todavía;
Rojo el cabello, reposado el aire
Y benévolo al par, y en labio y frente
El valor, la constancia, la energía
Y el don de mando: á la callada gente
Dice: "Al punto á dormir, que con el alba
La cima escalarémos." Y obediente
La turba de guerreros se recoge
Bajo sus toscas mantas; y así agrega
El Jefe, cual consigo hablando: "Alcance
Á ver el nuevo ponto, y de mis dias
Dispon, Dios de mis padres!"—"Áun te aguardan
Vida, combates, gloria, exclama un viejo
Que le acompaña siempre, Micer Codro,
El italiano astrólogo. ¿Descubres
Junto á Sirio esa estrella que hácia el Norte
Brilla con viva luz? Cuando, tras larga
Revolucion, llegare á inverso punto,
Tendrás, si no me engaña la alta ciencia,
En peligro la vida; mas no ántes
Ni despues, si salvares." A su acento,

Recostado allí cerca, oído atento
Presta, al viejo y al Jeje de hito en hito
Viendo, ya con sorpresa, ya con odio,
Aunque disimulado, Garabito.

III

Duermen ya todos. La ardorosa mente
De Vasco Núñez no descansa empero,
Y los varios sucesos de su vida
Con claridad le representa el sueño.
Pobre el hogar, aunque en blasones rico,
En que nació en Jerez miró primero:
Las ondas del Atlántico que surca
Viniendo con Bastida al Mundo Nuevo:
Las erizadas costas do más tarde
Cartagena ofreció seguro puerto:
La Española gentil do en Salvatierra
Hacienda de labor fundando luego,
Halló desalentado y temeroso
Ser mayores sus deudas que sus medros:
De la turba fatal de acreedores
La dureza, la injuria y el apremio:
El congojoso afan con que los huye
Pasando en un tonel, cual vino añejo,
Á las naves de Enciso que partian
Hácia el Sur: la sorpresa, el descontento,
La ira del Bachiller cuando en mar alta
Aquejado de sed, beber queriendo,
Ve salir del tonel, en vez de vino,
Al confuso entumido caballero.
Manso y razonador le aplaca éste,
Y útil le fué más tarde su consejo
Cuando en San Sebastian —nueva colonia
Que se debió de Ojeda al noble esfuerzo—
La expedicion del Bachiller hallóse
Sin derrota, ni víveres, ni aliento.

"Yo conozco el Darien, Vasco les dijo,
Pues le ví con Bastida: en él tendrémos
No sólo pan, mas oro en abundancia;
Os serviré de guía: vámos presto."
Síguenle todos: en combates rudos
Con el salvaje audaz que unge en venenos
El pedernal de sus temidas flechas
Y á quien el español lanza sus perros,
Vencieron á Zemaco, el gran cacique
Del territorio de Darien, poniendo
Á la villa que fué Santa María
Entre los bosques lóbregos cimiento.
Se alza allí con el mando Vasco Núñez;
Pero de Enciso al par deja en el seno
La semilla del odio que más tarde
Trájole en fruto angustias y tropiezos.

IV

Capitan general es ya, y domina
Á émulos y enemigos. Va sediento
De oro, á buscarle en Coyba: su cacique
Á dos exploradores europeos
Dando hospitalidad, mostró provistos
En su casa y la tribu los graneros:
Vienen ingratos ambos ante Vasco
Y del indio denuncian el secreto.
Recibe á Vasco Núñez y su hueste
Con amistad, regalos y festejos;
Pero se niega á darles provisiones
Pretextando lo malo de los tiempos.
Vasco del pueblo retirarse finge;
Mas vuelve á media noche y en silencio
Y al indio, á sus mujeres y á sus hijos
Sorprende en su mansion y pone presos.
Extraídos mirando sus tesoros,
De ira y duelo el cacique llora á un tiempo;

Mas trae á la más jóven de sus hijas,
Á Careta gentil, indiana Vénus
En cuya frente y ojos aparecen
La modestia, el recato, el dulce fuego
De una alma generosa á amar nacida,
De un corazon al par alzado y bueno;
Y entregándola á Vasco: "Ésta, le dice,
Esposa fiel te seguirá, guerrero,
Como rescate de su padre anciano
Si aceptas mi amistad."—"Aliado tengo,
Que no cautivo en tí," Vasco responde,
Y la callosa mano estrecha al viejo.

V

Para sellar las ajustadas paces
Salen juntos en armas sobre Ponca,
Mandarin belicoso, y á Comagra
Visitan que es amigo del de Coyba.
Regía el tal Comagra ancha llanura
Á cuya extremidad se alza orgullosa
En el Darien la principal montaña
Señoreando la comarca toda.
El cacique con siete de sus hijos,
El mayor de los cuales casi asombra
Por su audacia y despejo, á los aliados
Sale á encontrar con la posible pompa,
Los lleva á su mansion, vasto edificio
Que labradas maderas ricas forman
Con bajos y altos, y en redor un muro
De piedra azul protege. Inmensa copia
De la carne de ciervo al humo puesta,
Yuca, maíz, bebidas espumosas
De los jugos de palmas y raíces
En unas piezas vieron: hay en otras
De los antepasados de Comagra
Los suspensos cadáveres ya momias.

El cacique y sus hijos al hispano
Obsequian á porfia: polvo y joyas
De oro le dan, y á los soldados cede
Cuanto del apartado quinto sobra.
Gárrula vil cuestion trabaron ellos
Sobre peso y valor, y aquesto enoja
Al mayor de los hijos de Comagra
Que al reparto asistió: con mano pronta
Da un golpe á la balanza, y esparcidos
Por mesa y piso van polvos y joyas.
"Si tras esto venís, dice irritado,
No así riñais ¡oh gente codiciosa!
Mostraros hé comarcas no lejanas
En que abunda el metal que os enamora.
De esa montaña altiva al lado opuesto
Hay un extenso mar de azules ondas
Que del árida cumbre á ver se alcanza,
Y al que los rios en arenas rojas
Más oro llevarán que plomo y hierro
En sus entrañas guarde España toda."
Escúchale asombrado Vasco Núñez,
Se le acerca afanoso, le interroga
Y noticias le arranca una tras una,
Largo espacio pendiente de su boca.
El mar existe allí: para tocarle,
Para llegar á la anhelada costa
Hay que cruzar los Andes, hay que abrirse
Paso al través de abetos y de rocas,
Hay que lidiar con el feroz caníbal
Y afrontar el rigor de ardiente zona.
¿Á las almas templadas en el fuego
De fe y valor, fatiga tal qué importa?
Más allá de los montes y peligros
Están con ese mar riqueza y gloria.

———

VI

Á acompañarle el jóven se le ofrece
Franco y leal con escogida tropa
De los súbditos fieles de su padre:
Vasco la oferta admite; á Darien torna;
Mas, ántes, que Comagra y su familia
El agua bautismal reciban, logra.
Reprime en la ciudad nuevas revueltas,
Gente y víveres mándale Española,
Y escogiendo á noventa aventureros
Sanos y de valor, si de faz torva,
Y juntando á los perros en traílla,
Apresta un bergantin, nueve canoas,
Se embarca audaz al empezar Setiembre,
Navega al Noroeste y vuelve á Coyba.
Dále el cacique guías y guerreros;
Deja allí con sus naves gente poca
De la europea; cántase la misa;
Pide la hueste en oracion devota
Buen éxito, y se lanza á las montañas
En marchas desiguales y penosas.
Rápida y tierna fué la despedida
De Vasco y de Careta, quien se arroja
En los brazos del Jefe. Garabito
Pérfido inútilmente la enamora;
Núñez lo advierte y le amenaza airado,
Y él vengar se promete su deshonra.

Van al través de bosques y malezas,
Y el pueblo al invadir que rige Ponca,
Huye éste con sus hijos; mas le traen
De Vasco á la presencia: allí, tras corta
Plática en que benévolo el hispano
Afecto y voluntad al indio roba,
Le confirma el cacique la existencia
Del mar, y gente y víveres le apronta.

Mas ¡ay! cuánto de afan y pena y lucha
Les reserva su empresa! Aterradoras
Les opone el salvaje sus guerrillas,
Su limo apresador lagunas hondas,
Sus intrincadas lianas y bejucos
Y serpientes las selvas; sus copiosas
Aguas los roncos rios que atraviesan
En toscas balsas, faltos de canoas;
Sus tormentos el hambre y sed más tarde;
Los peñascos sus crestas cortadoras,
La noche sus escarchas que entumecen,
Su rayo á plomo el sol. Unos se ahogan
De la ardiente armadura bajo el peso;
Otros, presa de fiebres perniciosas,
Abandonados son; mas la columna,
El puñado de gente á quien no doma
Naturaleza agreste en sus dominios,
Siguiendo á Vasco Núñez de Balboa,
Á la postrer meseta llega al cabo;
De la cumbre final queda á la sombra.

VII

¡Siglo admirable en fe, vigor y arrojo!
¡Siglo á la España de Isabel propicio!
Si triunfante la Cruz brilla en Granada,
El ibero no cabe en sus dominios.
En carabela frágil sale en busca
De otro mundo que en sueños ha entrevisto:
Las tempestades lánzanle á sus playas
Do no le asusta sed, hambre ó martirio;
Do su fuerza en eterna lid no agota;
Do á veces inhumano, á veces pío,
Con la espada y la Cruz venciendo siempre,
Á su afan de riqueza inmola al indio,
Explora tierra y mar, funda ciudades,
Y desde el Bravo helado al Hornos ígneo

Congrega tribus, pueblos y naciones
Bajo una sola fe y un cetro mismo.
Siglo de cuya mezcla de oro y cieno,
De codicia y valor, sombras y brillo,
Cieno y sombras guardando y agotados
Valor y fe, se burla nuestro siglo!
Si éste, con el esfuerzo de los otros,
En medios poderoso, en ciencia rico,
Hondas simas salvando, hendiendo cumbres,
Talando selvas, subyugando rios,
Á la vírgen América ya oprime
La cintura gentil, de gracias nido,
En ceñidor de hierro que, rivales
En poder y extension, riqueza y brío,
Besa desde Colon rudo el Atlántico
Y desde Panamá besa el Pacífico;
Si aquesto la orgullosa edad presente
Con los tesoros de las otras hizo,
Qué su empresa valdrá junto á la empresa
Que entusiasmado cánto en pobre ritmo?

VIII

Allí está Vasco Núñez, si al cansancio
Y al sueño el cuerpo lánguido rendido,
Firmes velando el alma y la memoria
Que sucesos repasan peregrinos.
Cuando la blanca luz del alba tiñe
Con claridad incierta el agrio pico
Á cuyo pié acampó, despierta al Jefe
Su perro vigilante, Leoncillo,
En marchas y combates compañero,
Batallador infatigable él mismo,
Y en cuya piel, que es de oro y azabache,
Rastro dejó la flecha de los indios.
En pié está Vasco. —"¡Sús! ¡La gente arriba!"
Grita con voz sonora. "Al rayo limpio

Del sol que va á nacer, á nuestros ojos
Ha de mostrarse el piélago no visto."
Y trepando por rocas aceradas
Con manos y con piés, sobre el abismo
De peñas y de bosques en que muge
El viento matinal entre los pinos;
Bañadas en sudor las rojas frentes,
Sin aliento los pechos no vencidos,
Vertiendo sangre las heridas manos
Que se adhieren cual pulpos á los riscos,
Palpa la turba el árida eminencia,
Y de victoria y júbilo da un grito
Que hace al cóndor tender sus grandes alas
Por el espacio, abandonando el nido.

IX

Vasco Núñez allí sube el primero,
Y alto junto á la roca hace su gente:
Se le anublan los ojos al guerrero,
Casi le ahoga la emocion que siente.

Del sol al rayo en el ambiente puro
Sólo de oro y azul ve espacio inmenso;
Luego á sus piés el peñascal oscuro,
De abetos más allá círculo denso;

Verdes llanuras, cándidos palmares,
El lago inmóvil, el undoso río;
El humo que corona los hogares
En uno y otro indiano caserío.

Y más allá y al fin. . . . ¡Dios poderoso!
Vasta pella de plata que se funde
Al sol y con el cielo esplendoroso
En lejano horizonte se confunde;

Piélago nunca visto, cuyas ondas
No agotará la sed de las edades
Del universo; en cuyas grutas hondas
Duermen quietas las roncas tempestades;

De la brillante fábrica celeste
Bruñido y vasto y digno espejo solo;
Gigante que á dormir en el Oeste
Se ha tendido de un polo al otro polo,

El Pacífico surge! En su entusiasmo
Cae en la roca Núñez de rodillas,
Con voz interna en reverente pasmo
Alabando de Dios las maravillas.

Su sueño se ha cumplido; su deseo
Ve coronado; lo demás ¿qué importa?
Es el primer intrépido europeo
Que fija en ese mar la vista absorta!

¡Es su descubridor! Llama á su gente
Y le señala el piélago lejano,
Y en arenga, si rápida, elocuente,
Las creces pinta del poder hispano,

Las creces de la Fe, cuya alba pura
Brilla sobre magníficas regiones;
Y allí su gente al abrazarle jura
Seguir hasta la muerte sus pendones.

De su monarca en nombre y con voz clara
Núñez de costa y mar se posesiona,
Y el sacerdote humilde Andrés de Vara
Himno de gratitud férvido entona.

La turba que los cerca se prosterna
Acompañando el cántico cristiano
Que en honda y poderosa voz eterna
Áun repite al Criador el Oceano.

X

Sí: desde allá, al Oeste, muestra sus ondas graves
Tersas cual limpio espejo
Cuando se aduermen suaves
Las matinales brisas que del Oriente van:
Ó en lúgubre cortejo
Subiendo procelosas
Hasta anegar las Osas
Si con sus alas negras le agita el huracan.

En vasta superficie ya plácido retrata
De la naciente luna
La bella luz de plata,
La púrpura de Tiro que á el alba es arrebol;
Ó se ennegrece pronto
Si nube espesa y bruna
Tiende entre cielo y ponto
Sus formas gigantescas, la luz robando al sol.

Cuando tranquilo duerme, miramos en sus grutas
Y entre sus selvas largas,
Inmóviles é hirsutas,
El nácar de la perla y el risco del coral.
Despierto, en su camino,
Sus ondas más amargas
Ver dejan al marino
Manta redonda, horrible, ballena colosal.

Solos rivales dignos, fuertes como él y grandes,
Se ostentan á su lado
Los ponderosos Andes
Que en Magallanes surgen y erizan el Darien.

¿Qué mucho que la espalda
Celosos le hayan dado,
Y con su inmensa falda
Al mar de Atlante opuesto el Amazonas den?

El mar del Sud en pago á esos gigantes muestra,
Rugiendo á su pié mismo,
Su cólera siniestra
Que al Tequendama asusta que se despeña allá.
Si altísimo es Sorata,
Hondísimo es su abismo,
Y un dia en catarata
Con aguas de su fondo la cumbre anegará.

Mas duerme hora cual niño el lidiador gigante
Sin que áun sus olas rinda
Del fiero navegante
Que desde Europa llega, al lino y al timon.
De sus intactos senos
Con la riqueza brinda,
Con sus espacios llenos
De luz, á quien desvelen la gloria y la ambicion.

Y el cántico repite de aventurero rudo,
Y de sus quietas olas
En el brillante escudo
Al vencedor ofrece magnífico pavés.
Alzadas en él fueron
Las huestes españolas
Que un Mundo descubrieron
Y al Nuevo y al Antiguo miraron á sus piés.

El cántico repite del grupo que acompaña
Á Vasco venturoso:

Repite ¡gloria á España!
Repite ¡gloria al digno feliz Descubridor!
Y con su voz potente,
Ya en ira, ya en reposo,
Cantando eternamente,
Del Septentrion al Austro repite ¡gloria á Dios!

XI

Para marcar el sitio desde donde
El anhelado piélago descubre,
Vasco manda cortar un alto pino
Que, ya en forma de cruz, planta en la cumbre.
Luego desciende hácia la costa; lidia
Con las tribus que el paso le interrumpen;
En Cheapes se detiene, guías toma
Y oro en tributo y dádivas reune.
Su teniente Pizarro á la ligera,
Con hueste armada sólo de arcabuces,
Á través del boscaje se adelanta
En busca de la playa, y aunque ruge
El mar de allí no léjos como el norte
Entre lóbregas selvas en Octubre,
Al salir á escampado encuentra inmenso
Llano de arena, en vez de ondas azules.
En él en seco yacen dos piraguas
Cuyo destino al español se encubre.
Mas, á poco, bramando en la marea
Cual irritado mónstruo que no sufre
Cadenas y las rompe, llega el ponto
Con rapidez insólita; en volubles
Olas de hirviente espuma anega el llano
Y á los oteros inmediatos sube.
Flotan ya las piraguas y las montan
Con firme decision y raudo empuje
Martin Alonso y luego Blas de Etienza,
Los primeros á ser que este mar sulquen.

XII

De su teniente al recibir las nuevas,
Sale de Cheapes Vasco hácia la playa:
Síguele el grueso de la hispana gente,
Y el cacique y sus indios le acompañan.
Halló que el Oceano en su descenso
Retiróse á dos millas de distancia,
Y en toda su extension, que hace horizonte,
No alcanza á descubrir vela ó piragua.
Bajo los altos árboles que bordan
De la eminencia próxima la falda,
Inquieto, en peñas áridas sentóse
Aguardando la vuelta de las aguas.
Como las vió llegar impetuosas
Un momento despues, sacó la espada,
Empuñó la bandera que en sus pliegues
De Castilla y Leon lleva las armas,
Y penetró en el mar, dando sonoros
Vivas á Don Fernando y Doña Juana.

Recordando la fiesta religiosa
Del dia, "San Miguel" al golfo llama:
Quiere reconocerle ya mediado
El tormentoso Octubre que desata
Con su aquilon las olas mal dormidas
Engendrando, tal vez, negras borrascas;
Y el cacique de Cheapes el peligro
Le advierte, mas con él audaz se embarca
En frágiles canoas, que cual secas
Hojas el mar ya abisma, ya levanta,
De entre erizadas rocas y arrecifes
Por voluntad de Dios saliendo salvas.
Á isla desierta llegan en la noche
Y sus canoas en los bordes atan
Y suben á dormir en el seguro
De las que pueden ver rocas más altas.

Y no bien su vigor en el regazo
De benéfico sueño restauraban,
Cuando llega invasora la marea
Cubriendo la isla toda y á la barba
Da á los hombres en pié; morir creían,
Pero á muy poco el mar se aquieta y baja.
Se hallaron á otro dia desolados
Sin vestido ni pan, rotas sus barcas;
Infúndeles aliento Vasco Núñez,
Con yerbas y resina las reparan,
Y en ellas retroceden y del istmo
Logran tocar la conocida playa.

Aquejados del hambre invaden luego
De Tumaco feroce la comarca:
Cuentas de vidrio en hilos, del cacique
La mala voluntad quiebran ó ablandan,
Y á Vasco entrega las primeras perlas
Gruesas y de íris bello y áun mojadas,
En que se ve que dista espacio breve
El fondo en que se crían. Buzos manda
Á pescar nuevas ostras el cacique;
Presencia el español la pesca rara:
Las perlas grandes en los hondos senos,
En fondo escaso las menudas cuajan,
Y éstas á la ribera cuando agita
La tempestad el mar, suele arrojarlas.
Ponderando Tumaco las riquezas
De la region del Sur, á Núñez habla
De un grupo de islas do las conchas sirven
De escudos y atesoran en su entraña
Del tamaño de un huevo de paloma
Perlas redondas del color del alba.

De sus exploraciones satisfecho,
Atraviesa de nuevo las montañas
El Jefe, y los caciques danle guías
Y guerreros le dan y hombres de carga,

Y al despedirse enternecidos lloran,
Que tanto así la voluntad les gana.
Torna á Santa María de la Antigua;
Recíbenle con vítores y palmas,
Y del rico botin que ha recogido
Al tesoro real el quinto aparta;
Y escrita relacion de los sucesos
En alistado buque envía á España
Con telas finas de algodon, cautivos,
Oro en polvo á granel, perlas y nácar.

XIII

¡Y era ya tiempo! En la lejana corte
El agraviado Enciso no dormia
En pasos y cuestiones, demandando
Contra Vasco favor á la justicia.
Á deponer á Núñez y á juzgarle,
De nobles con brillante comitiva,
Buques y gruesa hueste de soldados,
Nuevo gobernador de la Castilla
Del Oro —nombre dado á la comarca
Del Darien por lo rico de sus minas—
Viene Pedrarias Dávila trayendo
Á su esposa Isabel de Bobadilla
Y á Juan Quevedo, fraile franciscano
Que ostenta del Darien la nueva mitra.
No sólo ha de regir á la colonia
Dávila; á su valor y á su pericia
Deja el rey Don Fernando encomendada
De la region suriana la conquista.

XIV

En tanto Vasco Núñez sin descanso
Vela en campo y ciudad; casas fabrica;

Á las tribus congrega; forma puerto
Que abrigo al nauta dé; huertos cultiva,
É inteligente, recto y generoso
La colonia gobierna y administra,
Ligando á naturales y europeos
El interes comun bajo su egida.

Desde que el mar del Sud descubre, cambia
La dureza feroz, la vil codicia
Que impulsáronle un tiempo, en dulce agrado
Y sed de gloria espléndida. En vigilia
Como en sueños, el piélago á su oído
Y á sus ojos á un tiempo brama y brilla:
Si en su voz oye música sonora,
Cáusale arrobo místico su vista:
Explorar ambiciona sus espacios,
De sus tormentas afrontar la ira,
Dormirse á sus arrullos en la calma
Y hasta su extremidad llevar sus quillas.
¿Quién dijera á la mísera Careta —
Del rústico Darien la flor más linda
Que al sol de Vasco Núñez vive sólo—
Que le hallaran helado sus caricias?
Miéntras ella lamenta los desvíos
Del guerrero español á quien le quita
El mar del Sud, en el del Norte Vasco
Los ojos sin cesar ávidos fija,
Esperando las naves y la gente
Con que á su expedicion ha de dar cima.

XV

Avístanse las naves de Pedrarias
Y al puerto van llegando entrado Junio:
Dávila de su arribo y de su cargo
Aviso á Núñez dar resuelve astuto.

Mensajero despáchale, que hallóle
Con traje de algodon holgado y burdo,
Levantando una choza: oye el recado
Y corresponde á Dávila el saludo
Mandándole decir sencillamente
Que á su obediencia está desde aquel punto,
Y apagando el ardor de sus soldados
Que armar en su favor quieren tumulto.
Pedrarias desembarca y se adelanta
De la indiana ciudad tomando el rumbo.
Vienen con él los arriscados nobles,
La esposa y el obispo al lado suyo;
Cierra la marcha hueste numerosa
Brillando con el sol armas y escudos.
Núñez con reducida humilde corte
De consejeros y soldados brunos
Llenos de cicatrices y sin armas,
Salióle á recibir y le condujo
Á su propia mansion, cabaña pobre
Aunque amplia y rica en vistas y aires puros.
Cortés sirve á sus huéspedes, en mesa
En que el blanco mantel es todo el lujo,
Aves silvestres, carne de venado
Que se conserva de la leña al humo,
Tortillas de maíz —pan de la tierra—
Frutas y agua sin tasa. Miéntras mustios
Y desolados y con hambre acaso
Los nobles entre sí formando grupos,
Se preguntan dó están el oro y perlas
Y grandeza sin par del Nuevo Mundo;
Dávila á Núñez, amistad fingiendo,
Hace hablar del Darien y de sus frutos,
Del órden con que rige la colonia,
De sus fuerzas en ella y sus recursos,
De sus descubrimientos portentosos,
De sus planes presentes y futuros.
Manda formarle causa á pocos dias,
Y de enviarle á España hállase á punto;

Mas de su esposa y del obispo el ruego
De estos primeros rayos fué conjuro.
Del gobierno ya Núñez alejado,
Faltan su prevision y su concurso;
Los acosados indios se levantan
Negando en oro y víveres tributo:
Los soldados que van á reducirlos
Ó despacha hácia el Sur el necio orgullo
De Pedrarias queriendo adelantarse
Á Núñez en hazañas y trïunfos,
Tras inútiles marchas y fatigas
Regresan debelados y confusos.
Llega á reinar en la colonia el hambre,
Y de ella en pos, bajo el aciago influjo
De los pantanos vastos del contorno,
La peste á la ciudad llena de luto.

XVI

Viéndose Vasco detenido en tanto,
Blanco del odio y la sospecha injusta,
Los marítimos planes en suspenso
Anhela ejecutar de cuenta suya.
Y juntando la propia hacienda escasa
Á la de Hernando Argüello que le ayuda,
De armas en busca y víveres y gente
Al infiel Garabito manda á Cuba.
Quiere de nuevo atravesar los montes,
Y si en la costa al Sur colonia funda,
Para extender la exploracion más tarde
Base le habrá de ser firme y segura.

Llegan pliegos de España, do la nueva
De sus descubrimientos y la suma
Riqueza de sus dones le han trocado
La adversidad en próspera fortuna.

Del mar del Sud Adelantado, á un tiempo
Bajo su mando las provincias junta
De Panamá y de Coyba, aunque á Pedrarias
Sujeto. Obedecer éste repugna
Lo resuelto en la corte; Garabito
Llega, y su expedicion, si no le asusta,
Á su envidia y enojo da pretexto
Para encerrar á Vasco en cárcel dura.
De nuevo intercedieron el obispo
Y la esposa de Dávila: atenúa
De éste la prevencion aquél; le pinta
El bien que á su interes propio resulta
De trocar en amigo al enemigo
Y de dos voluntades hacer una.
Tras largas entrevistas y empleando
Ya la razon cristiana, ya la astucia,
Que á Vasco acepte Dávila de yerno
El empeñoso obispo logra en suma.
La mayor de las hijas de Pedrarias,
Jóven de prendas altas, bella y culta,
Vendrá á Núñez á dar mano de esposa,
Y á éste libre y feliz Darien saluda.
Quizá el contento público no advierte
El dolor de otra jóven que en oscuras
Soledades con lágrimas amargas
El gentil despreciado seno inunda.
Quizá el Descubridor en sus insomnios
Oye en torno sonar ayes de angustia,
Y á Careta ve pálida y llorosa
Y en nuevo amor le enciende su hermosura.
Vago pesar, remordimiento acaso
En su ánimo agitado traban lucha;
Pero recuerda el mar y su destino
Tras noble eterno afan y pruebas rudas,
Y uno y otro disipan su tristeza
Como la brisa el polvo, el sol las brumas.

XVII

¡Otra vez el favor! Autorizado
Á armar cuatro veleros bergantines,
Núñez á fabricarlos se apareja
De Acla, villa novísima, en los lindes.
Bañados del Atlántico sus bosques
Dánle maderas sólidas y firmes
Que con anclas y jarcias y velámen,
No sin aprovechar trazas sutiles,
En hombros de indios ruda cordillera
Que por su elevacion las nubes ciñen
Él hace atravesar hasta do el Balsas
Se acerca al mar del Sud que le recibe.
Al coronar las crestas el gentío
Con los maderos que su espalda oprimen,
Vasto cordon de hormigas va imitando
Que á la oquedad cercana se dirigen
Con hojillas y granos que las cubren
Aunque sin estorbar su marcha libre.
Del Balsas ya en la márgen las maderas
Do secábanse al sol ántes de unirse,
Las arrebata el rio en su creciente
De brava tempestad en noche horrible,
Y estériles así tantos esfuerzos
La gente vió desalentada y triste.
Á las selvas de allí ménos lejanas
Vasco el tributo necesario pide;
Convierte en arsenal la playa ardiente;
En la ruda labor todos compiten:
Arman los fuertes cascos y cubiertas
Que la onda hace flotar; palos erigen;
Atan la jarcia en ellos y el velámen;
Hinchen el lino brisas bonancibles,
Y ufano, alborozado, altivo Núñez,
La fuerte diestra en el timon que él rige,

Vivas toda la gente dando á España,
Salen al mar del Sud dos bergantines.

XVIII

Sereno el Oceano
Al despuntar el dia,
Laguna parecia
Dormida en honda paz.
La brisa de Levante
Con ráfaga ligera
Sólo, soplando á veces, la dulce calma altera,
En olas cual escamas bordando su ancha faz.

Son las primeras naves
De vela y de tal pompa
Cuya alta prora rompa
El vasto mar del Sud.
Al grupo de las islas
Que llaman de las Perlas
Avanza Vasco Núñez y, al cabo, logra verlas
Surgiendo de las aguas en blanda tinta azul.

Quiere explorarlas Núñez,
Y entra en sus altos fines
Los otros bergantines
En ellas construir;
Y, ya cabal su armada,
Al Austro diligente
Las ignoradas costas del nuevo continente
Hasta do hallar consiga su término, seguir.

Mas tórnale la espalda
De nuevo la fortuna:
Ceño en su frente bruna
Muéstrale pronto el mar.

Viene á encrespar sus olas
El ábrego violento,
Y á unir á la voz de éste la tempestad su acento,
Y el pálido relámpago la escena á iluminar.

Núñez creyó ver grupo
De islotes escarpados
Que azota en sus costados
Del piélago el furor;
Pero, avanzando luego,
Hallan de espanto llenas
Sus gentes que las islas no son sino ballenas
De insólita pujanza, de colosal grandor.

Solo ellas afrontaron
Como la enhiesta roca
Del mar la furia loca,
Del viento el frenesí.
La voz de la tormenta
Que el rayo ardiente fragua,
Llegando á sus abismos, sacólas á flor de agua
Á que la horrible lucha miraran desde allí.

Hiela el terror la sangre
Á los marinos bravos;
Júzganse, de él esclavos,
Presa del leviatan.
Con diligencia ruda
Del sitio aquel se alejan,
Y luego en sus embates olas y viento cejan,
Y al Norte y al Oeste va huyendo el huracan.

Tras la fatiga inútil
Sin ánimo ni aliento,
Siendo contrario el viento,
Brava la mar aún,
Torna la prora al istmo
Núñez con pena fiera,

Aunque ignorando entónces que esta es la vez postrera
Que mécele en sus ondas el ancho mar del Sud.

XIX.

Del turbulento Balsas en la márgen
Vuelve el marino audaz á alzar sus tiendas,
El contrastado esfuerzo no vencido
De nuevo aparejando á luchas nuevas.
Mano puso á los otros bergantines;
Mas cuando á su labor ruda se entrega,
Vienen de Acla rumores alarmantes:
Nuevo gobernador allá se espera;
Lope de Sosa á Dávila sucede
Segun las de la Corte últimas nuevas.
Desalentado Vasco teme acaso
Que sus pasos y planes entorpezca;
Llama á sus oficiales á consejo
Y, opiniones pesando, en él se acuerda
Si el anunciado cambio se confirma,
Ejecutar sin dilacion la empresa;
Y despachado en tanto es Garabito
Á que recoja y dé noticias ciertas.
¡Ay! que con ello Núñez, confiado,
Á su enemigo capital se entrega;
Que el traidor á Pedrarias dicho tiene
En recibida ya carta secreta:
"Finge Núñez estar dispuesto á unirse
En lazo conyugal con la hija vuestra,
Para encubrir sus planes y engañaros
Y hacer su expedicion de propia cuenta.
Cuando listos, al fin, sus buques halle,
Ha de partir en ellos con Careta
Á fundar hácia el Sur nuevas colonias,
Á vuestra autoridad rota la rienda."

Del campamento sale Garabito
Y á la ciudad, de noche, no bien llega,
Oye que al arribar ha muerto Lope,
Y su propia mision traspirar deja.
Le prenden los esbirros de Pedrarias,
Éste de sus papeles se apodera,
Ávido los registra uno tras otro,
Hace al preso venir á su presencia,
Y Garabito allí, terror fingiendo,
Confirma delaciones y sospechas.
La enemiga fortuna luego acude
Por medio inesperado á rendir pruebas.
El Hernando de Argüello que en los planes
Del gran Descubridor metió su hacienda,
Al saber lo que afirma Garabito,
Pliego á Núñez envia con cautela
Noticiándole todo, y que al instante
Parta al Sur con sus naves le aconseja.
Mensajero y papel son detenidos
Y á poder del sutil Dávila llegan.
Va á la cárcel Argüello; aquél escribe
Á Vasco así con intencion aviesa:
"Ántes de que partais, venid conmigo
Á hablar de cosas públicas y nuestras;"
Y á Pizarro previene, que al encuentro
De Núñez va con escogida fuerza.

XX

No léjos de su tienda estaba Núñez
De sus gentes cercado, en noche fresca
Tras el calor del dia, conversando
Con excelente humor que al corro alegra.
Y, como hubo de alzar la vista al cielo
Y de hallar en atmósfera serena
Y en la anunciada posicion temible
La que le dijo Codro ser su estrella,

Del astrólogo el fallo relatando,
"Ved, exclamó, lo que es la humana ciencia:
En este mismo instante inevitable
Peligro me circunda segun ella;
Y listos ahí están mis bergantines
Y mis gentes armadas y resueltas;
Gozo el favor del Rey y de Pedrarias
Y mi gloriosa fama el orbe llena."
Y hablaba todavía Núñez, cuando
Los mensajeros de Acla se le acercan,
Rendidos le saludan y la carta
De su presunto suegro allí le entregan,
Sin que le deje el breve contenido
Ni temores ni sombra de sospecha.

XXI

Vasco en marcha se pone al otro dia
Y las altas montañas atraviesa.
Al verle alegre, ufano y confiado
Los mensajeros recorrer la senda
Á cuya extremidad, cual lobo astuto
Vil enemigo en él ha de hacer presa;
Cediendo á irresistible simpatía
Que en cuantos le oyen ó le ven despierta,
La delacion de Garabito, el caso
De Hernando Argüello y la intencion siniestra
Con que Pedrarias Dávila le llama,
Porque se fugue y salve le revelan.
Un punto Vasco, atónito, pasmado,
Dudando estuvo si de allí se vuelva
Á la orilla del Balsas donde tiene
Su gente armada ya, sus naves prestas;
Mas, tornando á la ciega confianza
Que al acusado inspira su inocencia,
Ir resuelve ante Dávila y hablarle
Y la calumnia así dejar deshecha.

Sigue adelante, pues, y con Pizarro
Que en busca suya va, luego se encuentra.
"Preso daos, Señor," éste le dice,
Á tiempo que su tropa á Núñez cerca
Y le desarma y cárgale de grillos.
"¿Es posible, Pizarro?" en son de queja
Vasco sin demudarse le pregunta,
Y él le responde: "La consigna es ésta."

XXII

Con asombro de Acla y sus vecinos
De nuevo se halla Núñez en la cárcel.
Dávila en ella le visita y habla,
No cual gobernador, mas como padre.
Que es víctima de ocultos enemigos
Dale á entender, que acusaciones graves
Pesan sobre él, la autoridad teniendo
Obligacion de oírlas y juzgarle.
Causa está ya formándole Espinosa
Que en la nueva ciudad funge de alcalde.
Que contra el Rey conspira; que en las playas
Del Sur nueva colonia ha de fundarse
Por él con gente y armas del Estado
Y emanciparse en ella entra en sus planes,
Dice la acusacion; y le acumulan
Cargos —quizá desvanecidos ántes—
Por el fin desdichado de Nicuesa,
Por las quejas de Enciso y sus parciales.
La máscara Pedrarias luego arroja
En la prision volviendo á visitarle.
"Traidor, le dice, á derrocarme aspiras
Pagando mis favores con maldades,
Sembrando la anarquía en la colonia,
Deshonrando tal vez mi propia sangre;
Mas tiénete en sus garras la justicia
Y de ellas esta vez no has de salvarte."

Altivo é indignado le responde
Vasco Núñez: "¿Si fuera yo culpable,
Para entregarme á tí venido habria
Teniendo enfrente el mar, listas mis naves
Y animadas mis gentes y resueltas
Á seguirme?" Al oir razones tales
Pedrarias no su peso desconoce,
Mas la luz que le dan llégale tarde.
Ha perseguido y ultrajado á Núñez,
Y aunque noble le estima y de alma grande,
Recela, y con razon, que, absuelto y libre,
Ha de vengar persecucion y ultrajes.
La causa ya de sentenciarse á punto,
Á Dávila Espinosa envia, en balde
Pidiendo que los méritos del reo
Á la justicia en su favor ablanden.
Inútiles los ruegos de Isabela
Y del obispo son en aquel trance:
Pedrarias el oído cierra á todos,
No ciego ó rencoroso, mas cobarde.
Débil el juez, á su pesar, condena
Á Núñez á sufrir muerte infamante
Con su cómplice el rico Hernando Argüello
Y alguno de sus mismos oficiales.

XXIII

Miéntras de Acla en la plaza es erigido
Aquella noche en fuerte maderámen
El cadalso en que, al hierro de verdugo,
Los sentenciados su delito paguen;
Y en torno los soldados plantan picas
En que habrán de quedar al sol y al aire
Las segadas cabezas de los reos
Hasta que todas lleguen á secarse;
En la prision oscura Vasco Núñez
Sin ira ni temor, imperturbable,

Ve de frente á la muerte y se dispone
Á pisar del sepulcro los umbrales.
Alza á Dios el espíritu piadoso;
La absolucion recibe en dulces frases
De Andrés de Vara, el sacerdote humilde
Que himno de gratitud alzó en los Andes
Al descubrirse un mar; el Pan Sagrado
En que Dios á los hombres quiso darse
Enternecido gusta: óra de nuevo,
Y momentos despues dormido yace.

XXIV

En sueños el Pacífico mira de nuevo en calma:
Su ronca voz oyendo
Alégrasele el alma:
Rompiendo van sus buques las olas de cristal.
No ya cerrarle intenta
El paso pez horrendo
Ni equinoccial tormenta;
Que en cielo despejado brilla la Cruz Austral.

Dormido está cual niño el lidiador gigante
Que ya rindió sus olas
Del fiero navegante
Que vino de muy lejos, al lino y al timon.
Domaron ya su orgullo
Las naves españolas;
Y es su bramido arrullo
Á Vasco, á quien desvelan la gloria y la ambicion.

Dormido está, y sereno muestra en sus claras ondas
Moviendo sus aletas
El pez de escamas blondas,
No manta horrible ó ruda ballena colosal.
Sus grutas al marino
Más hondas y secretas

Ver hace cristalino,
Y en ellas sus tesoros de perlas y coral.

Y el cántico repite del grupo que acompaña
Á Núñez en los Andes
Vivas alzando á España
Cuando por vez primera sus olas contempló.
Y en calma, en voz potente,
Como en sus iras grandes,
Cantando eternamente,
De un polo al otro polo repite ¡gloria á Dios!

XXV

Del alba tarda y perezosa el frío,
Del gallo y la campana la distante
Voz clara, á Núñez súbito despiertan
Haciendo estremecer su cuerpo frágil.
Aun escucha el rumor del Oceano. . . .
¿En su tienda despiértase á la márgen
Del Balsas? ¿Le rodean sus marinos?
¿Las velas á soltar van ya sus naves?
Se palpa y se incorpora, y el funesto
Enlutado cadalso ve delante,
Y al verdugo que pálida cuchilla
Sobre su propio cuello feroz blande.
El hogar en Jerez recuerda luego,
Su infancia y el cariño de sus padres,
Su inquieta juventud al bien estéril,
Con la pobreza en lucha sus afanes:
Despues, en el Darien, selvas y cumbres,
Fatigas, emboscadas y combates,
Mando, riqueza, gloria inmarcesible. . . .
¡Y de todo ello al fin, suplicio infame!
Á la materia vil dando tributo,
Sulca su rostro lágrima brillante,

Miéntras, puestas en Dios fe y esperanza,
Del humano dolor apura el cáliz.

XXVI

Fué el dia aquel en Acla aciago dia,
Y al descender el sol triste á su ocaso,
La víctima al patíbulo subia
Grave y sereno el rostro, firme el paso.

"Éste —reza el pregon— es el castigo
Que á Núñez dan el Rey y su Teniente
Porque traidor les fué; porque, enemigo
Da la paz, quiso alzarse delincuente."

Con clara y fuerte voz, la frente irguiendo,
Replica Vasco Núñez: "Eso es falso;
Sirvo á mi Rey y su dominio extiendo;
No me trajo tal crímen al cadalso."

Su indignacion el sacerdote calma,
Dále á besar devoto el Crucifijo,
Y, en Dios queriendo concentrar su alma,
Con llanto y mal segura voz le dijo:

"¿Cómo con este mundo así te enojas
Ante la eternidad y el cielo abierto?
Á él aspira, y recuerda las congojas
Que el Hombre-Dios por tí sufrió en el Huerto."

Cuando la frente casi al tajo inclina,
Ve Núñez del Darien lejana cumbre
Que sobre oscuro fondo se ilumina
Del sol bañada en la postrera lumbre;

Y exclama: "¡El mar! ¡Dios mio!" Golpe horrendo
Se oye, y la muchedumbre absorta queda:

Y en la mesa al caer con sordo estruendo
La segada cabeza un punto rueda.

Llora entónces de lástima la gente
Ó su enojo y horror oculta y doma:
Tiende los brazos del cadalso enfrente
Una mujer, é inerte se desploma.—

En vecino solar, por el resquicio
Abierto de su coto entre las cañas,
Dávila vió de Núñez el suplicio
Con avidez y convulsion extrañas;

Y al apartarse, júbilo de hiena
En la pálida faz llevando impreso,
Sin compasion á la desdicha ajena
De su infame temor soltado el peso;

Micer Codro que adusto le observaba,
No sin causar en él ira y asombro,
Díjole en voz que de dolor temblaba,
Diestra ruda poniéndole en el hombro:

"Por más que injusto y ciego te desmandes,
No infamarás de Vasco la memoria;
Su pedestal eterno son los Andes,
Y canta el Mar Pacífico su gloria.

"Ciencia y humanidad fallo severo
Te reservan del tiempo en los arcanos,
Y llevarás al tribunal postrero
La cabeza de Núñez en tus manos!"

1877.

LA DAMA ENLUTADA.



Pallida mors.

El cierzo del dolor quita al arbusto
De la dicha sus hojas; pero en vano
Agita en mi vergel lirio temprano
De amor que herir no logra el hado injusto.

Dama gentil, mas enlutada, susto
De quien cruzando va florido llano,
Se alza el velo y á mí convierte humano
El blanco rostro á los demás adusto.

Conmigo hallóse en mi sendero un día
Y preguntóme, al ver mi amante empeño,
Con dulce voz:— ¿Tu voluntad qué ansía?

—Dormir, le respondí, con el beleño
Del blando beso de tu boca fria
En tu regazo perdurable sueño.

1863.



EN CAMINO.

......Patriæ quis exsul
Se quoque fugit?

En alma y corazon místico acento
Resonó que me dijo: "En mares flotas
De soledad y horror. Paz y contento,
Esperanza y placer, no arrancan notas
Á las cuerdas ya rotas
De abandonada lira; mas si ensayas
Endechas ¡ay! su voz no te rehusa
De tu aislamiento en las desiertas playas,
Que yo soy del dolor la eterna Musa.

"Saliste ya de aquel rincon amado
Tras lid descanso, en las zozobras puerto,
En que de amigos viejos rodeado
Que departen contigo aunque hayan muerto,
Al resplandor incierto
Que en sus eternas páginas vertía
Modesta luz, en tu jardin la palma
Vióse tambien á cuyo pié dormía
Amante el corazon, dichosa el alma.

"Su sombra fué tu aspiracion de gloria
Que ni halló ni buscó laurel mundano:
Su beldad sin ocaso en tu memoria,
Y su amor y tu amor. . . . ¡Feliz verano
Á que dar fin en vano

Con ruda escarcha y con tinieblas frías
Llegando la vejez quiso importuna;
Que hasta allí te estrechó todos los días
En sus esquivos brazos la fortuna!

"Saliste ya y caminas. Otro suelo;
Con aurífera mies risueños planes;
Lago tranquilo azul, distinto cielo
Dosel de esos magníficos volcanes. . . .
Mas tristezas y afanes
Los mismos que en tu hogar! ¿Á qué la calma
Y el blando olvido en el destierro amigo
Buscar, cuando en tu huerto ya no hay palma,
Y el dolor de su ausencia va contigo?"

1888.



LUZ Y SOMBRA.

Alegre, limpio, azul el ancho cielo,
Sin nieve el monte, el valle sin neblina,
De nardo y rosas esmaltado el suelo,
Cantando al sol el ave peregrina;
Un punto se imagina
Que renace tambien el alma muerta,
Y ante la vida universal se asombra,
Sin que á sí misma al contemplarse advierta
Que hay sólo en su interior sombra y más sombra.

Gozad, gozad, los que el jardin ameno
Poblais del mundo, en cánticos y danza;
Los que en la frente luz, dicha en el seno,
Palma en la diestra que á regir alcanza,
Llevais con la esperanza
De que el logrado triunfo eterno sea
Y de flores la senda sin abrojos;
Y ante el vencido ó muerto en la pelea
Cerrad el corazon, cerrad los ojos.

Y tú, naturaleza, que renaces
En cada insecto y flor y tallo tierno
Y en tu belleza nueva te complaces,
Deja que, última niebla del invierno,

Con su dolor eterno
Léjos de tu esplendor el triste vaya
Solitario, sin báculo ni escudo,
Llevando al ir hácia la oscura playa
Sombra en la faz y en la garganta un nudo.

1888.



NOCHE Y MAÑANA.

Se abre la flor, y el tronco ya está vencido:
Vuela el ave, y el viento deshace el nido
Que la albergó.
Dulce flor, avecilla de paz y bienes
Mensajera dichosa, cuando tú vienes
Me ausento yo.

En tus cabellos rubios, en tu mejilla
De la mañana clara la pompa brilla
Primaveral:
Y á mí el invierno rudo truécame en cardo;
Soy hoja seca y tiemblo y el paso aguardo
Del vendaval.

Tu voz en nuestros lares alegre trina
Como en torno del lago la golondrina
Que asusta al pez:
Mientras, como en su olivo duerme el mochuelo,
Dormita en sus rincones el pobre abuelo
Con su vejez.

Piélago mira en sueños que cerca brama,
Y en él barquilla lista que le reclama
Para zarpar.
Dulce flor, avecilla de paz y bienes
Mensajera dichosa, cuando tú vienes
Me voy yo al mar.

Sobre sus negras ondas brilla una estrella,
La que amé desde niño, luz clara y bella
De amor y fe:
Hízome ameno y fácil largo sendero,
Y el que á emprender me alisto viaje postrero
Con ella haré.

En tí misma, si llevas flores al ara,
Mi última ofrenda al cielo, paloma cara,
Presentas hoy.
Él de inmortales rosas ciña tus sienes,
Cándida corderilla que al prado vienes
Cuando me voy!

1888.



EL POETA DE HOY.

Canta amor ó dolor, terror infunde,
Épica trompa ensaya, y dí engreido:
"No moriré jamás, ni se confunde
Mi laurel en las selvas del olvido."
¿Tuya la nota ha sido?
Ó Salomon ó Job, Shakspeare, Homero,
Sófocles ó Moisés, la dieron ántes
Conmoviendo su són al orbe entero,
Y el himno universal cantó Cervantes.

Repítele en buen hora —agradecido
Si su belleza y armonía sientes—
Cual su canto las aves en el nido,
Como su antigua música las fuentes.
Mas ¡ay! ¡Cuán diferentes
La facultad que imita y la que forma,
El rico manantial y el álveo seco,
La copia humilde y su modelo y norma,
La lucerna y el sol, la voz y el eco!

¿Cuál ave, ó brisa cuál en melodía
Ó en rumor blando á las demás supera?
¿En qué gota del mar más brilla el dia?
¿En qué grano de arena reverbera

El sol en la ribera
Con más fulgor? Pues canta; mas despierto
De tus sueños de gloria, que eres sólo
Eco ó mínima nota en el concierto
Que alza su hechura á Dios de polo á polo.

1888.



PASAJES Y REMINISCENCIAS

DE

VIRGILIO

A MI AMIGO Y MAESTRO

DON RAFAEL ÁNGEL DE LA PEÑA.

I

ARTES Y OFICIOS.

(Geórgicas. Lib. I.)

Ni arar, cual hoy, los campos era en uso,
Ni lícito acotarlos ó partirlos
Ántes de que imperara Jove: en masa
Los colonos sus frutos recogian
Que de grado la tierra generosa
Daba en copia más rica. Él en las negras
Serpientes la fatal ponzoña infunde,
Al lobo hace rapaz, manda agitarse
Con borrascas al ponto, de las hojas
La miel sacude, oculta el fuego, ataja
Sus corrientes al vino desatado;
Para que poco á poco, obrando á una,
Necesidad y reflexion inventen
Las varias artes, y se obtenga el trigo
De los surcos, y á golpes, de las venas
Del pedernal el escondido fuego.
Del álamo ahuecado el peso entónces
Por la primera vez sienten los rios;
Numera y llama el nauta á las estrellas
Osa, Hiadas y Pléyades; con lazos
Se aprisiona á las fieras; de la liga
Se aprovecha el engaño; los mastines
Cercan y guardan ya los grandes bosques;
Se agita con la red el ancho rio
En busca de sus más profundos senos;
Surca el piélago todo húmeda lona,

Y se estima del hierro la dureza,
Y la estridente sierra sustituye
La primitiva cuña con que el hombre
Rajaba el blando leño. En suma, nacen
Á la sazon los útiles oficios,
Y la ímproba labor y el duro apremio
De la necesidad vencieron todo.



II

SEÑALES DEL TIEMPO.

(Geórgicas. Lib. I.)

¿Qué diré de las recias tempestades
Y aspecto de los astros en otoño;
De lo que vigilar el hombre debe
Cuando haciéndose va más breve el dia,
Más benigno el verano; ó que áun no acaba
Pluviosa primavera; ó que en los campos
Se ha erizado la espiga y se hinche y llena
Brotando leche el trigo? Ví á menudo,
Cuando el colono la segur esgrime
Contra dorada mies y ata gavillas
Con frágil filamento, en lucha ruda
Los vientos embestirse descuajando
Cañas que en alto lanzan y que rauda
Con las pajas volátiles se lleva
La borrasca en su negro torbellino.
Tambien no pocas veces en la altura
Se congregan las nubes, lleno el flanco
De tormentas y lluvias torrenciales:
Viénese abajo el cielo en catarata
Que diluye las siembras y los surcos
Del laborioso buey, las zanjas llena,
De madre hace salir rugiente al rio
Y que el piélago hierva en sus estrechos.
En lo más negro de las nubes vibra
Jove el rayo con diestra centellante;
Y si la tierra treme, huyen las fieras

Y el corazon se acuita, él con fulmíneo
Dardo destroza el Rhódope, ó el Athos,
Ó los altos Ceraunios. No desmayan
Vientos y densa lluvia: ántes más rudos,
Hacen gemir las playas y los bosques.
Teme y preven el hondo estrago: meses
Y astros observa: inquiere hácia qué parte
Se hundió la estrella de Saturno fria,
Y las celestes órbitas do yerra
Luminoso Mercurio. Humilde acata
Á las Deidades: rinde á la gran Céres
El anual sacrificio en ledos prados
Cuando el invierno espira y apacible
La primavera asoma. Entónces lúcios
Los corderos están, suaves los vinos:
El sueño es dulce y regalado, espesas
Sombras en las florestas hay entónces.

Porque en señales ciertas conozcamos
Los calores y lluvias, y los vientos
Precursores del frio, ordena Jove
Lo que en sus cambios sólitos la luna
Saber nos hace; el signo á cuyo influjo
Se apaciguan los austros. Advertido
De indicios tales, el colono guarda
La mansa grey de sus establos cerca
Cuando los vientos surgen y las olas
Agitadas del mar se van hinchando,
Y en el monte se oyó seco ruïdo,
Y las playas azota recio el ponto
Y auméntase el murmullo de las selvas.
Mal de sorberse el mar deja las quillas
Si en él vuela veloz el mergo y hace
Llegar su grito á la ribera; cuando
La gaviota marina juega en seco
Y su laguna abandonó la garza

Y sobre la alta nube se remonta.
Verás tambien que el vendaval anuncian
Desprendidas del cielo las estrellas
Larga estela de luz tras sí dejando
En la nocturna sombra; ó leves pajas
Y secas hojas que en el aire giran;
Ó á flor de agua tal vez, inertes plumas.
Si por ventura hácia el terrible Bóreas
Relampaguea, y si retumba el trueno
Del Céfiro y del Euro por el rumbo,
Zanjas rebosan y se anegan valles
Y las húmedas velas en el ponto
Recoge el nauta. Nunca sorprendido
Fué de la lluvia el labrador: la grulla
Al sentirla venir su hondura deja;
Ó la ternera ya, mirando en alto,
Por la abierta nariz el aire aspira;
Ó la parlera golondrina en torno
Revuela de sus lagos; ó en el cieno
La rana ensaya sus antiguas quejas.
Con más frecuencia aún, por senda angosta
Que supo abrirse, de la cueva oscura
Sus huevos saca la industriosa hormiga:
Vasto las aguas sorbe el arco-íris,
Y la negra falange de los cuervos
Cuando regresa de pacer, atruena
Con apiñadas alas el espacio.
Verás la turba de marinas aves
Y aquellas que en redor de las planicies
Del lago Asia rastrean el sustento
En los remansos dulces del Caístro,
Empapar el plumaje en la agua, opuesta
Su cabeza á las olas, ó por cima
Dellas ó en medio, revolar saltando
Alegres con el ansia de bañarse.
La siniestra corneja llama entónces
En alta voz la lluvia y se divierte
En su arenal á solas. No ignoraron

De la borrasca próxima el anuncio
Ni las doncellas que en la noche cardan
Cándido copo, el estridor oyendo
De la encendida lámpara, y atentas
Al hongo que en su pábilo se cria.

Tras la lluvia no ménos, con señales
Claras podrás prever serenos dias;
Que ni su luz los astros empobrecen,
Ni hay luna, ni en vellones por el cielo
Arrástranse las nubes; ni en la playa
Abren al sol sus alas los alciones
Caros á Tétis; ni de hozar gavillas
Deshechas cura el cerdo. Á valles hondos
Hora la niebla pálida desciende
Y se recuesta por el campo. Atenta
Desde escarpada roca la lechuza
Al ocaso del sol, canto agorero,
Mas no de temporal, lúgubre ensaya.
Desde altísimo cielo se desprende
Sobre la alondra tímida el milano
De ala crujiente, y la persigue, y ella
Le huye quebrando y apartando el vuelo.
No su gañon sin estrechar, graznidos
Claros lanzan los cuervos y repiten,
Y á menudo en las altas enramadas
Los alborota y hace bulliciosos
Insólita alegría, y, tras la lluvia,
Gustan de ver de nuevo nido y prole.

Si al sol atiendes y ordenadas fases
De la luna, jamás tu vaticinio
Falso ha de ser del inmediato dia,
Ni te habrá de engañar tranquila noche.

Cuando al aparecer la luna nueva
Muéstrenos, además del borde claro
De luz tasada, su órbita en penumbra,
Á los campos y el mar gran lluvia amaga.
Si en virginal rubor se enrojeciere,
Á desatarse va sin duda el viento;
Siempre Febe con él se ruboriza.
Mas si á la cuarta noche limpia boga
Dejando ver muy afiladas puntas,
Lluvias ni vientos hay en el mes todo,
Y el marinero en la borrasca ileso
Podrá cumplir sus votos en la playa.

Ni el sol, así al nacer, como en las olas
Al hundirse, inequívocas señales
Te negará, pues síguenle seguras
Cuando amanece ó deja el campo libre
Á los nocturnos astros. Si en Oriente
Manchado nace y la mitad del disco
En las nubes guardó, lluvias presagia;
Que del lado del mar ya amaga el Noto
Al ganado y los árboles funesto.
Ó si dispersa ó rompe entre las nieblas
Que le circundan, sus primeros rayos,
Ó se levanta pálida la Aurora
Del rojo lecho de Titon, las parras
Débil resguardo á los racimos tiernos
Han de ser, que en los techos abundante
No tarda en rebotar, estrepitoso,
El destructor granizo. Aun más observa
Al sol cuando se pone, en varias tintas
Su faz arrebolando: las cerúleas
Agua te anunciarán, las rojas viento:
Si se mezclan y funden unas y otras
En su horno abrasador, vientos y agua.
Nadie conseguirá que me aventure

Al piélago esa noche, ó suelte el cable
Con que mi barca está presa en la orilla.
Mas si claro y brillante apareciere
Al nacer y al morir, no te intimiden
Los nubarrones que disipa Bóreas
Agitando la selva. En fin, señales
Te ha de mostrar del tiempo que consigo
Traiga el véspero; el rumbo á que las nubes
Ha de llevar el viento, y lo que encierre
Húmedo el Austro. ¿Quién llamar osára
Falaz al sol? Á veces nos revela
De tumultos y amaños y de ocultas
Guerras sangrientas el amago ignoto.
¿No se compadeció de Roma cuando,
Muerto César, velaba en nieblas rojas
La refulgente faz, y el siglo impío
Noche eterna temió? Por tales dias
Tambien daban señales tierra y ponto,
Canes infaustos, aves importunas.
¡Qué de veces el Etna, roto el cráter,
Los campos de los Cíclopes en rio
De lava ardiente invade, y lanza en alto
Orbes de fuego y derretidas peñas!
Hórrido estruendo de armas en el cielo
Germania oyó: con movimiento rudo
Retemblaron los Alpes: temerosa
Voz resonaba en selvas solitarias:
De la lóbrega noche á la venida
Hubo fantasmas pálidos: hablaron
Las fieras ¡caso horrendo! y atajóse
El curso secular de las corrientes:
Se abrió la tierra, y trasudó en los templos
El bronce y el marfil de sus estátuas.
El Erídano, rey de nobles rios,
Al revolverse arrebató las selvas,
Reses y establos. Lúgubres agüeros
De las víctimas hubo en las entrañas:
Sangre manaban los abiertos pozos,

Y resonaba en la callada noche
El aullido del lobo en las ciudades.
Como entónces jamás bajo sereno
Cielo ha estallado repentino el rayo,
Ni ardieron á la par tantos cometas.
No en balde vieron por la vez segunda
Á las romanas haces combatirse
Los campos de Philipos; ni fué indigno
De las altas Deidades que la Emathia
Y los campos vastísimos del Hemo
Dos veces abonara sangre nuestra.
Tiempo vendrá sin duda, en que el colono,
Las tierras al romper con el arado
En aquellos confines, dardos halle
Que se come el orin; y al rudo golpe
Del rastro oiga sonar yelmos vacíos,
Y en los sepulcros que ignorante excava
Huesos de raza gigantesca admire.



III

EL CABALLO.

(Geórgicas. Lib. III.)

Potro de raza generosa en alto
Llevará la cerviz si el campo cruza.
Gallardo enarca los flexibles remos:
Á todos se adelanta si recorre
Via ó desconocido puente, ó cierra
Contra el caudal de temeroso rio:
Con estrépito hueco no se espanta.
Breve la aguda testa, el vientre corto,
Redonda el anca, el animoso pecho
Abultado, la piel dorada ó roja,
(Ley inferior la blanca ó gris acusa)
Si oye el potro tal vez rumor lejano
De armas, no sabe quieto mantenerse:
La oreja aguza y se estremece todo:
El contenido aliento arroja en llama
Por la nariz: agita al diestro lado
La crin espesa desatada en ondas:
Surco aparente fórmale la espina
Entre ambos lomos: y él escarba y hace
Con duro casco resonar la tierra.
Tales fueron Cilaro, el que domaba
Pólux con hábil rienda; los del carro
De Marte; así los dos del grande Aquiles,
Los que celebra tánto helena Musa.

IV

LOS TOROS.

(Geórgicas. Lib. III.)

De las hembras apártese á los toros,
Del incentivo del amor, si viva
Se les ha de guardar la fortaleza.
Léjos de la vacada, así, conviene
Llevarlos á dehesas solitarias
Más allá de los montes y los rios,
Ó ya en clausura conservarlos cerca
De provisto pesebre; que con verlos
Poco á poco el vigor la hembra les quita
Y los abrasa y priva de acordarse
De bosque ó hierba, y con halagos blandos,
Entre sí á cornearse bravamente
Al cabo los obliga. En honda selva
Gentil novilla pace: lidian ellos
Con insólito empuje, y á menudo
Se hieren y la negra hirviente sangre
Baña sus flancos: trábanse las astas
Del uno y otro luchador, y en torno
Con sus mujidos hórridos retumban
Dilatadas florestas y alto Olimpo.
Á los que así riñeron, vivir juntos
No es dable, y el vencido, á impulso propio,
Hácia valles ignotos se destierra,
Y, llorando la afrenta y las heridas
Que recibió del vencedor feroce
Y su perdido amor, mira su establo

É inulto sale del lugar nativo
Tranquila posesion de sus abuelos.
Mas en el nuevo campo diligente
Cobra y ensaya su vigor: las noches
Entre guijarros pasa en no aprestado
Lecho do quiera. Ronza por el dia
Cardo punzante y áspero carrizo,
Y se ejercita en embestir los troncos
Ó en cornear en vago; ó bien la arena
Escarba con ardor y esparce al viento.
De esta suerte á lid nueva se apercibe
Y, al sentirse otra vez pujante y bravo,
Sale contra el rival que ya olvidóle,
Y de improviso le acomete. Surge
Así en el manso piélago la ola
Y albea y rueda y crece cual montaña
Y en los peñascos de la abrupta orilla
Se lanza y rompe con fragor horrible,
Y de la mar se arremolina el fondo
Y su arena negruzca en alto arroja.

V

LAS CULEBRAS.

(Geórgicas. Lib. III.)

Enséñate á quemar en tus establos
Odorífero cedro. Á las culebras
Del gálbano el vapor ahuyenta. Suele
En las no removidas capas de ellos,
Evitando la luz con que se espanta,
Esconderse la víbora funesta
Á quien la toca. Ó la serpiente anfibia
Hecha á vivir en sombra ó bajo techo,
Y que á bueyes y ovejas inficiona
Con su veneno asolador, se guarda
Y anida en el pesebre. Vara ó piedra,
Pastor, apaña, y al reptil derriba
Que se te yergue amenazante, hinchado
El cuello silbador. Ya oculta, huyendo,
Bajo tierra la tímida cabeza,
Y del cuerpo las órbitas deshace,
Y se arrastra é interna muy despacio
Su cola al fin. Los bosques de Calabria
Albergan la fatal serpiente aquella
De erguido pecho y de manchado vientre,
Que el escamoso lomo desenrosca
En estanques y orillas habitando
Miéntras caudal no falta al ancho rio
Y austros y primavera —si pluviosos—
La tierra ablandan, é, insaciable, el buche
Con peces y parleras ranas hinche

El maligno reptil. Si agosta el lago
Y resquiebra la tierra árdido estío,
Á seco salta y las campiñas corre,
Con la sed y el calor enfurecida
Los flamígeros ojos revolviendo.
No me plazca dormir al aire libre
Ni tenderme de espaldas en la hierba
Cuando la antigua piel muda, y, brillante
De nueva juventud, hijos ó huevos
Dejando un punto en el seguro nido,
Se arrastra y endereza la serpiente
Para mirar al sol, y asoma y vibra
Trisulca lengua en las abiertas fauces.



VI

SUPLICIO DE LAOCONTE.

(Eneida. Lib. II.)

De Laoconte que, ardiendo en ira, lanza
Venablo rudo al flanco del ingente
Corcel forjado en la perfidia griega,
Las de Troya Deidades enemigas
Decretan el castigo, cuyo espanto
La venda espese al ofuscado pueblo.
. . . .

Por la suerte Laoconte al sacerdocio
De Neptuno llamado, con solemne
Rito en su altar un lucio toro inmola,
Cuando hé aquí. . . . ¡me horrorizo al recordarlo!
Que de Ténedos, isla no distante,
Dos serpientes enormes enroscadas
Al piélago se arrojan, por enmedio
De las serenas ondas de consuno
Viniendo á nuestra playa, el pecho erguido
Y dominantes las sanguíneas crestas,
Y enarcando y tendiendo entre las olas,
Miéntras avanzan, lo demás del cuerpo.
Ruge el mar con estruendo y forma espuma.
Á la ribera llegan, inyectados
En sangre y fuego los vivaces ojos
Y lamiendo las fauces silbadoras
Vibrantes lenguas. Á su aspecto huímos
Pálidos de terror. Ellas con firme

Movimiento resuelto hácia Laoconte
Van y, ante todo, abrazan una y otra
Á sus dos tiernos hijos, los estrechan,
Y sus míseros miembros atarazan.
Luego á él mismo que, armado, iba en su auxilio
Embisten y aprisionan; y aunque en dobles
Círculos ya los escamosos cuerpos
Oprimieron dos veces la cintura
Y el cuello de la víctima, sobre ella
Cabezas y cervices aparecen
Irguiéndose. Con ambas manos lidia
Por desatar Laoconte aquellos nudos:
Sangre corrupta ya, negra ponzoña
Sus ínfulas destilan. Á los astros
Alza horrendos clamores semejantes
Al mugido del toro que ante el ara
Huye, del cuello herido sacudiendo
Mal clavada segur. Las dos serpientes
Se deslizan y evaden hácia el alto
Templo de Palas rígida, y se esconden
Bajo sus piés y su redondo escudo.



VII

APARICION DE CREUSA.

(Eneida. Lib. II.)

La noche infausta en que perece Troya,
Terminada la lid, piadoso Eneas,
De las señales célicas movido
Á salvar su linaje —al padre Anquíses,
Al niño Ascanio y á su Creusa amada—
Y en sí mismo el destino de gran pueblo
Que ha de fundar y de regir más tarde
En la region de Hesperia, al padre pone
En sus espaldas fuertes, y se apresta
Á dejar la ciudad. Dice esto á Dido:
. . . .

Tiendo sobre mis hombros y mi cuello
Roja piel de leon: marcho inclinado
Bajo mi carga: de mi diestra Iulo
Se ase, y me sigue á pasos desiguales:
Detras mi esposa viene y se apresura.
Por lóbregos lugares caminamos,
Y á mí, á quien no asustaron hasta entónces
Dardos arrojadizos, ni las masas
Del contrario en su campo, el menor viento,
El más leve rumor me asusta ahora
Y me suspende, y tiemblo á un tiempo mismo
Por mi carga y por todos. Á la puerta

Acercábame ya; salvo creíme
De los peligros del camino, cuando
Repentino rumor que se prolonga,
De pisadas rumor, claro se escucha.
Registrando las sombras con la vista,
"Huye, mi padre exclama, huye, hijo mio;
Se acercan, y brillar escudos y armas
Viendo estoy." No sé cuál adverso númen
En trance tal la mente me conturba,
Que miéntras dejo las usadas vías
Y á lugares ignotos voy huyendo,
Creusa mi esposa amada atras quedóse,
Ya del hado enemigo arrebatada,
Ora errado el camino, ora al cansancio
Rendida; esto se ignora; mas ¡ay! nunca
La recobré! Su pérdida no advierto
Hasta llegar al bosque y templo antiguo
De Céres, donde, al fin, todos presentes,
Ella sola faltó: faltó á los suyos,
Al hijo y al esposo! En mi locura
Ciego, furioso ¿á quién de los humanos
Y de los Dioses no acusé? ¿Qué trance
Más doloroso en la ciudad he visto?
Confiando á mis fieles compañeros
De Anquíses y de Ascanio la custodia
Y los penates que en el valle escondo,
Vuélvome á la ciudad: ciño mis armas.
Me es forzoso afrontar nuevos azares,
Recorrer toda Troya, y vez segunda
Mi cabeza ofrecer á los peligros.
Á los muros me acerco, á la sombría
Puerta por do salimos, y á la escasa
Nocturna luz, nuestras recientes huellas
Procurando seguir, registro en torno.
Horror en toda parte, y el silencio
Mismo me aterra. Á casa me encamino
Por si Creusa tal vez á ella volvióse;
Mas asaltóla el Griego y la ocupaba

Por entero, y voraz fuego le puso
Que en remolino ya, del viento al soplo,
Sube al techo más alto y le corona.
Llevo el paso adelante, y ví de nuevo
El palacio y alcázar de Prïamo.
En los desiertos pórticos de Juno
Fénix y el fiero Ulises custodiaban
De los quemados templos el tesoro,
Las mesas de los Dioses, anchas copas
De oro macizo, vestiduras ricas;
Y en torno en larga hilera están los niños
Y pavoridas madres. Atrevíme
Á gritar en la sombra: mis clamores
Llenan las calles, y la voz esfuerzo
Y una vez y otra, en vano, á Creusa llamo.
Miéntras sin tregua voy de casa en casa
Buscando, ante mis ojos comparece
Pálido espectro, la agrandada imágen
De Creusa misma. Extático la miro,
Se me eriza el cabello y se me ahoga
La voz en la garganta. Á hablar empieza
Ella, mi pena así calmar queriendo:
"¡Oh dulce esposo mío! ¿De qué sirve
Darse á dolor insano, cuando sólo
Por voluntad del cielo esto acontece,
Y á tu Creusa llevar de compañera
No te permite Jove? Hora te aguarda
Largo destierro, y vasta la llanura
Debes surcar del ponto, y llegar luego
Á Hesperia donde el Tibre corre manso
Entre comarcas fértiles que pueblan
Esforzados varones. Fausta suerte,
Reino glorioso allí, régia consorte
Destinados te son. El llanto enjuga
Que por tu amada Creusa viertes. Sabe
Que, de dardánea estirpe, hija de Vénus,
Del Mirmidon ó el Dólope soberbias
Las casas no veré, ni á las matronas

Griegas he de servir; ántes me tiene
De los Dioses la madre en esta playa.
¡Adios! ¡Guarda el amor á nuestro hijo!"
Así diciendo me abandona, y miéntras
En lágrimas bañado hablarle quise,
En el aire sutil desvanecióse.
Tres veces intenté ceñirle el cuello
Con mis brazos; su imágen otras tantas
De entre mis manos se desliza, como
Viento ó sueño fugaz. La aciaga noche
Ya tocaba á su término, y volvíme
Hácia el bosque, á juntarme con los mios.

1888.



RIMAS CRISTIANAS

AL SUMO PONTÍFICE LEON XIII.

Otro Leon, ante el sagrado leño
Que su diestra empuñó, con faz tranquila,
De Roma en el umbral detuvo á Atila
Del Norte al descender del orbe dueño.

Por alta permision, por hondo arcano,
Dueña hoy de Roma la barbarie impera:
Su onda, que anega el mundo, azota fiera
El último peñon, el Vaticano!

En él reinas. El golpe de las olas
Con sombrío furor sus flancos labra:
Tú le opones la miel de tu palabra
Y la luz de la insignia que enarbolas.

Sin trono ó pueblo armado por amigo,
Y acá en lo humano ante la fuerza solo,
Cuando la tempestad conmueve el polo
Las promesas de Dios están contigo.

Su dedo ha puesto linde á la marea
Que retrocede ya: se oye el acento
Que mandó serenar olas y viento
En el lago gentil de Galilea.

Ya en la region del Norte, en cuyo seno
Nació el torrente asolador, hay brillo
De nueva luz, y arroja en el platillo
De la justicia, al fin, su espada Breno.

Cuando ella ó la de Dios triunfante vibre
Ó nos venza el iman de tu palabra,
El mundo que hoy el mal corrompe y labra
Libre ha de ser al saludarte libre!

1887.



EN LAS HONRAS DE UN OBISPO.



Himnos de gozo y no salmodia triste
Honrar aquí debieran la memoria
Del celoso Pastor que allá en la gloria,
Vibrando eterna palma, en luz se viste.

Tú la mundana senda recorriste
Sin recoger jamás barro ni escoria:
Su antifaz te rindió ciencia ilusoria,
Y amor y amparo á tu rebaño fuiste.

No le olvides, Pastor, en la montaña
Que esmalta en flor perenne primavera
Y que un sol sin ocaso en luces baña:

Que si te llora en afliccion sincera
Porque tu ausencia material le daña,
Por tus ruegos á Dios salvarse espera.

1885.



LOS SANTOS INOCENTES.

Vivo fulgor de estrella misteriosa
Fué á los Reyes, al par, aviso y guía
Hácia el Infante que en Belem nacía
Y que á su cuna humilde los llamó.
Su marcha y sus preguntas y su ausencia
Despiertan los recelos del tirano:
Herodes siente que en su débil mano
El usurpado cetro se rompió.

Pugna por conservarle, y no vacila
En anegar en sangre la Judea,
Y desde la ciudad hasta la aldea
Muerte á los tiernos niños hace dar.
Juzga insensato que el horrible estrago
Alcance y hiera al nuevo Rey nacido.
¿Qué le importan los ruegos, ni el gemido
De las madres, ni el luto universal?

¡Oh barbarie inaudita! Al blando seno
En que se alimentaban arrancados,
Rindieron ¡ay! los cuellos delicados
Del feroz legionario á la segur.
No á Dios su labio confesar podia;
Mas la temprana vida por Él dieron:
Al Niño–Dios para salvar murieron,
Siendo su sangre riego de salud.

¡Oh flores de los Mártires; capullos
Que el árbol de la Fe mostraba al cielo

Como primicias puras, y que el hielo
De la persecucion así agostó!
Vuestra sangre inocente os fué bautismo;
Ántes que hablárais fuisteis confesores;
Mártires de la Gracia, en los albores
De una vida sin culpa y sin error.

No en balde os coronó de luz y gloria
En la region del cielo el Increado,
Y con túnicas blancas, á su lado
Himnos le alzais de júbilo sin fin.
Y aunque de Dios en la temida diestra
El rayo de su enojo á veces arda,
En vuestra sangre apágase que guarda
En urna de oro alado serafin.

1877.

CHARITAS.

EN LA INAUGURACION DE UN ASILO.

Luz á las almas y al cuerpo amparo,
Salud, sustento, vigor, reposo,
Da en este asilo —nocturno faro
Para el infante menesteroso—
La Caridad.
Porque la saña del tiempo afronte
Con sávia pura, vigor perene,
La planta grácil se arrima al monte
Donde sus aras la Vírgen tiene
Del Tepeyac.

Si el alto influjo la apoya y guarda,
Irá extendiendo tallo y raíces:
Veréis que un árbol en ser no tarda
Que con largueza frutos felices
Y sombra dé.
Humildes niños, si acaso un día
Bajo él lográreis amiga suerte,
Os acompañen —hasta la muerte—
Del bien logrado memoria pía,
Cristiana fe.

Vosotros todos que el acto tierno
Mirais alegres, tended la mano

Al desvalido, que es vuestro hermano:
Abrid sus ojos, templad su invierno,
Calor le dad.
Que Dios, del alma refugio y polo,
Nos ha mandado partir sus dones:
Palabra es suya: de sus mansiones
El áurea puerta nos abre sólo
La Caridad.

1875.



LA OVEJA ENTRE ZARZAS.

¡Qué ardientes son los soles del verano!
¡Qué punzantes los hielos en Enero!
¡Cuánto es rugoso y áspero el sendero,
La noche oscura, el término lejano!

Mas sol, hielo, y distancia y noche en vano
Oponen al amor linde severo:
Va, con pié ensangrentado aunque ligero,
Tras la oveja el Pastor, del monte al llano.

El vellon que fué cándido, prendido
En las zarzas del vicio la detiene
Aunque siente al Pastor y oye su queja.

Y él, á fatiga ó sed jamás rendido,
Una vez y otra á redimirla viene.
¡Oh dulce y buen Pastor! ¡Oh ingrata oveja!

1885.



LA CRUZ.

Al árbol tentador do un tiempo anída
Para perder al hombre la serpiente,
Sucede el que brotó de otra simiente
Para salvar al hombre árbol de vida.

Es la Cruz en el Gólgota erigida,
Y de ella viendo al Redentor pendiente,
Del Austro al Aquilon, de Ocaso á Oriente
Le adora ya la humanidad deicida.

Cristo en la Cruz triunfó. La enseña santa
Que de la Antigua Ley desgarra el velo
Y es en frutos de vida árbol fecundo,

En alto sigue y el error quebranta,
Y muestra al hombre su camino al cielo
Y su destino y salvacion al mundo.

1885.

TRIUNFO DE LA CRUZ.

Christus vincit.

La doctrina fecunda cuyo grano
Jesus vierte en los montes de Judea,
Mies riquísima es ya que al aire ondea
Sobre las zarzas del error pagano.

Grecia y Roma á la par luchan en vano
Porque en ciencia y en sangre ahogada sea:
Si Pablo en el Areópago pelea,
Muere en el Circo el séquito cristiano.

Minan las Catacumbas la montaña
Que Ídolo y César, sombra y despotismo,
Ante el mundo en cadenas han por solio.

Cetros é ídolos traga el hondo abismo,
Y al mundo libre, en sus fulgores baña
La Cruz desde el romano Capitolio.

1885.



NUEVA LUCHA.

De paz y amor la celestial doctrina
Gérmen fecundo, inagotable fuente,
Al poder si es injusto, álzase enfrente
Y á obediencia y trabajo al pueblo inclina.

Ella la noche lóbrega ilumina
De uno y otro problema: afan creciente
Es de progreso al mundo, y fuerza ingente
Y lustre á la inmortal raza latina.

Mas ya esta raza se corrompe y llama
Crímen á la virtud: cual ántes, ciega,
Su norma y fin al paganismo aclama.

De la materia al culto vil se entrega,
Y la doctrina de Jesus infama
Y alma y deber proscribe y á Dios niega.

1885.



EVOLUCION POSIBLE.

Sál de tu ceguedad, mundo latino,
Y cambia ya de espíritu y de porte:
No porque el paso al bien se obstruya y corte
Deja de abrirse el bien nuevo camino.

El que proscribes hoy sagrado Sino
Séquito y base firme halla en el Norte:
Cuida, no á la barbarie antigua importe
Someter á su maza tu destino.

Tu sol codicia; en arte y luz se eleva;
Por la gloria y el bien lucha y se agita,
Cuando á tí te carcome horrible carie.

Despierta y salva el porvenir; pues lleva,
Por ley universal en lo alto escrita,
A nueva esclavitud nueva barbarie!

1885.



FIERAS Y MÁRTIRES.

Desde el César al rústico, patricios,
Cónsules, damas, plebe, en vario arreo,
Llenan segun poder, rango ú oficios
Las gradas del romano Coliseo.

De su ciclópea fábrica á la vista,
Ante aquella grandeza sin segundo,
Se comprende que sea el pueblo artista
De lobos hijo y árbitro del mundo.

Ancho cráter quizá —visto por dentro—
De un Himalaya hundido de repente
Semeja el Coliseo, en cuyo centro
Cual lava de volcan ruge la gente.

Bajo cielo de otoño, en alta zona
Formada por el árida colina
Que no léjos divísase, corona
Júpiter su mansion capitolina.

Hecha señal, la gente del tremendo
Redondel la extension deja desierta,
Y ciérrase girando con estruendo
Sobre sus fuertes gonces toda puerta.

Sólo en tal ocasion queda visible
En la escampada arena, al pié del muro,

Humano grupo, inerme y apacible,
De faz tranquila y ánimo seguro.

Mancebos hay en él, niños, mujeres,
Hombres fornidos, débiles ancianos.
Vencedora del mundo ¡oh Roma! eres,
Y odio y miedo te inspiran los cristianos.

Ved: por medio de sólida cadena,
Desde torre no léjos erigida,
Á alzar la plancha van que el hueco llena
Por do las fieras hallarán salida.

Al estridor de la cadena estalla
Del pueblo espectador grito impaciente:
El grupo inerme se estremece y calla,
De la manida que se abrió pendiente.

Su cara asoman desde el antro oscuro
Contemplando el terreno de la lidia
Y el peloton humano al pié del muro,
Tigres hircanos, leones de Numidia.

Salta luego uno de éstos; se detiene
Cerca del antro mismo: en su escalera
Tigre de ojos sin luz hace alto, y viene
Tras el taimado tigre la pantera.

El grupo de cristianos se arrodilla
Quedando en pié en el centro el más anciano,
En cuyos ojos la esperanza brilla
Si muestra el cielo trémula su mano.

Es alta su estatura: lleva al hombro
Terciado el manto cándido cual nieve:
Recita, sin mostrar miedo ni asombro,
Oracion ardentísima si breve.

Hace que el grupo en coro la repita,
Y el grupo en alta voz á Dios confiesa.
Tal confesion va á ser con sangre escrita,
Con sangre el porvenir verála impresa.

Perplejo está el leon: su inquieta garra
Mueve y alza la arena en turbia ola:
Su melenuda faz yergue, y cual barra
Tiende y mantiene rígida la cola.

¿Repugna á aqueste rey la sangre pura
Con que Roma feroz le está brindando?
¿Lo fácil de su presa? ¿Es, por ventura,
Su corazon que el de Neron más blando?

¿Aun no miran tus ojos hechos llamas
Que á patricios y plebe desesperas
Con tu inaccion, y á las hermosas damas,
Mucho más inhumanas que las fieras?

Mas ¿qué trueno terrible óyese luego
Cual si se desplomara alud alpino?
¿Es del Etna la voz? ¿En nube y fuego
Ciñe la tempestad el Apenino?

Es que ruge el leon. Su vista abarca
Víctimas que le aguardan sin desmayo:
La cara al suelo inclina, el lomo enarca,
Y párte al fin, cual de la nube el rayo.

Gritos de horror y júbilo... Esparcidos
Miembros ensangrentados... Libres almas...
Acá en el Circo aplausos y bramidos;
En el Empíreo cánticos y palmas!

Por la fe y el honor así se muere
Ante el hierro que el mundo empuña y blande.

De quien recibe el golpe y de quien hiere,
Quién es el vencedor? ¿Quién es el grande?

Así se abona la simiente rica
Que brota en un rincon de la Judea,
Y sobre traza augusta se edifica
Fábrica más que el Circo gigantea.

Así conquista la razon humana
De esperanza y de fe vigor fecundo
Y á sus vuelos espacio: así se gana
La propia libertad y la del mundo.

¡Ay, Roma! De tus fieras el bramido
Que en el Circo retumba es sordo trueno
Del nublado de bárbaros henchido
Que el Norte contra tí guarda en su seno.

Sus corceles, en hórrido contraste
Con tus carros de triunfo, vendrán pronto
A pisar los laureles que ganaste
En las Galias y el África y el Ponto.

Corona el pedestal de las Deidades
Que á tu ceguera vil más sombras dieron,
Triunfante del error y las edades
La Cruz por que los Mártires murieron.

Ella es el solo emblema, ella es el lustre
Del que perdiste ya pendon latino:
De ellos sólo á besar la sangre ilustre
Llega á tus puertas hoy el peregrino.

Del cristiano valor noble trofeo,
Por celestial designio la conserva
El tiempo en tu admirable Coliseo
De sus ruinas al pié, bajo la hierba.

Y, repitiendo el cánon de la Historia,
El vendaval que barre en tu desierto
Los últimos vestigios de la gloria
Que al paganismo iluminó ya muerto,

Parécenos decir: "Raza cristiana,
Pide á esta sangre su vigor fecundo:
Obra como los Mártires, y gana
Tu propia libertad y la del mundo."

1885.



MISERERE.

El templo está sombrío. Entre el espeso
Bosque de sus columnas, espirante
Cirio alumbra el altar: rayo de luna
En las ventanas brilla. En coro grave
De humanas voces, cántico que pide
Misericordia entre los hondos ayes
De la raza de Adan siglos tras siglos,
Por las oscuras bóvedas se esparce.

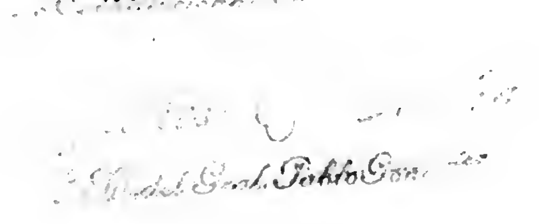
Conmovida y contrita el alma, vuela
De Josafat hácia el inmenso valle,
Y en él se agrupa con las almas todas
Que con rudo clarin convoca el ángel.
La caucásica raza, la etïope,
La mongólica, á un tiempo, en oleaje
Como el del mar, circundan la colina
Donde el Juez ha sentado sus reales.
Adan su cuerpo en el azada apoya,
Y se enjuga el sudor de su semblante.
Eva riega con lágrimas la tierra
Y aun quiere restañar de Abel la sangre.
Se oculta allá Caín. Lleva en sus hombros
Hácia el monte Isaac la leña en haces.
De la dulce Raquel brilla en la frente
La beldad y el amor de esposa y madre.
El cayado Jacob; Nemrod el arco
Muestra, y el Faraon cetro y falanges:

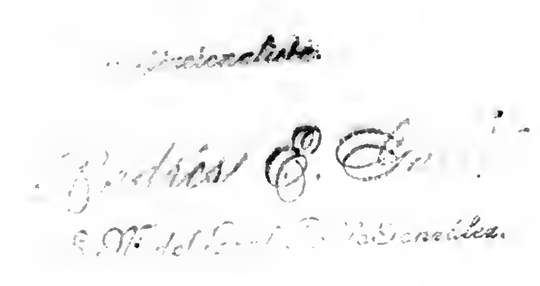
Moises las Tablas de la Ley, que al fuego
En que ardió el Sinaí, ven las edades.
En turba de varones engreídos
Desde Sennar quizá, regio el talante,
Pero con nube de tristeza el rostro,
Se acerca Salomon: sus manos abre,
Y está en ellas la ciencia, polvo estéril
Que el aliento de Dios dispersa y barre!

Alza la diestra el Juez, y temblorosa
Su faz la muchedumbre al suelo abate.
Á pronunciar nuestra final sentencia
Sus labios el Señor divinos abre;
Cuando, rotas las regias vestiduras,
Entre cilicios ásperos las carnes,
Con ceniza la frente y ya depuestos
Arpa y cetro y corona y vanidades,
Se adelanta David y se prosterna
Y habla en nombre de Adan y su linaje.
Misericordia pide, y á su acento
Se estremecen los montes y los valles
Y el pecho el mundo pecador se hiere,
Y su perdon á Dios piden los ángeles.

Somos iniquidad: manchados fuimos
Desde el vientre materno: dura cárcel
La maldad nos labró: cual tierra estéril
La lluvia nos halló de tus bondades.
Mas ya la piel se junta á nuestros huesos
Que consume el dolor: llega la tarde,
La noche del sepulcro. De su abismo,
De tu justicia, tu piedad nos salve,
¡Oh Dios! ¡Oh Redentor! Recuerda y cumple
Las promesas que hiciste á nuestros padres!

1884.



ÍNDICE.



Costituzionalista.

E. Guida

[illegible]

